

23-X-69

HERALDO DE ARAGON

LECTURAS

Por Luis Horno Liria

"Parábola del naufrago", novela, por Miguel Delibes. Ediciones Destino, Barcelona, 1969.

No abandonen ustedes antes de tiempo la lectura de este libro. Cometerían un error si creyeran que el autor se reía de ustedes con sus repeticiones, con sus signos de puntuación transcritos como palabras (como cuando se dicta a una mecanógrafa), con su evidente mofarse de algunas técnicas bien conocidas. No crean ustedes que se trata de lanzadas a moro muerto. Puede que alguna vez lo sean; puede. Pero en el libro hay mucho más. Hay una demostración fehaciente de que el autor conoce esas técnicas, las sabe utilizar, las juega como quiere, y tiene capacidad suficiente para hacer palpable la vaciedad de las mismas, cuando sólo vacía técnica quiere emplearse. Pero hay en el volumen, sobre todo, eso que le da nombre: una parábola, el empleo de una narración alegórica para presentar conflictos, males de hoy. Jacinto San José, el protagonista, es convertido en carnero por un mundo super-organizado que no tolera la simple bondad, ni la veracidad independiente. Jacinto San José es sofocado por la lujuriente hojarasca que a su alrededor hacen crecer quienes no le quieren matar, pero tampoco le quieren dejar vivo y parlante. La independencia de Jacinto es, en efecto, una acusación contra un conformismo general aterrador. Rodea a Jacinto un mundo de ovejas, de estúpidos adoradores de una organización efficacísima en cuyo vértice hay un hombrecillo deificado, mitificado, cada una de cuyas frases es una vaciedad y cada uno de cuyos gestos es una exteriorización de su mediocridad básica. Y, sin embargo, es adorado por esas frases y por esos gestos, tanto como por su asombrosa eficacia. Jacinto lo ha comprendido y ha intentado, por eso, fundar una asociación, un movimiento que se habría titulado "Por la Mudez a la Paz", uno de cuyos fines hubiera sido también el de difundir un nuevo idioma por él forjado —el "contrato"—, pero ha fracasado rotundamente en ambos empeños. No han pasado inadvertidos, con todo y fracasar, tales intentos suyos a Don Abdón, que así se llama el diosencillo, y éste, al enjuiciar a Jacinto lo calibra bien: "Usted —le dice— es un tímido." Y decreta tajante: "Para los tímidos, el seto." Y en un seto, en un alucinante seto de crecimiento rapidísimo, pasmoso, lo envuelve, y en él queda hecha trizas la personalidad, aprisionada, de Jacinto. Intentará salvarse éste, pero será en vano. Se consolará de sus fracasos con el consabido razonamiento de que "después de todo, no estás tan mal", de que "otros están peor que tú", y su monólogo comparativo de esos otros casos peores que el suyo será una de las páginas más escalofriantes y grandiosas que Delibes haya escrito. Pero de nada le servirá: su final, enloquecido, enloquecedor, será un triste, desolador balido, un triscar de carnero por las laderas verdes, un gozoso ramoneo de los tallos tiernos, de las matas apuntadas y de los retoños.

En el libro, cargado de alusiones, repleto de intención, de frases cáusticas, felices, habrá, además —como en todas las otras obras de Delibes, pero acaso más en ésta que en otras suyas anteriores—, mucha naturaleza, mucha botánica, mucha observación directísima de animales y de pájaros. Las onomatopeyas y las imitaciones que de los trinos y del piar y del gorjeo de los pájaros hace Delibes aquí, cuentan —me parece— entre lo más feliz de su obra. También lo ajustado de la palabra, en un abundantísimo despliegue de voces y de giros de un color, de una luz, de una exactitud poco comunes. Los pájaros, los animales, la naturaleza, son los amigos de Jacinto San José. Busca éste —y no encuentra— a los hombres de las bienaventuranzas, a los limpios de corazón, a los mansos, a los perseguidos por la justicia, a los hambrientos y sedientos de ella, a los pacíficos... Y nunca los tiene a su lado —menos aún en la necesidad y en el peligro—, como él ha estado —tímidamente, es verdad, pero así es Jacinto— al lado de otros que necesitaron de su apoyo. Ni tampoco se lo dan los pájaros, ni los árboles y las plantas, que más bien lo matan moralmente, y eso, repito, que eran sus únicos amigos. El mundo, incluso el mundo físico, no tiene, pues, sino dos clases de seres: las víctimas y los verdugos. Y Jacinto, que lo sabe, que siempre supo que nació para víctima y que nunca quiso ser verdugo, acaba así en este mundo en que vivimos, en que vive al menos Jacinto, como otro dócil carnero, que, más tarde, incluso podrá quizás llegar a ser sacrificado por los seguidores de Don Abdón, el poderoso demiurgo dueño de este mundo.

Penosa conclusión, claro está, pero hermoso, muy hermoso libro. Léanlo ustedes hasta el final, háganme caso. Se deleitarán, en su transcurso, con un castellano de excepción, escrito por un autor que se tiene bien sabidos, hasta incorporados y hasta bien olvidados, a Kafka, a Cortázar, a Peter Weiss, a Alfred Butor, e incluso a Wenceslao Fernández-Flórez, todos cuyos nombres se me venían a las mientes durante la lectura. Para decir tras ella —como ustedes dirán también, estoy seguro— que Delibes conoce, practica, si quieren, aquí sus mismas técnicas, pero que el tono de su creación, el estilo que en ella despliega, la idea que la inspira, el garbo con que la lleva hasta el fin, son suyos de él, absoluta y personalísimamente suyos, y que, merced a ellos, este libro es un hito en su carrera y una obra de excepción, parangonable con la más jugosa del momento que quieran ustedes elegir.

MIGUEL
DELIBES

LIBROS

La ironía y la verdad de Delibes



Miguel Delibes es uno de nuestros novelistas máximos. Para muchos, fieles lectores del vallisoletano, Delibes es el mejor novelista español e indiscutiblemente uno de los mejores exponentes de la novelística en castellano. Hasta ahora, Delibes, que es autor de obras completas en curso de edición, es decir, es una pluma consagrada, ha dado un mundo novelístico realista. Delibes, de quien corre la especie de que pronuncia siempre la misma conferencia, ha dado en Pamplona dos en las que se ha referido a los problemas técnicos de la novela contemporánea con evidentes rasgos irónicos y deformantes. La última salida literaria de Miguel Delibes está en línea con sus disertaciones.

Esta novela (1) quiere ser, según la solapa del volumen, una sátira formal contra las modernas teorías de la destrucción del lenguaje en su doble aspecto de sistema de comunicación oral y escrita. Este intento es evidente desde las primeras líneas de la obra: "Tras la verja como a la derecha de la cancela coma junto al alerce coma se hallaba la caseta de Genaro abrir paréntesis al que ahora llamaban Gen dos puntos ¡Toma, Gen; ven, Gen! cerrar paréntesis coma como de muñecas coma blanca también coma el tejado de pizarra gris y cuando llovía o Baudellio Villamayor el jardinero abrir paréntesis en cuyo invernadero inició Jacinto su movimiento Por la Mudez a la Paz cerrar paréntesis regaba coma el tejado de pizarra gris tornábase negro y reluciente como recién barnizado punto". Ese pretencioso Movimiento "Por la Mudez a la Paz" es una cómica y cabalística economía de fonemas: "(Texto into del disco constituto del Movo Por la Mudez a la Paz prono por D. Jazo San José Niño) Queros amos: dos palas para daros la bienvena y deciros que estamos en el buen camo. Es un pelo hablar más de lo que se piensa. Por otro lado, un exzo de palas comporta confusa. Es un erro pensar que un idia universo facilitarí la conviva. La retora, la grandilocua perturban el entendo humo".

No es posible situar en el mismo plano crítico la sátira lingüística y la estructural. Es claro que la novela contemporánea intenta una revisión radical del lenguaje, no su vertiente social, sino su retórica estereotipada. Se pone en cuestión no la raíz del lenguaje, sino su consecuencia. En ese sentido la sátira del autor es cómica, pero no profunda. La comicidad le viene de que no se va a llegar a la paz por el camino abreviado de las confusiones. El lenguaje sirve para comunicarse con los demás y esa tensión dialéctica entre la funcionalidad y el significante convierte en ridículos los intentos del buen Jacinto San José, inventor y promotor del nuevo sistema. La comicidad nace del ideal supremo de ese lenguaje: la mudez. Es un imposible metafísico.



En el aspecto narrativo, es claro que la novela contemporánea se replantea muy en serio el problema práctico de dar con la verdadera estructura del género. ¿En qué consiste de verdad la osamenta última de la narrativa y de la novela? ¿Se puede considerar que Delibes ha planteado prácticamente la cuestión de la inviabilidad de esa novela actual? Seguramente, no. Delibes ha escrito una obra tan lineal, casi, como todas las suyas. Las trasposiciones temporales son inocentes y asequibles aun para un lector primerizo y la distinción de los planos personales vienen facilitada por los caracteres tipográficos distintivos. La "Parábola" sólo es un ropaje pretendidamente contemporáneo para un esqueleto tradicional.

Por debajo de todas estas cualidades lingüísticas y técnicas queda la verdad de la "Parábola del naufrago". Allí si es cierto lo que dice la propaganda. Delibes, que es escritor fundamentalmente amigo del hombre y sus libertades básicas, que es la mejor pluma paisajística de nuestra novela viva, ha dado un grito de protesta y su personaje, Jacinto San José es, por decirlo de una forma actual, un contestatario esencial, no porque su actitud sea la contestación porque sí, sino porque en su situación, un hombre no tiene otra alternativa digna. El mecanismo social y don Abdón terminan haciendo de él un borrego impúdico, un borrego en todo el sentido de la palabra: la obra termina con un balido.

Lo que Delibes nos había dicho hasta la fecha en activa, con amor y recreación, nos lo dice ahora al revés, enseñando la trama absurda de la existencia en la sociedad de consumo. Esto puede parecer un tópico, pero sería como considerar un tópico el código de circulación. Delibes, lejos de sus tesos y escurrentías, sin fifiriches ni ráspanos, sólo se detiene brevemente en la contemplación de los buitres y los farallones en que se asientan las aves y en la descripción morosa y amenazante de las plantas monstruosas.

No es éste un Delibes cómodo, ni para el lector ávido de literatura fácil, ni para el inteligente amigo de desmenuzar la tesis de hace concesiones a la masa. Sólo los monólogos del protagonista la obra. Esta novela encierra una almendra demasiado amarga y no conceden breves treguas y aflora la humanidad del contable que redondeaba los ceros como oes caligráficas.

"Diario de Navarra" 26-X-59



«Hoja» 2.000
Madrid, nov. 69

OTRO DELIBES

Bien conocido es Delibes de nuestros lectores. En esta y otras páginas de la revista lo hemos mencionado con frecuencia. Ahora nos alegra dar breve cuenta de su novela última, como toda su obra, publicada por Destino, obra sorprendente y espléndida, a mi juicio, la mejor de sus novelas. **Parábola del naufrago** es la simple historia de un oficinista tímido al que sus jefes terminan condenando a la más pura animalidad. ¿Simplemente eso? No es la historia del viejo de **La Hoja Roja** o del niño de **El camino** (los dos libros de Delibes que más me gustan), es decir, no es sólo la historia de ese oficinista llamado Jacinto San José, sino toda una indagación de la sociedad moderna.

Una especie de Kafka bien-humorado, cuya tragedia nos duele menos por la manera de estar contada. Delibes crítica y participa aquí de los vanguardismos literarios con trucos más burlescos por parecer infantiles, pero, sobre todo, presenta un reflejo exacto de una sociedad tiranizada, matriarcal, en la línea de los grandes pensadores modernos. Resulta que el novelista vallisoletano coincide con Freud y con Marcuse, acaso sin proponérselo.

Es una novela hondamente ideológica..., pero novela. Hay pasajes, como las partidas de parchís, magníficos. Y teorías angustiosas. Siguiendo y ampliando el camino de **Cinco horas con Mario**, Delibes penetra con comedimiento y gracia en la literatura de última hora. Y eso no es nada frecuente en nuestras letras.

TODAVIA LA GUERRA

Y no terminará nunca, ni la guerra ni la historia guerrera. Editorial Bruquera, cuyas publicaciones han irrumpido poderosamente en el mercado español, con una calidad que muchos no le reconocen a causa de sus otras ediciones (novelas de a duro, de tebeos, etcétera), pero que es innegable, acaba de sacar al mercado dos

interesantes libros a propósito de la segunda guerra mundial, tema eterno que cada vez suscita más curiosidad.

La guerra del Pacífico, en dos tomos, con ilustraciones, escrita por Bernard Millot, es un estudio minucioso de esa faceta de la contienda. Largos años de estudio debió dedicar el autor a esta completa investigación, que supo luego narrar con el atractivo de una novela. Obra densa, muy informada, completa en gráficos e ilustraciones, aporta todos los conocimientos precisos sobre el tema.

Dachau, testimonio de un superviviente, de Nerin E. Gun, es un puntual y sobrecogedor relato sobre este campo nazi de concentración y exterminio. Nerin, estudiante por entonces, cuenta lo que vio y lo que vivió. Muy pocos pudieron hacerlo. Terribles documentos gráficos contribuyen a retratar uno de los lugares más nefastos del mundo. No es un libro



más sobre Dachau, sino el libro del que estuvo a punto de morir en Dachau. Un libro de valor, un libro concienzudo, de necesaria lectura para que no muera el recuerdo.

AFRICA, JAPON

Por fin aparece en España un libro total sobre Africa. No una monografía, una geografía, una novela, sino una obra completa que expone y explica el misterio de Africa: ¿Cómo un continente ha saltado en unos años de la barbarie a la civilización? La alemana Gisela Bonn ha conseguido, en **Africa abandona la selva**, un estudio de sor-

prendente interés. El continente del futuro se revela aquí en todo su misterio, su esplendor, su historia. Con la agudeza de un periodista y la profundidad de un buen sociólogo, la autora consigue resumir ingentes problemas y considerables dificultades para el europeo. La esencia de Africa se nos brinda como en un cuadro.

La indudable categoría de la obra viene avalada por una cuidada edición con numerosas fotografías en color y negro. El libro ha sido publicado por Plaza & Janés.

La misma editorial publica, en su colección «La vuelta al mundo en ochenta días», el libro de Pearl S. Buck, **Gente del Japón**. La autora, premio Nobel, es de sobra conocida. Aquí no se limita a contar una historia con muchos sentimentalismos, sino a realizar un análisis periodístico, humano, de la vida japonesa. El mayor elogio que puede hacerse a este libro es que, después de haberlo leído, uno sabe lo que es el Japón y su gente. A ello contribuyen mucho las fotografías bien seleccionadas.

LIBROS DE BOLSILLO

Imposible de todo punto es mencionar siquiera los numerosos libros de bolsillo que aparecen mensualmente en nuestras librerías. Me arriesgo, de todos modos, a seleccionar unos pocos títulos cuyas menciones impliquen una valoración cualitativa, ya que resulta imposible demostrar que «los hemos abierto».

Alianza acaba de sacar uno de los maestros del terror, H. P. Lovecraft, en una antología del género muy interesante, titulada **Los mitos de Cthulhu**. Imprescindible para los aficionados al género y para quienes pueden llegar a serlo. Lo mismo, en otro orden, puedo decir de la magnífica **Historia contemporánea de América Latina**, de Donghi. Es hora de que sepamos algo acerca de estos países hermanos. Esta obra, breve pero intensa, puede ayudarnos mucho.

Seix Barral, aparte otros interesantes títulos, publica

dos de los más famosos de la «nueva novela francesa», **El mirón**, de A. Robbe Grillet, y **La modificación**, de M. Butor. Dos libros que marcaron una época reciente y de los que se guía mucha parte de la literatura contemporánea. Imprescindibles para quienes



les interese ésta. La nueva editora Barral, por su parte, nos ofrece los dos primeros volúmenes de una nueva colección de libros de bolsillo... de poesía. Sólo la decisión merece los máximos elogios. Poesía en la calle, buena poesía al alcance de todos. Hermosamente presentados, los dos títulos son de impecable calidad e interés: **Antología de la poesía modernista** y **La centena**, del poeta mejicano Octavio Paz. **Novelas y Cuentos** publica **El compromiso**, obra de uno de los grandes de la novelística italiana, Mario Pomilio. Libro ideológico y político en torno al fascismo, es también una buena historia.

La colección universitaria de bolsillo de **Guadarrama** ofrece también algunos títulos con su conocida calidad. Destaquemos **Mefistófeles y el andrógino**, de Eliade; **La religión y el futuro del hombre**; **Entre el destino y la voluntad**, de Jaspers, y las dos más conocidas obras de Tocllueville, al fin traducidas. El mes próximo quiero dedicar más espacio a esta colección y a **Rotativa**, nuevos bolsilibros de Plaza & Janés, muchos de gran interés.

NOTA.—Para el juicio moral de los libros, dirigirse a **BIBLIOTECA Y DOCUMENTACION**, Lagasca, 79. Madrid. Teléfono 276 15 07.

PEDRADA DE MIGUEL DELIBES

No es fácil esta novela de Miguel Delibes (1).

La razón está en una actitud plenamente inconformista de lo que ve a su alrededor, antes de ponerse a escribir sobre la vida y las costumbres de hoy. Porque no está dispuesto Delibes a seguir el juego de hacer el caldo gordo a nadie. A nadie que esté definitivamente instalado en su butacón.

Como Ramón Gómez de la Serna, Delibes hace dieta y se la impone al lector refiriéndose al aburguesamiento de la inteligencia y a eso que venimos llamando el consumo. A quienes reclaman del novelista un cuento de evasión, Delibes da pan y cebolla.

Acre, intencional, caricaturizante y en pleno dominio del instrumento idiomático, nos lanza un análisis demencial del tipo humano resultante de la sociedad que encarna don Abdón, el analista de Jacinto San José, el hombre del día. El hombre del día que termina gritando «¡beeee!».

Novela de un tirón; toda ella, único capítulo. Una especie de pedrada que traza una línea parabólica no demasiado curva, porque inmediatamente se aprecia que el disparo va al blanco; y que el blanco está tan próximo a nosotros que lo podemos alcanzar sin gran esfuerzo.

No es fácil esta prosa. Requiere ser minoritario. No evadir la realidad simbólica de lo que acontece en nuestro mundo. Verlo a través de la lupa indicativa de muchos indicios. Percatarse de que las gentes están enfermas de ausencia, en los aborregamientos consignados, a falta del examen de conciencia con que descubrir al propio yo, eso que se nos va de las manos y está ya lejísimos de nosotros.

Y realmente Delibes resulta implacable en esta diatriba desde su viejo castellanismo, aquí más encastillado que nunca. No perdona ocasión alguna de recordar la poquedad de materia gris que concede al borrego, como tal borrego o como aspirante a borrego.

Esta prosa de un tirón —repetimos— es una

sorpresa humillante para el buscador de evasiones. Delibes le enseña socarronamente no que no sabe. El pastelito que pensaba encontrar se convierte al abrir la portada en una lección de ortografía. Y el lector, si no se confiesa derrotado tirando el libro antes de pasar esta primera prueba, como un muchacho que recibe la reprimenda aunque sea de mala gana, pasará luego página a página llevado de coscorrón en coscorrón hasta la última como trata el maestro al último de la clase, el más torpón. Ese

al que se ha de recordar a cada momento lo que se está diciendo porque está distraído pensando en las musarañas. Por ejemplo: «Jacinto jadea. Suda (Jacinto). Jacinto tiembla. Lloro (Jacinto). Jacinto se ase crispadamente a los bordes del lavabo. Se estremece (Jacinto)...». Y del mismo modo, corrige las formas usuales de hablar, esa prosa putrefacta que ha ensuciado el diccionario, con gesticulaciones más que propiamente onomatopéyicas, de la vida vegetal.

La novela es un tremendo varapalo.

La ficción sitúa al protagonista en una circunstancia delirante, donde está naufragando el sentido

individual a la presión de algo menos que una filosofía, porque Delibes no opone filosofías más que en un punto central que afecta al idioma: cuando concluye a través de un sarcasmo en esta reflexión: «Cuanto menos palabras pronunciemos y más breves sean éstas, menos y más breves serán la agresividad y la estupidez flotante del mundo».

Entrar en este camino que Delibes traza para dejar el cómodo butacón, supone sin duda un esfuerzo para el paciente. De ahí que lo saque del arrellanamiento con un cubo de agua fría a bocajarro.

GOMEZ CATON

(1) «Parábola del naufrago». Por Miguel Delibes. Ediciones Destino. Barcelona. 1969.



FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

Domingo - 9-XI-69



Las artes y las letras

Por JOSE ACOSTA MONTORO

«Parábola del náufrago»

DISTINTOS caminos pueden llegar a la misma o parecida conclusión. De la mano de Marcuse se alcanza el sentido del «hombre unidimensional», obligado por la sociedad a pensar en dinero; deshumanizado, asustado, atropellado, limpio su cerebro de ideas propias... De la mano de Miguel Delibes (como pudo irse de la mano de Samuel Bellow u otros novelistas), se alcanza el sentido del hombre reducido a la más pavorosa expresión de perro u oveja, irremisiblemente condenado por la autocracia, la crueldad, la sociedad de consumo y, de modo especial, por la clara y terminente crisis de los derechos humanos.

El movimiento «Por la mudez a la paz» que destaca Miguel Delibes en su novela, está muy próximo al terror atómico que utilizan las grandes potencias para extender su «paternal protección» al género humano a cambio de aceptar ser «unidimensional», eso sí, rodeado de un pasable confort cada vez más frío y mecánico.

El problema, que Marcuse ha aireado como nadie, está en la conciencia de muchos, pero faltaba su expresión caricaturizada, en cierto modo, que es como Miguel Delibes ha sabido hacerla. Faltaba un cierto sentido del realismo literario afín a la literatura española, la expresividad tragicómica que tiene amplio entronque con los «caprichos» de Goya. Y Delibes, certero, agobiante, pone el problema en una novela que resulta totalmente distinta a las anteriores, aunque en la preocupación por la sociedad actual esté totalmente en línea con «Cinco horas con Mario».

Ha de reconocerse que el lector de Miguel Delibes se encontrará con algo muy distinto a lo que solía ofrecerle el escritor, sobre todo en la forma, en el tratamiento del idioma, en la destrucción sorda y continua del hombre a través de los actos reducidos a caricatura de una sociedad inmisericorde que va liquidando una larga y vieja civilización. «Parábola del náufrago» estremece, inquieta y, sobre todo, alerta respecto de algo próximo, que nos cerca, que nos amenaza, que cada día triunfa como pago a lo que se airea como máximo logro: el alto nivel de vida.

El paternalismo; la gran empresa tentacular; don Abdón, «el único», como dice su pasodoble; la de-

gradación del hombre hasta ponerse a cuatro patas; la sociedad caricaturizada, pero no menos real y auténtica; el hombre que se marea de tanto escribir ceros..., todo ese conjunto expresa una sátira formal hacia una sociedad que agrupa desde la liquidación del hombre en campos de concentración y de guerra, hasta la absoluta destrucción del ser humano, condenado a ser perro u oveja, como Gem, o Jacinto, personajes que en su degradación va procurando el hilo narrativo a esta historia que también es crítica a cuanto de destructivo tiene el tratamiento del lenguaje que se realiza en ocasiones, consonante a las modernas teorías que corren parejas a la crisis del humanismo.

Todo el planteamiento que hace Delibes obedece a una sólida estructura, que si bien parte de un presupuesto general engendrado en el hombre oprimido, se expande a través lo mismo del lenguaje empleado, del estilo, de la construcción, todo ello en un bloque homogéneo que pretende y consigue subrayar el clima de la parábola, frío, cortante, loco, onírico, delirante, aterrador, por cuanto que el lector percibe que aquélla, como otras parábolas, le está descubriendo una terrible sima muchas veces presentida y cada vez más próxima e insorteable. Lo fundamental de la obra de Delibes está en que el tratamiento literario del tema se amolda a la temática, hasta que uno y otra discurren tan profundamente unidos que diríase inseparables.

Miguel Delibes, novelista que aún crece, está en la fase más importante de su carrera literaria y se muestra cada vez más revolucionario. Había anunciado en «Cinco horas con Mario» un mayor agudamiento de su sentido crítico y ahora esa reboledía en pro de un mundo mejor, en la denuncia, le sitúa a un plano literario auténticamente universal. Delibes es un ejemplo evidente de que un novelista honrado y trabajador llega a su plenitud con obras tan interesantes como logradas, caso no frecuente en la actual literatura española.

Miguel Delibes: PARABOLA DEL NAUFRAGO. Destino. Barcelona, 1969.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

CULTURA 2

MIGUEL DELIBES: ¿CAMBIO DE RUMBO?

MUEBLES CASTELLANOS
LIQUIDAMOS EXCEDENTE EXPORTACION
 Venta directa al público
 Precios más baratos fábrica
 Amueblamos residencias, chalets, apartamentos, etc.
 San Bernardo, 97. Infantas, 44. Diego de León, 46. Martín de los Heros, 72. Eloy Gonzalo, 36
 (Muy importante: No confundirse)

ALQUILE UN TELEVISOR
televent
 Servicio permanente de reparaciones gratuitas
 Serrano, 76
 Teléfono 225 49 65
 General Ricardos, 12
 Teléfono 269 48 55

COMISARIA GENERAL DE ABASTECIMIENTOS Y TRANSPORTES
SUBASTA DE MATERIAL NECESARIO (camas, armarios, mesillas, colchones)
 El día 21 del actual se celebrará subasta por pliego cerrado para la venta del material relacionado en el pliego de condiciones expuesto en el tablón de anuncios de Almagro, 33, y Embajadores, 148.
 Madrid, 10 de noviembre 1969.
 El secretario del Tribunal.

PISOS
 GENERALISIMO, 5 habitaciones, 2.600.000 ptas.
 GENOVA, 4, 200 metros. MUY BARATO.
 QUINTANA, 23, 4 habitaciones, 1.470.000 ptas.
 ARDEMANS, 8, 3 dormitorios, 765.000 ptas.
 TELEFONOS:
 419 28 25 y 419 05 80

PLAZOS - CONTADO - ALQUILER (NUEVAS Y DE OCAION)
MAQUINAS DE ESCRIBIR Y CALCULAR

 HERNAN CUBES, 7

TODOS LOS PLASTICOS
 PARA LA INDUSTRIA Y EL HOGAR
RESOPAL, S. A.
 CARDENAL CISNEROS, 47
 Tels. 257 29 42 y 257 66 36

SCARLAT PROXIMA apertura

TELEFONO DE "MADRID"
 Centralita:
 276 10 19

UNO de los acontecimientos literarios de mayor magnitud producido este otoño ha sido la aparición de la novela del escritor valisoletano Miguel Delibes "Parábola del naufrago". Por creer que se trataba no sólo de una gran novela que rompía con la trayectoria del escritor castellano en el terreno formal, sino también de un hecho de cierta significación en la evolución de la narrativa española, le dedicamos hoy un espacio mayor del acostumbrado, con opiniones de críticos y novelistas. La sucinta explicación que el autor nos ha hecho llegar sobre su obra completa en gran medida nuestros propósitos.

UNIDAD FORMAL
 Delibes es un caso aparte en nuestra literatura actual. Sin haber caído nunca en la moda o en el gesto intransigente de cierta vanguardia, su obra había guardado hasta cierta unidad formal que la hacía com-

prehensible y aceptable para un público lector mayoritario. En la obra de Delibes se conjugaban dos factores muy difíciles de armonizar: la categoría literaria y la popularidad relativa. De hecho, la voluntad creadora de este autor, su tesonera actitud y los temas que trataba (la provincia, la burguesía provinciana, la clase media, el campo castellano), lo había hecho "imprescindible" en una narrativa irregular como es la actual. Delibes es, sin género de dudas, el novelista de más categoría de cuantos viven hoy en España.

La inercia de una popularidad creciente y la calidad intrínseca de su obra impedirían normalmente una evolución profunda. Pero sucede que, a estas alturas, Delibes se ha impuesto—y nos impone—un cambio de rumbo. Ya en "Cinco horas con Mario" se adivinaba una voluntad renovadora que en la "Parábola del naufrago" cristaliza cumplidamente. Yo distingo dos aspectos de muy diversa índole en la obra

de Delibes: el sintético y el experimental. El primero se ha proyectado en casi toda su obra como impulsión de un realismo crítico que a sí mismo exigía capacidad limitada de factores imaginativos. El aspecto experimental, si se prefiere, vanguardista (aunque me niego a aceptar que toda experiencia renovadora sea obligatoriamente vanguardista) aflora cuando la dialéctica de la propia obra lo exige. En la entraña de toda experiencia realista está ahogada la capacidad de imaginación y transformación expresiva, pero, de repente, factores de toda índole (psicológicos, históricos, económicos) que rodean al escritor, terminan por impulsarlo a romper con el círculo sagrado de su etapa anterior. Creer que esta ruptura es simplemente una reacción para "aggiornar" el estilo, o actualizar la temática, me parece demasiado simplista. Si nos negamos a aceptar la capacidad de evolución interna de un escritor dentro de la obra hecha, o incluso la necesidad de romper

unos moldes que parecen estrechos, estamos negando la vitalidad y la posibilidad de la literatura. Tanto la literatura nueva como la vieja han sido renovadas y seguirán siéndolo. Los géneros literarios—si es que todavía puede hablarse de ellos—viven porque cambian. Si no fuese así resultarían vejatorios de museo o textos antológicos para estudiantes de la Universidad de Tejas.

LA LIBERTAD
 Así, pues, ni la evolución formal de Delibes en su última novela significa una ruptura con la obra anterior ni es fruto de un capricho o de una veleidad modernista. Si queremos encontrar explicaciones al fenómeno literario que es emergente, pero no superficial, conviene que echemos mano de los factores exteriores e interiores que conforman la visión de mundo del escritor cuando escribe. De este modo la, por llamarle de alguna forma, "experiencia" de la "Parábola" puede terminar en sí misma o ex-



tenderse en otras obras de parecida intención y envergadura. Pero es ya una reivindicación clara y terminante de la libertad individual, acechada a por mil acontecimientos, inerte en un mundo tecnificado e indefensa ante las exigencias del mercado y el consumo.

ALBERTO MIGUEZ



"He escrito este libro desde la angustia, desde mi más profundo miedo"

Hemos pedido a Miguel Delibes unas líneas sobre "Parábola del naufrago". Estos son los motivos que le impulsaron a escribir su última novela:

"Yo he escrito este libro desde la angustia, desde mi más profundo miedo. Esto quiere decir que "Parábola del naufrago" intenta ser la transcripción de una pesadilla y que, como en las pesadillas, las situaciones se encadenan por asociaciones caprichosas (plásticas, de ideas, etcétera), ajenas—en el fondo—a la lógica y en la forma (por la transcripción) literaria a la gramática. También aquí, como en las pesadillas, el motivo de la angustia es un monstruo de mil cabezas, multiforme, e incluso en ocasiones aparentemente contradictorio. En

todo caso, el simbolismo me parece evidente en sus vertientes políticas, sociales y económicas. La degradación—o la derrota—del manso (del inocente, débil y humilde Jacinto San José) no supone que yo me incline por la violencia física para cambiar una sociedad que no me gusta (la violencia nos conduciría de nuevo, inevitablemente, al seto, es decir, a la violencia). Se trata más bien de una cruda invitación a la reflexión, de un nuevo intento (más dramático, puesto que soy consciente de que cada vez van quedando menos oportunidades de hacerlo) de mudar al hombre, y de defender sus más elementales derechos. Mi novela, de rechazo, es un canto al amor, a la justicia y a la libertad."

DOS OPINIONES SOBRE UNA PARABOLA

1 SAINZ DE ROBLES: "Yo digo a Delibes, sinceramente, que se ha equivocado"

Categorícamente, "Parábola del naufrago", narración testimonio, narración protesta, parábola novelesca, delación de un estado de ánimo preocupado, lo que sea, no me ha gustado. La considero un intento de renovación formal y temática malogrado en la que era una limpia, ancha, ya larga y ejemplar producción novelesca de uno de nuestros contados excelentes novelistas de hoy. Miguel Delibes no se preocupó hasta ahora sino de novelar con temas, personajes, ambientes y lenguajes de las máximas calidades artísticas. Y... de pronto, digo yo, se siente obseso en la preocupación de cuanto acontece en España, por juego de las circunstancias, en religión, política, economía y proceso social, y decide poner su jerarquía genérica al servicio de un alegato mal encubierto de novela. Su naufrago es el pobre hombre español ovejuno, apabullado por las incidencias, triunfos feroces de la autocracia, de la tecnocracia, de los planes de desarrollo inarmónicos, de las rectificaciones vaticanas, de los convenios laborales, de las crueldades belicistas, de las consecuciones científicas... En efecto, el pobre hombre que no sabe—o no puede—reaccionar contra el mundo mecanizado en que le ha tocado existir, y se deja majar, humillar, deshumanizar...

Con ánimo irritado y un tremendo humor negro, Delibes se ensaña con el desdichado jacintosan José—así lo escribe cuando le pete Delibes—, como para que sirva de escarmento en público, testimonio descajarrado, de nuestra porción de planeta sin fe, monstruoso en sus decisiones como un mandarín medieval.

—y pienso que Delibes se cree más que preocupado, angustiado—en la forma magistral que utilizó para escribir sus anteriores libros. Ha preferido una forma que pretende ser reformadora y que delata demasiado los escritos de otros novelistas: Cela, García Márquez... Me parecen puerilidades o pequeñas bromas las utilidades que hace con el lenguaje, multiplicando los paréntesis innecesarios, sustituyendo los signos ortográficos por las palabras que los significan, la unidad en minúsculas del nombre y apellido del protagonista, las muchas páginas sin punto ni aparte.

No faltarán los críticos jóvenes, tan amantes de todas las revoluciones—¿intenta Delibes congratarse con ellos pra que le exceptúen de sus violentas repulsas generéricas?—que le jalearán su supuesta ruptura con lo tradicional, la puesta a punto de su talento novelesco al servicio de los hechos sociales agobiantes. ¡Qué pueril ilusión! Yo recuerdo siempre a mis jamás renovadores y perpetuamente distintos, porque no la forma, sino el alma, canta lo distinto: Antonio Machado, Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna, Ramón Pérez de Ayala...

Quienes acuden a revolucionar la forma para presentarse como nuevos sólo declaran la falta de fe en sí mismos, acaso su impotencia para superarse, su intento de pasarse gato por liebre.

Insisto: es fácil que "Parábola del naufrago" obtenga el clamor de las jóvenes promociones, para las cuales sólo la revolución indica el pulso del talento creador. Pero yo digo a Delibes, sinceramente, que se ha equivocado. Y ahora... ¡allá él! Porque el tiempo es el único inexorable juez.

2 ANDRES AMOROS: "Una construcción para el futuro del hombre"

La novela nos presenta a un naufrago, un hombre que está solo porque es inconformista, se niega a aceptar la televisión y el fútbol que quiere darle una civilización ultradesarrollada y paterna. Es un hombre que no consigue ser asimilado totalmente por la marea de despersonalización que crece. En castigo tendrá que sufrir una dolorosa transformación.

Me parece importante subrayar la primera palabra del título. No nos hallamos aquí ante una simple descripción de la realidad costumbrista, provinciana o sofisticada, como es frecuente en la novela española. Esta obra es una parábola, una construcción que posee un hondo sentido para el futuro del hombre y del mundo. También podría, creo, ser llamada metáfora, alegoría, emblema o—como el film de Pasolini—"teorema" del naufrago.

Lo esencial me parece la denuncia (mediante una fábula tierna y humorística, como es habitual en Delibes) de un tipo de sociedad alienante y deshumanizadora, así como la creación de una figura humana conmovedora, entrañable, de grandes quilates humanos y literarios: Jacinto, que no quiere ser víctima ni verdugo.

La novela inserta lo simbólico en un cuadro de realismo cotidiano que le presta, a la vez, verosimilitud y capacidad de espartanos, mostrando lo cercano del peligro que nos acecha. En general, alterna lo que ocurre a Jacinto en el refugio campestre con los recuerdos de su vida anterior, la narración con el monólogo interior. Utiliza sabiamente algo de psicoanálisis. Intenta, en algunos fragmentos de la novela, dos novedades llamativas: la mención de la puntuación, en letras, y la creación de

un nuevo lenguaje. Más afortunado me parece lo segundo que lo primero. Pero más que su valor en sí, me parecen importantes como símbolo de la tendencia abierta y experimental de Delibes.

Delibes no se reduce al usual costumbrismo descriptivo o al realismo superficial, sino que plantea, con acierto y amabilidad, una cuestión trascendental, uno de esos grandes temas que suelen brillar por su ausencia en nuestra novelesca, cuando no aparecen burda y elementalmente politizados. Lo que creo que singulariza más a la novela de Delibes es su tono ético, serio y responsable, al margen de tantas banalidades conformistas. Delibes es un novelista auténtico, no un panfletario; pero a la vez un novelista que quiere inquietar a sus lectores y no adormecerlos.

El mundo de esta novela se acerca a ratos al de la ciencia-ficción o las utopías. La angustia burocrática posee un tono que a mí me parece claramente kafkiano. La creación de un lenguaje personal posee un indudable antecedente español en "Belarmino y Apolonio", de Pérez de Ayala. El deseo del protagonista de fundar un movimiento "por la mudanza a la paz" me recuerda la situación inicial de "Persona", el film de Ingmar Bergman. En fin; creo que lo más valioso estéticamente del libro es la figura humana de su protagonista, que lleva a un extremo de desvalimiento y caridad algunos rasgos del Mario de "Cinco horas con Mario".

Me parece indudable que la trayectoria narrativa de Delibes es ascendente no sólo por progresivo dominio del oficio, sino, sobre todo, por ampliación a nuevas técnicas y por capacidad crítica. Ocupa un primerísimo puesto, junto con Cela, Sender, Ayala y Aub.

NOTAS SOBRE «PARABOLA DEL NAUFRAGO»

Por ISAAC MONTERO



ESTAS notas no pretenden ser, ni de lejos, una crítica del último libro de Delibes. Aunque, seguramente, la advertencia resulte innecesaria, porque es algo que cualquiera puede apreciar a simple vista, quiero, sin embargo, dejarlo claro. Me limito a recoger ciertas impresiones suscitadas por la lectura. Procedimiento burdo y precientífico, si se quiere, pero menos confundidor que ciertos alardes donde el acopio de vocabularios encontrados busca hacer pasar por categorías críticas lo que sólo son opiniones.

Sorpresa

1 Primera impresión: "Parábola del naufrago" es un libro sorprendente. La trayectoria de Miguel Delibes le ha mantenido una y otra vez en idéntico terreno: el estudio y la recreación de la vida provinciana de Castilla la Vieja. "Parábola del naufrago", por el contrario, pone en pie un edificio satírico y en gran medida simbólico. A la primera ojeada, el último libro de Delibes parece manifestar un abandono de esa temática donde el autor se movía como pez en el agua.

Esta sorpresa inicial cede en seguida ante una evidencia. El libro, desde luego, apunta a dotar a personajes y a hechos de contenido simbólicos. Pero Delibes continúa hablando de lo que siempre habló: la vida que le rodea. Lo que ocurre es que ese mundo cristalizado y romo está sometido hoy a las presiones de una civilización voraz y en apariencia liberadora. El choque hace estallar un número considerable de hábitos y tradiciones; pero, sobre todo, persigue establecer, a pequeña escala, idénticos mecanismos opresores a los que configuran el vasto mundo de las sociedades desarrolladas.

Gran parte de las sorpresas de "Parábola del naufrago" provienen de que, al describir el fenómeno, aunque sea de manera indirecta, Delibes nos

muestra que ese trasvase de usos nuevos, de nuevas categorías de vida, resulta a la postre superficial. Esa vida provinciana, detenida en el tiempo, al amoldarse a las nuevas presiones de una realidad aparentemente dinámica, continúa enquistada. Y más aún: el forzado acoplamiento engendra una realidad doblemente ingrata. A la monstruosidad cadavérica de un mundo muerto de pie, se le añade la nueva monstruosidad de una organización de las cosas donde todo el movimiento febril termina, como siempre, en el bolsillo de unos pocos.

Sátira

2 "Parábola del naufrago" es una sátira de todas las instituciones que fundamentan la vida del mundo moderno. Es, por tanto, una pesadilla donde reinan los dueños del mundo de hoy: la violencia, la explotación hipocrita del hombre, la dictadura, el paternalismo, el consumo, junto a viejos monarcas: la estolidez, la tontería, el aburrimiento, la represión. El material para ponerla en pie es, como digo, esa vida provinciana superficialmente remozada por el televisor, los teletipos, el coche y los cerebros electrónicos. Sin embargo, en oposición a los tratamientos habituales de las sátiras contemporáneas, toda esa tecnología pasa al fondo en la novela de Delibes y lo que se

nos describe es la pervivencia de hábitos, costumbres y reflejos mentales, viejos de muchos años, engranados a la nueva maquinaria explotadora. La atmósfera de esa vida tan toscamente internacionalizada podría representarse mediante una imagen con la que cualquiera se tropieza por esos pueblos de Dios: la de una anciana, pañolón negro a la cabeza, sayas, desdentada y sumisa, contemplando en el cafeticho el anuncio de un nuevo sostén "balconnet".

Esto al menos es así hasta que el protagonista de "Parábola del naufrago" acapara toda la atención del lector y ocupa el escenario de una cabaña. En ese instante, la pesadilla se crispa. Y los motores secretos se manifiestan. El protagonista ha ido a esa cabaña para curar la enfermedad que le excluye de los comportamientos normales y ha de sembrar en torno un seto prolífico que lo aislará del mundo. El resultado es absolutamente sarcástico: curación y castigo se confunden. Jacinto San José, un rebelde modesto y solitario que buscaba la paz por la mudez, es convertido en dulce y manso borrego. La sátira de Delibes abarca, pues, a un sistema montado sobre la violencia hipocrita y, de manera quizá más inconsciente, a quienes pretenden inutilizarlo sin servirse de ella.

Pesadilla

3 La discusión sobre los contenidos de "Parábola del naufrago" puede ser larga —seguramente no habrá esa discusión, porque los libros en nuestro país se apartan o se tragan aprisa, pero no se discuten. En cualquier caso, en unas notas tan breves como éstas, me parece más interesante que discurrir de parte del contenido del libro, señalar la necesidad que lo ha impulsado. "Parábola del naufrago" está escrito con angustia y se configura, en consecuencia—creo haber dicho ya—, como una pesadilla. Manifiesta, ante todo, la

preocupación moral de un escritor y se erige, así, en documento de una conducta literaria en gran medida excepcional. En un momento de confusión y silencio como el presente, Delibes viene a darnos, con su habitual tono, casi en voz baja, una lección importante. Entre otras cosas, que un escritor o pretende ser conciencia de su tiempo o es nada. En este sentido, "Parábola del naufrago" culmina una lenta pero tenaz trayectoria al servicio de esa idea.

Destrucción

4 En un plano estrictamente formal, la última novela de Delibes es también un libro paródico que pone en solfa ciertas teorías sobre la destrucción del lenguaje. A mi modo de ver, es el plano menos rico o el más desigual. Seguramente esa sátira lingüística resulta mucho más divertida en el plano mismo del contenido—Jacinto San José, amén de pacifista, es inventor del "contracto", idioma vagamente babilónico que muestra idénticos vicios que el usual. De todas maneras, Delibes consigue páginas socarronas y, en cualquier caso, su parodia es perfectamente instrumental y sirve a la creación del clima de pesadilla de la obra con enorme vigor.

Estas notas podrían extenderse bastante más y son deliberadamente incompletas. Por aquello de la concisión, y puesto que al resumir sólo se atenta contra el propio pensamiento, me parece que la manera más significativa de definir en pocas palabras esta última novela de Delibes sería decir de ella que es un libro vivo, insólito en el panorama de nuestras letras, y prueba de la honestidad de un escritor.

Como todas esas cosas no se pueden atribuir impunemente a muchos libros, el lector puede sacar la conclusión de que se encuentra ante uno que, como poco, va a conmoverle.

LOS LIBROS DE MAÑANA

EDITORIAL ANDORRA ALIANZA EDITORIAL



Libros en español, cuya publicación está prevista para antes de fin del corriente año 1969.

EN CASTELLANO

Max Aub: "Campo del Moro". Novela. Col. Andorra. Prólogo de Joaquín Marco.
Gilbert Cesbron: "Muchachos de cabellos grises". Relatos. Colección Andorra.
Guido Artom: "Napoleón ha muerto en Rusia". Novela. Colección Andorra.
Segundo Serrano Poncela: "El hombre de la cruz verde". Novela. Col. Valira. Prólogo de José Domingo.
Manuel Andújar: "Visperas" (trilogía que comprende las tres novelas "Llanura", "El vencido" y "El destino de Lázaro"). Col. Valira. Prólogo de Rafael Conte.
Rosa Chacel: "La sinrazón". Novela. Col. Valira. Prólogo de Julián Marías.
Anne y Serge Golón: "Angélica y su amor". Col. Angélica. Volumen VI.

EN CATALAN

Laurence Pernoud: "Espero un infant". Prólogo de Georges Duhamel y, para esta edición, del profesor doctor A. Trias Maxencs.
Doctor Octavi Fullat: "La domesticación del sexo" ("Intent d'educació sexual"). Prólogo del doctor Lluís Folch Camarasa.
Miquel Saperas: "El mestre Enric Morera". Biografía. Colección Añir-Demà.

COLECCION "EL LIBRO DE BOLSILLO"

Obras de probable aparición de noviembre a principios de enero:
"La expresión americana", de José Lezama Lima.
"Las Américas negras", de Roger Bastide.
"El petróleo: el mayor negocio del mundo", de Christopher Tugendhat.
"El santo de la Isidra", "El amigo Melquiades", "Los caciques", de Carlos Arniches.
"El modelo checoslovaco de socialismo", de Radeslav Selucky.
"Lenguaje y poesía", de Jorge Guillén.
"El obispo leproso. Nuestro padre San Daniel", de Gabriel Miró.
"La inhospitalidad de nuestras ciudades", de Alexander Mitscherlich.
"La agresividad humana", de Anthony Storr.
"Prosa", de Federico García Lorca.
"El cuento mexicano de hoy", de Emmanuel Carballo.
"Juan Belmonte, matador de toros", de Manuel Chaves Nogales.
"Teatro crítico", de Benito Feijoo.
"Nuevas páginas de mi vida", de Ramón Gómez de la Serna.
"Sobre la voluntad en la naturaleza", de Arthur Schopenhauer.

GUADIANA DE PUBLICACIONES

Tiene previstos los siguientes títulos hasta fin de año:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE ECONOMIA
"Eurodólares", de Félix Varela Parache.
"Introducción a la historia económica de España contemporánea", de J. A. Lacomba.
"Economía del petróleo", de Emilio Sanz Hurtado.
"Yugoslavia: autogestión en la economía", de Branko Bruckner.

COLEC. "TIEMPO AL TIEMPO"

"El silencio del Dios", de R. Panriker.

COLEC. "CRONICA DE UN SIGLO"

"En torno a Marcuse", de Palmier.

COLEC. "AYER, HOY Y MAÑANA DE ESPAÑA"

"El mito del gran Madrid", de V. Simanca y J. Elizalde.

CIRCO PRICE
FEIJOO • CASTILLA

PROXIMO VIERNES
INAUGURACION OFICIAL DE LA GRAN
TEMPORADA INTERNACIONAL
DE CIRCO
¡POR VEZ PRIMERA EN ESPAÑA!

CIRCO BULGARO

COMPANIA OFICIAL
DEL CIRCO del
ESTADO DE BULGARIA

¡UN FABULOSO CIRCO SENSACIONAL
POR VEZ PRIMERA EN MADRID!

¡GRUPOS DE FEROCES LEONES!
¡ALTA EQUITACION BULGARA!
¡FENOMENALES PERCHISTAS!
¡BALANZAS SOBRE RUEDAS!
¡EMOCIONANTES NUMEROS AEREO!
¡TRAPECISTAS FOSFORESCENTES!
¡GRUPOS DE PAYASOS!

¡20 SENSACIONALES NOVEDADES!

FUNCIONES
7 TARDE y 10,45
MIERCOLES, SABADOS
y FESTIVOS, ESPECIAL
4,15 TARDE.
LOCALIDADES desde
50 pesetas.

Para ver
y oír BIEN

ULLOA OPTICO
Especialista en
MICROLENTILLAS
SECURIZADO DE CRISTALES
OPTICA AZUL
CARMEN, 14 Y SUCURSALES

MUEBLES

ALTA CALIDAD
A PRECIOS BEBAJADISIMOS

Muebles por elementos: Cuerpo de cama automática, 7.900. Secreter, 5.600. Armario con maleteros, 5.800. Castellanos, todos en haya tallada; mesa-libro, 3.800. Taquillón, 2.750. Mueble-cama-librería, 9.500. Tresillo (sofá-cama de 105), 9.500. Armario maledero 4 cuerpos, poliéster, 7.000.

FACILIDADES
MUEBLES-DECORACION
ROMERO
SANTA MARIA, 36
(Paralela a HUERTAS)

TELEFONO DE «MADRID»
CENTRALILLA: 2-761019

"La parábola del naufrago" y la alienación de nuestro tiempo

Una nueva faceta de Miguel Delibes, el gran escritor español

En la colección Anfora y Delfín de la editorial "Destino", de Barcelona, acaba de publicar Miguel Delibes su última novela, "Parábola del naufrago", un relato entre onírico y kafkiano en el que el autor del "Diario de un cazador" y de "La ratas", emprende un camino muy diferente al de sus anteriores novelas y utiliza todo su talento y espíritu de observación de la Naturaleza y de los hombres —aparte las soterradas cimas del subconsciente y de la inquietud y la duda, que Delibes conoció al comienzo de su vida de escritor y dio origen a "La sombra del ciprés"— para crear, magistralmente cincelada en su verdadero virtuosismo del lenguaje —del idioma castellano— una de las tremendas y angustiosas pesadillas que los humanos hayan podido concebir.

Cierto que en el "Refugio de recuperación núm. 13", el protagonista, Jacinto San José, tan conocedor de plantas y de pájaros, nos permitirá recrearnos con su autor



en las justas pinceladas del sobrio paisaje castellano de la vida vegetal y, del inmenso concierto de los pequeños pájaros que tan a fondo conoce ese certero cazador y agudo periodista que es Miguel Delibes. Y también recordará el lector, más de una vez, al leer —con la avidez que reclaman las páginas de la "Parábola del naufrago"— la frase del pueblo, la descripción de la "broma" zafia en algún celtibérico lugar. Esto, unido al estilo sin par del gran escritor español, que le hacen, sin dejar de ser él mismo, seguir un diferente camino; una faceta de escritor por él no abordada antes. Es lo que sucede con los grandes genios de la literatura, como Cervantes que escribe el Quijote y también sus "Novelas ejemplares", como Allan Poe, poeta a la vez que escritor fantástico o Dostoievski, el del "Crimen y castigo", pero también de "Las noches blancas", "El idiota" y "Memorias del subsuelo", con un mundo tan distinto cada obra. Porque —sin temor a exagerar— a la altura de éstos, podemos situar hoy a Delibes.

Miguel Delibes, virtuoso espadachín del lenguaje, ofrece en trozos reiterados del único capítulo de su relato de 236 páginas el problema de la soledad y del aislamiento, el de la incomunicación en una palabra, a la vez que explica lo difícil que es entendernos a través de esas mismas palabras que constituyen su arte. Paradojas que nos recuerdan aquel terrible final de Ionesco en "Las sillas", y en el propio obsesivo nihilismo de Samuel Becker, tan consecuente con ciertas facetas oscuras —aunque presentes— de nuestra intimidad... Y, no obstante, lo difícil de la comunicación, cuando ésta existe y la vislumbramos un instante —y su paradójico ejemplo

son los grandes escritores, que remueven lo más íntimo y dormido de cada lector— mal podríamos negar que estamos todos unidos o, al menos, propensos a una comunicación casi eléctrica que nos galvanice y despierte, siquiera, en un fugaz instante. Y la buena literatura, como el arte auténtico y la naturaleza, ¿acaso no llegan más lejos que los más profundos tratados de filosofía, insinuando y despertando?...

Para que el lector pueda darse cuenta del valor literario psicológico, de mensaje y de crítica, de reflejo incluso del subsuelo del propio Delibes en "El naufrago" —naufrago auténtico de la vida— nuestro consejo es la lectura ávida —y crítica— de la obra; respecto a una imagen del propio concepto de Miguel Delibes como escritor universal, y con dominio absoluto de los medios de expresión literaria, más en forma tal que el escritor-artista dominará el erudito, tendríamos que recordar el sistema de enseñanza de los arqueros "Zen". Este sistema filosófico japonés, comienza con un rígido sistema de tiro al blanco, de años; al final, el arco y la flecha no tienen secreto para el arquero. Pero, la meta del Zen se encuentra en que es preciso, en un determinado momento, olvidarse de toda aquella técnica y, el tirador, hace blanco sin apuntar; incluso cuando le han puesto una venda en los ojos! Este es Delibes escribiendo, el que se muestra en toda su plenitud en "El naufrago", ha llegado en el dominio del lenguaje y en la propia elaboración de "La parábola" a una creación literaria de verdadera sinfonía donde esos pasajes de la pesadilla, manejados por la razón, tienen una trabazón tal que, hasta el final, no podrá comprender el lector, por ejemplo, lo de Genero y Gen —el perro— "que son una misma persona" y que, al igual que al propio protagonista, en aquella empresa o país imaginarios la osadía de pensar se castigaba por el sistema de D, Abdón, convirtiendo a sus empleados disidentes en perros o borregos.

"La parábola del naufrago" es kafkiana por lo angustiosa y nos recordará "El proceso" o a "La metamorfosis", más de una rica y diferente forma expresiva más angustiosa también, pues la riqueza imaginativa y el amor a la naturaleza y a la libertad de Miguel Delibes, nos lo presentan más incompatible que nadie con las redes de la sociedad de consumo y, nuevo Viriato, surgido de la raíz más profunda de la raza ibérica frente a cualquier posible dictadura tecnocrática. Terminamos transcribiendo la ficha —seguramente en hoja perforada— de Jacinto San José:

"Jacinto San José Niño, nacido el 17 de octubre de 1924. Ingresó el 23 de junio de 1942. Funcionario laborioso, sumiso y disciplinado. Premios del Sumador cuarto trimestre de 1949, primer trimestre de 1962 y segundo trimestre de 1967. Calígrafo de primera. Cristiano desconcertado. Aficiones: libros de mar, parchís, plantas y pájaros. Resistente al fútbol, la televisión y los festejos patronales. Sentimental y con prejuicios humanísticos. Intercedió por Genaro Martín en 1953. En mayo de 1966 fundó el movimiento "Por la Mudez a la Paz", de tibia acogida entre sus compañeros. Confía aún en el hombre y en la buena conciencia. En observación."

Claro es, "Parábola del naufrago" puede ser comentada desde otros muchos aspectos. Consejo: la lectura de un tirón; si bien, para esto, el hombre de hoy necesita o una gripe no grave o dedicar a ello un fin de semana. Delibes, el gran escritor español, ha escrito, sin pronunciar una sola vez esta palabra, la mayor crítica contra la alienación de nuestro tiempo. Enhorabuena, Miguel.

J. CORREAL MAURELL

Domingo, 16 de noviembre de 1969

MD

"Ideal" de Brauads

Ventana
del autor

El festigo Miguel Delibes

Cómo acompañar
a Martín Codax

SON siete de las cantigas de Martín Codax, cantigas de refrán en estrofas paralelisticas, por donde entra con su melodía el mar enamorado:

Quantas sabedes amar amigo,
treldes comigo a lo mar de Vigo:
e bañarnos hemos nas ondas!

A José María Álvarez Blázquez le debe nuestra ciudad, y Galicia a la par, un apurado esbozo biográfico-crítico del poeta, que incluye la transcripción popular de los textos (Publicaciones de la Asociación de la Prensa, Vigo, MCMLXII). Registremos hoy, con igual satisfacción, la aparición de un excelente trabajo que completa aquél: *Cómo cantar y tañer las cantigas de amigo de Martín Codax*, por Rodrigo A. de Santiago, en Revista (Instituto José Cornide de Estudios Coruñeses, año III, La Coruña, número 3). Únicamente "a solo de voz y acompañamiento de viola de arco" — escribe el autor — y algún instrumento rítmico, en este caso el adufe, es posible la interpretación de tan sentidas páginas musicales". He aquí, pues, su acompañamiento, aunque tampoco excluye que fuese la zanfona o viola de rueda el instrumento acompañante. Pero Rodrigo A. de Santiago también se pregunta: "¿Por qué la viola y no la gaita, ha de ser el instrumento acompañante de los trovadores gallegos, cuando la gaita es un instrumento más propio de las razas celtas que la viola?"—L.

"Ya ves para lo que sirven las palabras, genaro Martín, para embrollarte y hacerte decir lo que no has dicho, ¿puedes imaginar lo que sucederá el día que cada ciudadano pueda interpelar a tres mil millones de conciudadanos? Oye una cosa, genaro Martín, el día que los genaromartines dispongan de un idioma inteligible para interpelar a los darioestebanes, los genaromartines sucumbirán porque nada solivianta tanto a los darioestebanes como que los genaromartines les interpeleen".

(Parábola del naufrago, págs. 87-88.)

HE aquí el relato —parábola, le llama su autor (1), porque del enredo se desprende, por comparación o semejanza, una lección de moral—reducido a síntesis tipográfica: dos hombres, Genaro Martín y Jacinto San José, se dejan atrapar por la gran máquina de las servidumbres cotidianas que configuran la existencia. Sometidos al expediente ajeno de la degradación que manipula la paz y la bondad, Genaro acaba como un perro—muere de perro y con nombre de perro, Genaro y Jacinto subsiste en la vida tolerada porque adapta su régimen al "¡beeeeeeeeeé! ¡beeeeeeeeeé!" del consumismo parigual. Hay un monólogo de medrosa cortesía frente al espejo de los wáteres, un monólogo que, como en las novelas de Michel Butor, une al lector con el protagonista, que anticipa la clave de la fábula en sus primeras páginas: Y es que, ¿sabes tú cuál es lo malo de nuestra condición, Jacinto, eh? Pues eso, pararte y pensar...

Delibes da en esta novela el salto presentido en *Cinco horas con Mario*, esa posibilidad de una nueva temática para la mirada delibeana, a la que recientemente se refirió Rafael Conte (2), pero que entraña sus peligros: "vuelve la cara hacia una especie de vago primitivismo, en un retorno a la Naturaleza que provoca su rechazo del presente". Un poco más, un paso más, y Miguel Delibes, que ha logrado poner de acuerdo su honradez y exigencia profesional con la audiencia popular, con el interés del público, sería un elemento testatario. No lo es porque —ataja Francisco Umbral en el prólogo de la reedición masiva de *La hoja roja* (3)— "la ternura le une todavía a lo que critica. Está absolviendo con el sentimiento lo que condena con el pensamiento".

Estas puntualizaciones de agenda se hacen indispensables para asediar el contorno del novelista vallisoletano que hoy, a raíz de la aparición de *Parábola del naufrago*, es cuestión disputable y materia polémica. Ofrece Delibes a su fiel parroquia lectora una obra de imaginación vaciada en el molde desconcertante —en lo que a estilo y procedimiento creador atañe— de lo insólito. De lo insólito de puertas adentro, claro, pues los recursos de este chocante realismo en conflicto con la realidad misma entran en la preceptiva del llamado *nouveau roman* y de la nueva narrativa de allende fronteras. Vulnerada la sintaxis, obstruida, que no destruida, la vía del lenguaje oral habitual, queda confinado el campo circulatorio de los personajes reducidos al absurdo. Jacinto, formulador del recién nacido lenguaje, el contrato, quiere llegar por la mudez a la paz. Realiza "la primera demostración de su eslógano ya famoso: Ni retórica ni dialéctica: todo intento de comprensión por la palabra es una utopía, que, en contrato, quedaba reducido a esto: Ni retora ni diala; todo into de compra por la pala es una uta". Sus colegas oficinescos "dieron otra palmasda y César Fuentes dijo ¡formido! y Eutilio Crespo dijo ¡estupo!" (páginas 100-101). Se establece el nexo incongruente dentro de este circuito cerrado de seres humanos afiliados al movimiento por la mudez a la paz; extendida la primera acta en contrato, acuerdan designar un Preso, un Vicepreso, un Secro, un Vicesecro y un Teso para que rijan nuestra Asocia. Testigo, Miguel Delibes.

La aterradora máquina de las servidumbres ha sido puesta en marcha; cada palanca, cada apariencia de libertades toleradas por Don Abdón, S. L., es una mutilación, y entre trago y trago —ya sabemos a lo que Jorge Manrique llamaba trago...— se abre el espléndido escenario natural (aquel "retorno a la Naturaleza que

provoca su rechazo del presente", advertido por Rafael Conte mucho antes de la aparición de la novela) como una consolación del infrahombre: "El corazón bate el pecho de Jacinto, tac-tac-tac, al dirigirse a la oquedad abierta la vispera junto a la portilla y se acelera, hasta producirle dolor, al comprobar que la oquedad apenas existe. Las ramas altas del seto gotean, tip-top, sobre las inferiores y en la penumbra de los bajos apunta el sotobosque: los incipientes abanicos de los helechos, las espirales de los zarcillos, la aspereza de las ortigas... El lecho ofrece la porosidad hormigueante de lombrices y lumiacos característica de los bosques seculares. En los tallos del seto castigados por el hacha, brotan raíces adventicias que se desflecan en espera de un asidero, en tanto los tallos intactos alumbran raicillas caulógenas junto a los serpollos frondosos que ocultan totalmente la portilla de troncos. Jacinto está aturdido. Observa, atónito, la marcha apresurada de las ramas reptantes apuntaladas en los estolones, la expansión insólita de las rosetas foliares, la turgencia de los bulbos prestos a estallar (págs. 144-145). Pero la Naturaleza también es una ensoñación, una propiedad registrada y alquilada, beleño, en este caso, de simples hombres de a pie.

El ensayista irlandés Leo Hickey, autor de un abundoso libro sobre la teoría novelística de Miguel Delibes, hecho el recuento de las criaturas literarias de éste, concluye que en su obra no hay sitio para superhombres o héroes, sino para la humanidad en su más elemental nivel, para el infrahombre. A sus personajes no pide que se los admire o respete, "sólo podemos simpatizar con ellos, sentir con ellos, concederles nuestra piedad o nuestra amistad" (4). Esta preferencia de Delibes alcanza considerable y antes nunca vista dimensión en la escarmentadora *Parábola del naufrago*.

¿Es, como deja constancia la nota editorial para cómodos lectores de escaparate, una arremetida contra la autocracia, la sociedad de consumo, el culto a la personalidad, la crueldad gratuita, las actitudes de evasión y la crisis de los derechos humanos? Como reclamo consumístico no está mal el prospecto; pero su médula se nutre de sustancias comprometidas de antiguo con el albedrío, con el individuo. Resulta la espeluznante diatriba de la conformidad impuesta y soportada por no atreverse a "sacudir la mosca". Por poco avisado que el lector nos salga se habrá percatado éste, al igual que Jacinto, del día que Genaro vomitó aquel estofado porque vio una mosca en la salsa al acabar de comer, ¿qué te parece? Anda, mírale ahora. Y es que la mosca no es lo malo, Jacinto, convéncete, sino pensar la mosca, eso, que si no piensas la mosca es como si la mosca no existiera.

¡Lo de siempre! Pararse y pensar. —pararte y pensar—, es lo funesto de nuestra condición vigilada. Dentro o fuera de la sociedad de consumo, ¿qué más da?, el testigo Miguel Delibes aporta la prueba explícita.

JOSÉ LANDEIRA YRAGO.

- (1) Miguel Delibes, *Parábola del naufrago*, Ediciones Destino, Barcelona, 1969.
- (2) *Un testigo de Castilla. Miguel Delibes o la moral del escritor*. (Sup. lit. de Informaciones, Madrid, 8-5-1969.)
- (3) Biblioteca Básica Salvat / Libro RTV. Prólogo. (La primera edición (Destino, Barcelona) es de diez años atrás.)
- (4) *Cinco horas con Miguel Delibes. El hombre y el novelista* (prólogo de Manuel Cerezales), II, cap. XI. Editorial Prensa Española, Madrid, 1968.



el último Delibes

Una pesadilla patética

Había expectación ante la última novela de Delibes: la que puede esperarse de nuestro precario mundo literario. Los rumores que precedieron su aparición situaban al libro como «algo distinto» a lo que había venido haciendo el novelista español más importante de la posguerra. La reacción ha sido muy favorable entre los críticos jóvenes y de una cierta decepción entre los que siguen aferrados a fórmulas tradicionales. La encuesta de «Madrid» ha sido una muestra oportuna y reveladora. Ahora bien, se ha hablado del giro total que supone «Parábola del naufrago» en la obra delibeana. Conviene matizar este extremo.

Jacinto San José, el protagonista, pertenece a esa galería de hombres tímidos, sencillos, desplazados, con los que el escritor se siente más identificado. El precedente inmediato es el Mario de «Cinco horas...» asfixiado por una rociada ramplona y vocinglera (un personaje dice en la novela: «No es un muerto, es un ahogado»). La contraposición que se hacía entre Menchu y Mario era la imposible comunicación de dos Españas, al tiempo que se describía la situación concreta de la mujer ibérica. Jacinto San José es también una víctima, pero en esta ocasión de una comunidad ligeramente evolucionada que ha aprendido a utilizar un terrorismo más fino: el del televisor y la computadora. Al igual que Mario, Jacinto San José es contrapunto humilde, aunque ejemplar.

Hay un hecho importante en «Parábola del naufrago». Hasta ahora la obra de Delibes podía dividirse netamente en dos partes: la crónica provinciana y la rural. El Delibes cazador-escritor recurría a la naturaleza frente a una civilización mistificadora. En «Parábola del naufrago» desaparece el mito delibeano de la naturaleza. Ya no hay separación entre ciudad y campo. El proceso de urbanización —bien que irracionalmente— se ha cumplido. La ciudad prolonga sus resortes más allá de los improvisados barrios populosos. No hay escape posi-

ble. Jacinto San José se degradará al contacto de la naturaleza. El paisaje se vuelve contra el hombre. El seto que planta Jacinto San José termina por devorarlo. Irónicamente, el refugio de recuperación se convierte en reducto de degradación. Una pesadilla terrorífica. Un final patético.

El giro se da en lo formal. Un giro total si contraponemos esta última novela a las primeras. Relativo, si la comparamos a «Cinco horas con Mario». En todo caso, la técnica empleada por Delibes era la apropiada para contar una pesadilla y, sobre todo, para describir los intentos fallidos del personaje por comunicarse, la desaparición de la responsabilidad crítica de los ciudadanos robots ya al dictamen de las consignas y los modelos propagados por los medios de comunicación de masa. Si algo no es Delibes es «snob». Ha hecho vanguardismo porque le venía al pelo, porque se lo exigía la narración. Lo interesante es que este novelista que ha sido barojiano, galdosiano, naturalista y realista crítico (la evolución de su novela es la historia de la novela española de posguerra) nos da, en su plena madurez, un fruto «joven». Delibes escribió la novela que pudo en los años de autarquía cultural y política. La agudización de su conciencia crítica corre a la par de una puesta al día de las técnicas narrativas y todo ello paralelamente al proceso evolutivo del país. «Parábola del naufrago» coincide con la entrada en una fase tecnocrática y consumista, lo cual no parece satisfacer a este escritor en permanente vigilia.

El motivo de la novela es un profundo sentimiento del miedo. ¿A qué miedo se refiere el novelista? El monstruo que le atormenta tiene mil cabezas: la violencia, la autocracia, la tiranía del dinero, el poder de la organización, el dogmatismo, la crisis de los derechos humanos, la deificación de la técnica, el consumismo, el clasismo, las torturas... ■ C. ALONSO DE LOS RIOS.

MD

LAS LETRAS Y EL NEOESPERPENTO

QUIZA está volviendo el esperpento a nuestra literatura. Quizá se trata de un neoesperpento. La literatura social o de denuncia ha agotado sus fórmulas realistas; pero como los problemas siguen planteados, tiene que adoptar nuevas maneras de entrar en fuego. Así, la última novela de Miguel Delibes, "Parábola del naufrago", es un libro donde el autor se aparta de su crítica realista, inmediata, documental, para hacer verdadero neoesperpento de todo aquello que quiere reflejar y denunciar. Su realidad es una realidad deformada mediante la imaginación y la ironía.

La literatura española vuelve a mirarse en los espejos del callejón del Gato. Miguel Delibes, todo un clásico vivo, se pasa del realismo cerrado al esperpentismo político. Y un joven escritor catalán, singularmente dotado para diverso género, Manuel Vázquez Montalbán, acaba de publicar una novela corta (seguida de unos cuentos) que se titula "Esperando a Dardé", y que es un auténtico neoesperpento donde se caricaturiza la situación actual, social, cultural y política de un pueblo catalán mediante ingeniosa fábula.

Es curioso que dos escritores tan distantes, separados por varias generaciones, de pluma muy diversa y de formación también dispar, hayan coincidido en la fabulación esperpéntica para hacer crítica social. Esto viene a significar, posiblemente, que tras el parón de las fórmulas realistas y el naturalismo degenerado y superficial, la novela que más ampliamente podemos denominar social no muere, sino que se enriquece con los bienes de una literatura más rica y varia, dando lugar así a creación de más difícil código, de más apretada clave y, por supuesto, de mayor riqueza artística. El neoesperpento renace timidamente en la novela española no sólo por cautela natural frente al medio, sino también por fatiga de las formas directas y daguerrotípicas de la novela que se ha venido haciendo hasta ahora.

Miguel Delibes resulta un avanzado de esa nueva forma que puede adoptar la literatura social, y Vázquez Montalbán, por su juventud, un anticipado en todo, un precoz. La ciencia-ficción, la nueva fabulación hispanoamericana y alguna otra influencia se han cruzado en el camino del realismo ibérico para dar un producto nuevo e incipiente. Si Valle-Inclán, con su esperpento, se anticipó a todo el expresionismo europeo, puede que estos autores nuestros actuales se estén también anticipando a algo cuyo nombre todavía no conocemos.



NARRATIVA ESPAÑOLA

UNA PARABOLA DE MIGUEL DELIBES

por

JOSE DOMINGO

LSTE nuevo libro de Miguel Delibes, «Parábola del naufrago» (1), viene a coronar con la mayor dignidad un año literario cuyo balance deberá estimarse como particularmente fructífero para la novela española. A los

excelentes títulos de Ana María Matute, Torrente Ballester, Fernández Santos, Sueiro, etc., viene a agregarse, en esta sazón otoñal, la novela que comentamos hoy, punto decisivo en la obra creadora de uno de nuestros más importantes novelistas, segunda etapa de un proceso evolutivo que tuvo en «Cinco horas con Mario» una valiosa línea de arranque. Nuestro novelista parece despegarse al fin de ese realismo-poético con sus tradicionales ribetes de un naturalismo que podría emparentarse tal vez con el antecedente positivo de la obra de Leopoldo Alas—y al decir esto pensamos más bien en «Su único hijo» que en «La regenta», para ampliar notablemente sus objetivos y emplazar su diana en la crítica total de una sociedad, actitud a la que hasta ahora no había hecho sino apuntar con cierta timidez. Parece, por fin, que el contorno social del medio vallisoletano en que se desenvolvía, se quiebra ante el impulso de una potencia de medios que hasta ahora había permanecido como sofrenada. El ambiente estrecho, agobiante, de la provincia, sobrecargado de gazmoñería, de un lastre ideológico consuetudinario, se abre de pronto a un panorama más amplio, superador y trascendente. De la escala local se pasa al plano nacional, y de éste el sentido crítico apunta a un nivel de estructura que deviene esencialmente universal (si es que podemos seguir considerándonos como centro de un universo cuyo desarrollo de límites va haciéndonos comparativamente más pequeños en la medida en que nuestros avances técnicos nos engrandecen paradójicamente).

Y pese al margen de confianza ilimitada, absoluta, que cabe rendir al Delibes de su última obra, no podemos menos que formularle un reproche que sólo lo será en la medida que denota nuestra fluida esperanza en sus cualidades de novelista, tan sólidamente desarrolladas en el decurso de un proceso creador que nos ha ido permitiendo pedirle cada vez más, sin peligro de sentirnos defraudados. ¿Por qué en lugar de una «parábola», de narración de un suceso fingido, de que se deduce, por comparación o semejanza, una verdad importante o una enseñanza moral, no nos ha dado una «novela», una extensa novela, la novela del «naufrago» de nuestra realidad social, de ese que vive a nuestro lado, que acaso somos nosotros mismos, para no tener que buscar más lejos? De su talento innegable, de su sensibilidad, cada vez más aguzada y crítica, tenemos derecho a exigir esa gran novela que él está en mejor situación que la mayor parte de nuestros demás novelistas para darnos; esa novela de la que esta «Parábola del naufrago» debe ser considerada tan sólo como un feliz

(1) «Ancora y delfín», Ediciones Destino, Barcelona, 1969.

anticipo. Claro está que no son pocos los inconvenientes que un intento de tal índole presupone, y que es lógico que ante ellos el novelista opte por obrar a la manera con que un Voltaire, por ejemplo, realizaba la disección de la sociedad de su tiempo en aquellas ingeniosas parábolas que fueron sus novelas («Zadig», «Cándido», «La princesa de Babilonia»), pero también es cierto que Voltaire no fue un gran novelista—quizá por falta de madurez del género—de la sociedad en que vivió, como lo serían más tarde sus compatriotas Balzac, Stendhal y Flaubert, por no alargar la lista con los grandes novelistas nacionales de otros países.

que los asimilara e incorporara a su obra, infundiéndoles su personalidad. ¿Podía sorprender, repetimos, verlos incorporados en esta novela, de fondo eminentemente satírico y destructor, con todo lo que tienen de atomización—esto es, descomposición—del tradicional sistema de novelar? No cabe duda alguna, después de ver los resultados obtenidos por Delibes en esta obra, de que el empleo de tales procedimientos renovadores le ha permitido conseguir un efecto sumamente eficaz, y que la alternación de unos y otros, la yuxtaposición de tiempos, la reiteración de incisos, etc., han prestado al lenguaje un nerviosismo, una vivacidad, unos resultados ex-



MIGUEL DELIBES EN COMPAÑIA DEL FOTOGRAFO ORIOL MASPONTS

Después de las novedades expresivas a que apeló Delibes en «Cinco horas con Mario», no hubiera podido sorprendernos una gradual incorporación a su técnica de los más recientes procedimientos innovadores de la novelística de nuestros días. En efecto, no podía menos de suponerse que un novelista como él, en la plenitud de sus medios y dotado de un concienzudo sentido crítico, llegara a conocer y descubrir lo que había de positivo en tales procedimientos, e incluso

presivos que han redundado en beneficio del «tempo» de la narración. Ahora bien, es lógico que expongamos una duda: ¿ha empleado Delibes todos estos recursos seriamente o sólo como una broma o parodia de intentos semejantes? Algo de esto parece transparentar el contenido de la solapa de la sobrecubierta del volumen, aunque también diga al final que «contribuye a subrayar el clima delirante y onírico» en que la parábola se desenvuelve. Si así fuese, si sólo estuviéramos ante una

parodia, nos hallaríamos de nuevo ante el caso—tantas veces señalado—de nuestro admirable Miguel de Cervantes, que pretendiendo escribir una sátira de los libros de caballería nos legó la mejor novela del género. El empleo de convencionalismos diversos para cada uno de los pasajes de la obra—uso de los signos de puntuación en su forma fonética para los fragmentos en que se nos muestran las peripecias del subdegradado Gen; utilización de un sabroso estilo coloquial, igual al utilizado en «Cinco horas con Mario», en los soliloquios mentales del protagonista; frecuente empleo de sonidos onomatopéyicos para subrayar los ruidos de todo género; interpolación de incisos aclaratorios reiterados—sirve para destacar los diversos planos de una acción en que pasado y presente se sustituyen sin indicación alguna y sin precisión de las tradicionales aclaraciones. Todo contribuye a darnos la más elocuente sensación de este dramático naufragio del individuo en una sociedad implacablemente anuladora de todo lo que tienda a separarse de la masa.

La sociedad que nos describe esta parábola resiste ventajosamente el parangón con la descrita en las obras de un Orwell o un Huxley, pero no es una sociedad utópica, sino de evidente paralelismo con muchas de las que encuadran actualmente la vida de la humanidad. Sociedad que se basa—entre otros postulados—en el principio de que «el orden es libertad», de que «eludir la responsabilidad es el primer paso para ser felices», de que sólo en el gregarismo es delito el tratar de inquirir los fines de la actividad humana y en que el culto a la personalidad del «único» (un don Abdón grotesco ofrecido como modelo en todas las manifestaciones vitales, incluidas las deportivas) sustituye a cualquier otra, y en donde el desacato contra el orden establecido se condena con la pena de subdegradación. Naturalmente, se trata de una sociedad en que se invita por todos los medios a hablar del «cerrojo» o de la labor del centrocampista, en jerga deportiva, y en la que se cree que «hablar de deportes es aún más saludable que practicarlos».

En esta sociedad, Jacinto, ser «a más de probo, pacífico y bondadoso», que «prefiere pasar por no-violento antes que por cobarde», pero «que rehúye los enfrentamientos, aunque por otro lado... si una solicitud le parece justa no se retrae en enunciarla o en apoyarla», este Jacinto, que muestra una mal sana curiosidad por las razones últimas de su tarea, no podrá eludir el rigor de la ley conservadora del orden establecido. Antes que él, Genaro, que se había atrevido a preguntar ingenuamente «por qué en lugar de tantos hospitales y refugios de recuperación no nos suben el sueldo para que nos alimentemos mejor y de esta forma enfermemos menos», sufrió una condena no menos severa.

La parábola, que contiene algún admirable cuadro de costumbres, como el de la partida de parchís entre Jacinto y sus amistades femeninas, verdadero prodigio de observación y gracia, abunda en parodias de una comicidad grotesca, como la escena en que las «Hermanitas de don Abdón», ataviadas de negro y tocadas con pañolones también negros, con su jefa, la centenaria Susanita Rey Expósito a la cabeza, practican el juego de la sillita con don Abdón, lanzándolo al aire y recogiénolo una vez y otra, entre la expectación y el regocijo de la muchedumbre, página de humor negro de tan firmes trazos que llega a evocar algunos de los caprichos goyescos. Pero la intensidad sabiamente graduada, el clima de emoción captan por completo al lector en el momento en que Jacinto comprueba que es una víctima del seto que él incautamente sembrara en su aislamiento. Toda la decisión de un ser acorralado que no se resigna a su suerte, toda la fertilidad de recursos de una criatura acosada, toda la desolación y la esperanza que es posible sentir en momentos así, están admirablemente expresados en las páginas del final—menos de un centenar—, en las que el autor abandona paulatinamente la técnica de interpolación de escenas anteriores para ceñirse en un ritmo sostenido, directo, sin rodeos ni pausas, a la acción principal y a su dramático desenlace. Esas páginas, que por su belleza y fuerza expresiva son de antología en la obra total del autor, contienen algunos fragmentos realmente extraordinarios, como ese en que Jacinto adquiere verdadera conciencia de su situación desesperada, pero aún trata de atenuar su desgracia al compararla con la suerte de otros hombres en momentos equiparables; páginas como las que describen el hundimiento del crucero torpedeado o el del gaseamiento de los condenados a morir en las cámaras de gas o el del emparedamiento en vida, gradual sucesión de horrores con que el infeliz trata de paliar su situación. Y el pobre Jacinto acaba por preguntarse en su lúcida desesperación: «¿dónde están los pobres de espíritu, los mansos de corazón, los misericordiosos, los pacíficos, los que lloran, los que padecen hambre y sed de justicia, si es que queda alguno?» Páginas, para terminar, que bastarían a consagrar a cualquier prosista y que en el caso de Miguel Delibes lo confirman como maestro extraordinario de nuestras letras.

«Parábola del naufrago» es un libro, en fin, lleno de sugerencias, que da casi tanto como promete y que, como decíamos al principio de estas líneas, nos hace esperar ese nuevo paso de su autor hacia la obra definitiva que tenemos derecho a exigir de él. Con la salvedad de que nos hallamos ante una novela considerable, digna de uno de nuestros mejores novelistas.

ria, se presenta —o se sigue— la vida de una serie de personajes vibrantes de emoción, en los que anida un cálido sentido humano puesto al vivo en el desenvolvimiento de las pasiones conjuntas e individuales en lucha para encontrar la verdad en el alma de cada uno. Los entes se definen y se condensan a través del relato con desenfado y naturalidad, sin agotar el tema de su realidad síquica, que se palpa a través de conceptos y palabras. Soy lector apasionado de los libros de Ana María Matute, pese al poco apego que tengo a la literatura femenina. Tienen encanto ejemplar y fuerza de atracción suficiente para perdurar en el tiempo y aun para superarle. Novelas en el mejor sentido de la palabra buenas, de las que se leen, se releen y se dejan al alcance de la mano para seguir gozándolas de cuando en cuando.

PARABOLA DEL NAUFRAGO (138 páginas), del vallisoletano Miguel Delibes, buen narrador y novelista, dentro de la trayectoria de creador reiterativo. Martillea sobre el ánimo del lector con verbo agudo e incisivo hasta saturar los sentidos con obstinación obsesiva. No está fuera de tono y es oportuna cuando se intenta hacer entender razones que se escapan a la generalidad de las gentes y que el novelista vislumbra y define con claridad meridiana. Libro de nuestro tiempo, de nuestro ambiente y de crítica de una sociedad deformada y de un mundo carente de moderación: El que pueblan, como se dice en la presentación de los editores, la autocracia, la sociedad de consumo, el culto a la personalidad, la crueldad gratuita, las actitudes de evasión y la crisis de los derechos humanos. Una sátira incisiva contra las modernas teorías de la destrucción del lenguaje y de otras muchas cosas que conciernen a los hombres de hogaño, demasiado frívolos y demasiado entregados a escurrir el bulto por el cauce del mínimo esfuerzo. En más de una ocasión he ponderado las nobles cualidades de narrador y novelista que coinciden en Miguel Delibes, quedándome corto al exaltar valores, por entender que se ponderan por sí solos y no precisan de turiferarios. No obstante subrayo que, hoy por hoy, es el continuador más acusado de la buena escuela castellana de novelar. Su andadura, inmensa en corto plazo, le coloca a altura envidiable, sin fallos ni concesiones, dentro de una cepa original, propia y de raigambre férrea, como cumple a los pobladores de estas tierras, acostumbrados a llamar al pan pan y al vino vino, aunque se escandalicen los timoratos y los hipócritas y se rasquen los que sienten escozores producidos por la pluma del escritor...

BIBLIOTECA PAIDEA (SICOLOGIA INFANTIL)

En la estupenda colección Paidea (Biblioteca práctica de pedagogía, sicología y sicopatología infantil) que con tanto acierto y esmero edita Editorial Miracle, con sólidas encuadernaciones, en formato 17,5 × 11,5. La Biblioteca —dice su programa— está destinada a cumplir una misión necesaria: proporcionar un conocimiento profundo y detallado de cuantos problemas afectan al niño. Cuidan de ellos una serie de monogra-

fías publicadas bajo la dirección del doctor Georges Heuyer, de la Universidad de París, y Pierra Joulia, con la colaboración de destacados especialistas.

Cada tomo de la colección desarrolla un tema determinado, escogido por su interés general, y expuesto y discutido para médicos, siquiátras, pediatras y pedagogos a la luz de las más avanzadas teorías. Sus deducciones encierran indiscutible interés para padres y educadores, quienes deben saber interpretar con la máxima oportunidad los posibles trastornos de los hijos o los niños confiados a su custodia, para poder buscar su rápido remedio y eliminar sus causas. Cualquier anormalidad, por nimia que parezca, puede ser el síntoma de graves procesos mentales que impedirán al niño alcanzar su plena madurez.

En estos días han aparecido tres nuevos títulos de tan singular biblioteca, los números 38, 39 y 40, cuyos enunciados son como sigue:

EL SICODRAMA DEL NIÑO (176 páginas), del doctor Daniel Wildlöcher, en versión de Fabián Pérez Giménez.

EL SICOANALISIS DEL NIÑO (328 páginas), del doctor Víctor Smirnoff, en versión de Julio Moreno Bernardo.

LA INFANCIA INADAPTADA (198 páginas), de Jean Louis Lang, en versión de Andrés Vega.

Album de CERES

Tu nombre

*Y con tu nombre en los labios
apasionado de ayer,
Amor ha vuelto a pacer
mercedes y desagravios...*

*Nueva luz en la tensión
inmaculada de altura,
donde bebe y se depura
la carne de tentación.*

*Lirio abierto en el camino,
o herida densificada,
gravitando en el destino...*

*Y tú, como siempre, amada,
cálida rosa de espino,
en besos crucificada...*

N. SANZ Y RUIZ DE LA PEÑA

EL VERDADERO EXTERMINADOR DE RATAS,
RATONES Y TOPOS

RATIMOR

NO FALLA NUNCA
GARANTIA ABSOLUTA
NO produce malos olores
porque diseca sus víctimas



De venta
en
Farmacias
y
Droguerías

Laboratorio **CONDOM**
ROGENT, 58 BARCELONA (13)

SOLICITE MUESTRAS

GRANDES Y MODERNOS
TALLERES GRAFICOS

CERES

MUY AMPLIADOS

Perfección, rapidez y baratura
en los encargos

MAQUINARIA ULTRAMODERNA

San José, 9 - Teléfono 233045 - Apartado 270
(Arco de Ladrillo)

VALLADOLID

"Nuestra Ciudad"
León, Lebera, 1970

14

EL «NAUFRAGO» DE DELIBES

Se está hablando mucho de esta novela de Miguel Delibes. Siempre es noticia y expectación una nueva salida literaria del novelista vallisoletano. Esto es bueno. Esto quiere decir que Miguel Delibes es esperado, es considerado, es, también, admirado.

Su trayectoria como narrador es sobradamente conocida. «La sombra del ciprés es alargada» fue su primera novela. Libro bien escrito, sombrío, penetrante en almas oscuras. Libro que se ha quedado como solitario, como iniciando un camino que Delibes no continuó. La obra que sigue es distinta. Entre esta obra están sus mejores logros como narrador. Recordemos «Diario de un cazador», «El camino», «La hoja roja» (hermosa novela, de veras), «Las ratas», «Cinco horas con Mario», etc. A Miguel Delibes se le criticaba su «provincianismo», sus muletillas, se hablaba de su buen hacer, pero se le pedía fuera más allá de la parcela tan conocida por él y tan explotada. Y Miguel Delibes nos dio «Cinco horas con Mario», que es un relato muy bien escrito y con bastante pólvora dentro. Reflejó un mundo y unas gentes y unas situaciones sociales-culturales muy de nuestra sociedad actual. Y ahora, con «Parábola del naufrago», Miguel Delibes ha dado un paso más, aunque tal vez un paso demasiado largo. Muchos se alegran, y yo también. Pero a mí me alegra el que en este libro se encuentre todavía, entre su revolución temática y estilística, el Delibes de siempre. Quiero decir en-

tonces, con todo esto, que Miguel Delibes puede y debe avanzar, pero también ha de sujetarse, no perder de vista su mundo, aquel que le empujó a su hermosa narrativa. Los que piden y exigen, que tengan paciencia. «Parábola del naufrago» es una buena novela, pero quizá demasiado encorsetada en unas formas preconcebidas de antemano. El libro mordiente, libro con amplio retrato de nuestro mundo: el poder y el hombre-masa, el individuo-rebano dominado por ese poder. Tema que interesa, y que Delibes ha expuesto de forma inesperada. Una buena experiencia. R. R.

MD

León 2 de marzo de 1970
Rodrigo R.

El último gran escritor burgués

CARLOS PUJOL
ha leído

RELATO DE MI VIDA, de Thomas Mann
(Alianza Editorial)

THOMAS MANN, de Georg Lukács (Grijalbo)

Thomas Mann ha tenido siempre un cierto carácter de clásico nato, de Goethe redivivo, que le ha privado de los alicientes de la novedad vistosa y de la polémica. Desde el primer momento todo el mundo estuvo de acuerdo en que era un escritor importantísimo y sólido, se le catalogó como apéndice de la tradición realista del siglo XIX y, con la etiqueta adicional de «novelista de la burguesía», pasó a venerarse como a una de las reminiscencias más prestigiosas de un pasado que no se resignaba a morir.

El propio Mann, con esa propensión, tan estrictamente clásica, a ocultarse en su obra, no facilita un acceso directo a su personalidad, tal vez para evitar que se individualicen unos problemas que en sus libros tienen una perspectiva muy amplia. Y cuando escribió el *Relato de mi vida* no quiso ir más allá de una autobiografía de circunstancias que se arroja a la curiosidad del gran público, despertada en este caso por la concesión del Premio Nobel de 1929. Sólo contrastando el *Relato* con los demás textos que forman el volumen de Alianza Editorial (sobre todo, la detallada cronología de Andrés-Pedro Sánchez Pascual) comprendemos hasta qué punto hay que leer estas páginas entre líneas y qué riquezas de sugerencias contienen en su discreción.

Más útiles para entender a Mann son las claves de su literatura que proporcionan los tres ensayos de Lukács, fechados entre 1945 y 1955. En el primero de ellos, el titulado *A la búsqueda del burgués*, se analiza la primera época de su producción, centrada en la pregunta: ¿qué es ser burgués hoy? El escritor va tanteando respuestas provisionales y descubriendo a través de ellas los elementos que, en diversas combinaciones, van a configurar toda su obra: la crónica como descripción objetiva de unas situaciones sujetas al desgaste del tiempo; la ironía que permite relativizar la problemática en la que se está inmerso y distanciarse críticamente de ella; la tentación morbosa del vacío, de la muerte.

Todos estos elementos, que giran en torno a la interrelación subjetividad-mundo objetivo, en el período que va desde *Los Buddenbrook* (1901) a *La montaña mágica* (1924), sitúan al escritor ante la sociedad de la que forman parte; y al propio tiempo le hacen superarla, si no se equivocaba al pensar que «quien llega a reconocerse no sigue siendo enteramente el mismo», es decir, que

todo proceso de superación ha de iniciarse desde dentro y requiere una asimilación previa, y en este caso concreto, que solamente llegando hasta el fondo de la burguesía, puede un burgués ir más allá, dejarla atrás sin renunciar a su modo de ser.

Lukács subraya lo fecundo de esta actitud de fidelidad a sus raíces y a su medio que postula un autoconocimiento que a su vez implica una proyección hacia adelante. Lo que en apariencia es un conformismo social y literario (apego a las formas de vida de su clase y aceptación de todo el instrumental narrativo que le lega la tradición burguesa del siglo XIX), en realidad no es más que un consolidar la plataforma de lo que se reconoce como propio para lanzarse a partir de ella a las más arriesgadas aventuras: en el aspecto ideológico, ruptura hacia 1921 con sus posturas juveniles reaccionarias, decidida oposición al nazismo —con el consiguiente exilio— y acercamiento a las tesis socialistas; y en



Thomas
Mann

el novelístico, las obras de vejez, entre las que Lukács elige el *doctor Fausto* y el *Félix Krull*.

El *doctor Fausto* o «la tragedia del arte moderno» nos muestra cómo el exclusivismo de la subjetividad conduce al desastre, cómo el hombre encerrado en sí mismo se aniquila; otra versión, pues, de un tema que siempre ha obsesionado a Mann, y que aquí engloba el destino colectivo de la Alemania entregada al nazismo, los condicionamientos de la sociedad actual y el drama del artista que busca angustiadamente su medio de expresión. Para Lukács, «de lo puramente subjetivo, que se nutre del moderno individualismo burgués de la era imperialista (...) surge un incesante apetito de síntesis, de autodomínio, de orden y de organización, sin el menor fundamento real, por otra parte, en la vida del pueblo, en el mundo social, es decir, a partir de la propia subjetividad que engendra la descomposición y por eso mismo actúa como tendencia indirectamente disolutoria y autodisolvente».

Y antes de morir, todavía Mann remata esta evolución con un epílogo que Lukács califica de «lúdico»: la novela paródica *Félix Krull*, la historia en broma de un estafador, «único ser capacitado para conseguir gozar de su propia personalidad en la sociedad burguesa». Así pues, lo que se empezó como crónica más o menos teñida de decadentismo y continuó como debate, culmina en una tragedia tras de la cual sólo tendrá sentido la caricatura.

Delibes y la arquitectura social

CARLOS CAMPOY
ha leído

PARÁBOLA DEL NAUFRAGO, de Miguel Delibes
(Destino)

Miguel Delibes ha entrado en la narrativa del conflicto. Toda su obra, hasta aquí, rondaba el problema, ahondando la peripeia

humana, pero, en su último libro, *Parábola del naufrago*, afronta la responsabilidad directa de una clara denuncia social. Ello presupone una salida de ese realismo poético, transido de ternura, sensible al microcosmo de lo circunstancial, que ha caracterizado su obra más importante. Una salida hacia ese tipo de novela que se instala hoy, con mayor o menor fortuna, en las áreas psicológicas de las percepciones colectivas del mundo real.

Situar su novela en este plano, representa un intento ejemplar de llegar hasta la verdad final del hombre y su futuro. Al fin y al cabo, esta es la misión que se propone hoy cualquier novelista sincero. Llegar a deslindar lo válido de lo inservible, en una óptica general de la existencia y advertirlo, es en definitiva, la mejor misión encomendada a lo que estamos ya llamando una pedagogía literaria. Miguel Delibes ha entrado, al fin, y lo ha hecho con gran profundidad y, lo que es mejor, ejemplarmente.

Parábola del naufrago tiene un claro sentido social. No se trata ahora de resolver, aisladamente, un aspecto más del acoso al fenómeno individual. Esto está resuelto ya, en la novela, desde *Contrapunto*, de Aldous Huxley y otros más. Miguel Delibes sitúa su ideología en algo que, desde sus primeras obras, le ha inquietado con intensidad. El desajuste social, el caos institucional, la máquina fría y burocrática de todo resorte de poder, el imperio de lo colectivo sin más..., todo esto ha estado presente en la obra de Miguel Delibes, pero ha girado sobre otras formas, como se expresara en el fatalismo de *La sombra del ciprés...*; el determinismo natural de *El Camino*; la guerra civil, como telón de fondo de *Mi idolatrado...*; el relativo nihilismo de *La hoja roja*; la tensión telúrica de *Los diarios...*, etc., siempre una fuerza poderosa impuesta al hombre, en su dialéctica con la realidad, aunque siempre abierta, al fin, algún resorte a la esperanza.

La neurosis moderna, sin embargo, tiene otros ingredientes. Han sido unos profesores de la Universidad de Harvard, los que han apuntado una hipótesis, no exenta de certeza, que coincide con la intuición de Miguel Delibes en su obra. Los profesores americanos aseguran que gran parte del desequilibrio interior del hombre, su inseguridad y, como efecto inmediato e insoslayable, su neurosis y su miedo, viene derivada de un desajuste de las instituciones sociales. La disfuncionalidad de un elemento, sea el que fuere, produce una ruptura en cualquier estructura. Por esa vía, se abre un escape hacia un desajuste. Toda la teoría de la arquitectura social se apoya en este análisis, que aquí solamente apuntamos ligeramente.

La búsqueda del bienestar social, no se apoya simplemente en un simple enriquecimiento, aunque éste fuera justo, sino en un sistema estable, que resuelvan todos los puntos de insatisfacción que el hombre, en su complicadísima composición anímica y espiritual, tiene pendientes en esta época. A ello alude Miguel Delibes, desde su perspectiva de observador de la realidad humana.

En la novela se plantea, formalmente, un problema de expresión, que no todos han acertado a comprender, si han leído este libro como se acostumbra. Voy a leer la novela. El relato está concebido desde esa frontera imprecisa y equívoca de la subcepción, en donde la realidad, el ensueño y la pesadilla se funden, adaptándose a un tiempo extraño que acompaña el relato de *Parábola del naufrago* con una ajustada fidelidad.

Ese personaje es una hipótesis de objetivar la realidad humana frente a un cuadro social opresivo. La condición humana —esto es eterno— es la alternativa de toda previsión organizatoria. El hombre y su libertad no pueden programarse integralmente. Ni cabe un providencialismo absoluto, impuesto a la propia naturaleza humana. Siempre quedarán resquicios en un último hombre, capaces de mover un universo de valores. Intentar cegar las fuentes que inspiran la conducta del hombre, es lo que ha creado el absurdo.

Y en el absurdo, como fórmula literaria existencialista, se oculta la clave de este libro, que nos transporta a los umbrales de «una hora final» estremecedora e inquietante.

grijalbo

novedad

PREMIOS PULITZER
Y NATIONAL BOOK 1969
NORMAN MAILER
LOS EJECUTIVOS
DE LA NOCHE

La más reciente
y provocadora
obra de
Norman Mailer
Premios Pulitzer
y National Book
1969

340 págs.
225 ptas

DE LA VIDA LITERARIA

EL ÚLTIMO LIBRO DE MIGUEL DELIBES

LA EJEMPLAR HISTORIA DE JACINTO SAN JOSE

Cuando el lector abre el último libro de Miguel Delibes, «Parábola del naufrago», en seguida se da cuenta de que se halla enredado dentro de un sueño, con una pesadilla sobre su pecho. Pero creo que esto no lo extraña. Si, ahora, hablamos tanto de dignidad humana, es quizá porque sabemos cuán escaso es el respeto que nos produce y con cuánta facilidad es burlada o pisoteada. De manera que el que desde las primeras páginas de este libro contemplemos a un hombre convertido en perro y contento de su suerte no lo encontramos ni caricaturesco, ni irónico, ni casi parabólico. ¡Conocemos tantas historias reales de una transformación como esta y sabemos tan bien hasta los tentadores y escasos escalones que hay que bajar para lograrla para nosotros mismos o lo difícil que es resistir a este descenso!

Genaro era un hombre que se ha convertido en perro por alguna tremenda culpa cometida contra el orden en que se desenvolvía su vida: el universo cerrado y protegido que ha conseguido crear Don Abdón, S. L., una especie de dios brahmánico, sátrapa omnipotente, pero a la vez paternalista y maternal como una diosa nutricia. El castigo mismo infligido a Genaro es equívoco y más parece, a sus ojos, una metamorfosis gloriosa, que procura toda la felicidad de la inconsciencia animal, sin los inconvenientes de la condición humana que quiere comprender y a la que Don Abdón, S. L. trata de apartar de esa fútil locura.

La novela es, luego, la historia de otro hombre, compañero de Genaro, Jacinto, y de su propia transformación en oveja como consecuencia de esa misma pretensión de ser hombre racionante en un mundo, como el de Don Abdón, en el que no hay nada que raciocinar porque todo está previsto y el hombre sólo tiene que funcionar como un resorte. Mejor por las buenas, maternalmente, porque «don Abdón es el padre más madre de todos los padres», pero, en todo caso, obligándole a esas metamorfosis.

Al cerrar el libro, muchos lectores pensarán en una sátira política contra las dictaduras, y otros en una protesta contra el montaje socio-político de la sociedad industrial, neocapitalista y reventadora de cerebros, a través de los eslóganes de la propaganda. Otros, en fin —y ésta ha sido la tentación de los más intelectualmente ambiciosos— hablarán de una parábola pura y simple, amarga y desoladora sobre la condición humana: condición de angustia y de naufragio, de imposibilidad de comunicación entre los hombres y aun de silencio de Dios, que debe de hallarse muerto para permitir que nos convirtamos en perros o en ovejas y que nos ahoguen todos los interrogantes misteriosos sin enviarnos ayuda ni respuesta.

Y es cierto que en la «Parábola del naufrago» se da pie a esta interpretación más trascendente en algunas de las desesperadas quejas de Jacinto: «Si se habla, se discute, si se discute se odia, y si se odia, se mata», o «si el mundo

está sordo, de nada sirve dar voces». Sí, pero, ¡atención!, porque, como decía, el lector nota en seguida que este es un libro de historia, una crónica de Don Abdón, S. L. y este es el mundo en el que hablar es discusión y la discusión odio y el odio se encadena a la muerte. Este es el mundo ante el que no sirve de nada dar voces. No hay que olvidarlo. Creo que el novelista no quiere decir que no es posible el diálogo para el hombre, para los hombres que no vivan en el universo de Don Abdón; sólo dice que, en este universo, no es posible o tan perjudicial como el pensamiento y las preguntas: un verdadero pecado que se castiga con la metamorfosis en perro o en oveja, que demuestren cuán superior es este estado de «beatitud» al de los pobres hombres como Jacinto, que no han comprendido el maternal amor del buda Don Abdón.

Por esto creo que «Parábola del naufrago» no es un libro ni pesimista ni optimista y que no viene a ensombrecer ni el panorama de la novelística española, ni la propia obra del autor con filosofías de la angustia. Creo que se trata simplemente de un libro objetivo y clínico. El novelista describe la situación del «hombre nuevo» logrado por Don Abdón con la misma atención con que descubrió la pequeña historia de Daniel, el quesero, en «El Camino». Sólo ocurre que, si esa situación de Jacinto es terrible, tiene que narrarla con fidelidad; pero en parte alguna nos insinúa que Jacinto sea el paradigma de la humanidad y que ésa sea la condición humana. Nada tiene que ver este libro con Kafka o con Beckett y el resto de la literatura existencial de la angustia y el sentido. Por el contrario es un libro-documento o libro-testimonio, aunque poético y fantástico, introspectivo y creador, de la literatura de «ghetto» y universo concentracionario.

Es, efectivamente, en estos mundos donde «o devoras o eres devorado» y donde los hombres, como Jacinto, renquean un poco de tiempo, tratando de defender su condición humana, pero donde, al fin, son vencidos y convertidos en ovejas. Lo que hace el novelista es advertirnos de que esos universos degradantes de la condición humana no precisan alambradas y ni siquiera terror, florecen igualmente bajo los patrocinios nutricios. La naturaleza misma se convierte entonces en instrumento y monstruo que devora al hombre. Me parece importante lo que un autor como Delibes, que ama tanto la naturaleza, nos dice cuando nos la muestra, en la «Parábola del naufrago», como mineralizada y convertida en máquina, como creciendo por yuxtaposición de piezas. Nos dice: el mundo entero, la naturaleza misma toma todo su sentido del hombre. No tiene otro. Y el seto, que acogía a los amantes o al cazador cansado, se convierte en asfixiante muro. El átomo que puede salvarnos la vida, en ciertas terapéuticas, nos da la muerte en la bomba. En el orden de Don Abdón, la naturaleza sólo puede ofrecernos la muerte. Cultivar el seto, que en un mundo libre es un ejercicio de vida y de alegría, en el mundo de Don Abdón significa cultivar la muerte como hombre.

¿Y lo religioso? No sé bien por qué algunos se han preguntado, en fin, ante este libro: ¿y lo religioso? Ahí está, es suficiente abrir los ojos para verlo. Don Abdón es un dios en toda regla. Genaro y Jacinto cometieron un terrible pecado original contra su orden. Pero otros viven en su «beatitud»: con tal de que no piensen ni pregunten, vivirán en el paraíso, tendrán pagados hasta los plazos de televisión, gozarán cantando los loores del buda Don Abdón con la Susanita, sacerdotisa de su orden celeste o leerán las sagradas escrituras del balompié, comentándolas glosa a glosa. Y esto es lo que denuncia, en último término, el novelista: estas religiones inmanentes, la absolutización de los poderes sociales, políticos, económicos o intelectuales.

De vez en cuando, una ráfaga de ternura, de cólera o de ironía cruza por el libro y esto es lo que nos hace pensar que, a pesar de todo, quizá sea difícil destruir al hombre. Quizás el autor supiera que Jacinto, ya que no Genaro pudo salvarse, aun a costa de la vida, de su metamorfosis de oveja y este final sólo se nos haya narrado como una advertencia apocalíptica. Pero abrir los ojos, como lo hace esta novela, sobre las técnicas y las condiciones que preparan a los hombres al seto y al redil, si no resisten a los Don Abdón, creo que es confesar muy palmariamente que, contra ese destino histórico, podemos subvertarnos, que la condición humana puede y debe resistir a todo eso: pensando, preguntando, no arrodillándose ante los tiránicos dioses de este mundo.



NI UN DIA SIN LINEA

por Antonio Tovar
(De la Real Academia Española)



LOS PARAMOS DE LA ALEGORIA

EL novelista Miguel Delibes, que ha recorrido en su brillante carrera diversos caminos, sin quedar prisionero de sus éxitos y aciertos, intenta en su última novela una alegoría de crítica social.

No sabemos si sus numerosos admiradores le seguirán con la misma devoción en esta *Parábola del naufrago* (Ediciones Destino, Barcelona, 1969). Quienes en ella hallamos, junto a las calidades del oficio de Delibes, el intento de buscar nuevos derroteros a nuestra novela, orientándola hacia una crítica social, creemos deber llamar la atención del lector hacia ella.

El tema de Delibes es mostrar el grado de despersonalización del servidor de una gran empresa económica, eso que ya es tópico tratar bajo el epígrafe de alienación. De modo simbólico, la crisis que hunde y destruye al protagonista y lo convierte en carnero no ocurre en el trabajo a beneficio de la empresa, sino en el descanso. La providente casita de vacaciones, el refugio número 13, que don Abdón S. L. ha creado para que sus empleados se recuperen, se convierte en prisión viviente y sofocante, de la que no saldrá sino balando.

En dos personajes principalmente se muestra el proceso de absorción y destrucción del individuo por la empresa (y la doble dedicatoria del novelista a su protagonista, con la traducción al ruso del humilde nombre Jacinto San José, nos indica que el proceso económico puede darse en todo tipo de organización industrial avanzada). En pequeño, como en un cuento, tenemos la conversión de Gen, antes Genaro Martín, en perro. Ha sido degradado, no sabemos bien por qué, ni se nos dice claro cómo ocurre, pero ahí está el ser a quien el vello le crece, y se le inicia un rabo, y sus hijos le llevan a pasear, y por fin muere de un tiro que le da el hortelano, y la Casa paga a la viuda su viudedad como si no lo hubiera degradado... La alegoría nos hace ver cómo la empresa se defiende de las críticas, vigilada en cada uno de sus miembros por el inspector en lo alto de su pupitre, que por el micrófono reparte órdenes y castigos.

El protagonista, hombre asustado de la vida, que se le ha reducido a casi nada, y que funda una sociedad que en su lema «Por la mudez a la paz», busca reducir las palabras al mínimo, pues en ellas reside «la agresividad y la estupidez flotante en el mundo», aún resulta en su actitud crítica amenazador para el orden en que domina don Abdón. «¿Qué es lo justo?, ¿qué es lo razonable? —se plantea—: anda, sólo por curiosidad, pregunta, Jacinto, una encuesta o eso, hazlo sólo por el gusto de ver si coinciden dos, sólo dos, que ya te aseguro desde aquí que no, porque lo justo

y lo razonable ha de acomodarse a lo mío, y si no se acomoda a lo mío, ni es justo ni es razonable, que eso es como la historia y como las palabras, Jacinto, que cada cual maneja su historia y sus palabras, y, como son suyas, puede hacer filigranas con ellas...» Entre esta crítica y la de ver favorecida como tema de conversación la polémica sobre el cerrojo en el fútbol (porque «hablar de deportes es aún más saludable que practicarlos»), Jacinto pierde el equilibrio y se encuentra con que en su oficio de calígrafo no sabe ya si hace ceros u oes, ni en qué se diferencian.

Así queda el protagonista definitivamente prisionero del sistema que incorpora don Abdón, alegoría del que llaman paternalismo, siendo «el padre más madre de todos los padres», providente y cuidadoso de sus pobres empleados, a los que protege y destruye, como si los abrazara contra sus alegóricos y repugnantes pechos.

Delibes ha desarrollado su ingrato cuento con el lenguaje en que es maestro. Las repeticiones, la puntuación indicada con todas las letras: coma y punto y aparte y abrir paréntesis, deshumanizan aún más a las figuras de su alegoría. Pero recuerdos de juegos infantiles, utilizados en las partidas de Jacinto con su patrona y la señorita Josefita, y las descripciones de la naturaleza del país de Delibes, el Valladolid rústico que por él ha entrado en la literatura, refrescan el agobiador cuadro. Jacinto «entre sueño y sueño, oye el zureo de una tórtola, zurrur, o el graznido de una grajeta, quiá, o el silbido de un mirlo tsii, o el galleo de una pega, chac-chac, o (una vez que las rayas luminosas de la persiana se oscurecen) el concierto iterativo del ruiseñor, choqui-piu-piu-piú, o la llamada un poco lúgubre del mochuelo desde la copa del olmo, quiú, o el cloqueo del papavientos, guu-ec, que, como de costumbre, caza mosquitos en el camino». Y lo mismo vemos la invasión de la vegetación con sus nombres precisos de propágulos, estolones, yemas y rosetas foliares, u olemos el «aroma dulzón, concentrado y mareante, en el que se entremezclan matices del de la madreSelva y del de la rosa, pero más acentuado, tanto que eclipsan el olor a tomillo y espliego dominante en la vaguada».

En ese mundo suyo ha situado Delibes su alegoría. El crítico imagina que cuando en el futuro se haga la historia de nuestra literatura actual, una historia que será, claro es, social, los profesores especializados se preguntarán si hubo alguien que analizara ciertas tendencias de la economía y la sociedad contemporánea, y entonces dirán que con ingenio y con habilidad literaria Miguel Delibes trabajó un tema en sí seguramente poco literario ya. ■

NO he tenido prisa por ir a Valladolid; he querido esperar a los últimos coletazos de "Parábola del naufrago" antes de volver nuevamente a Delibes. El libro tiene algo de pez en tierra; coletea en los escaparates, en los diarios y en las conversaciones durante un tiempo, después se sala y pasa a ocupar un lugar —siempre apretado— en los estantes de las librerías.

—Lo que he tratado de hacer en este libro es sintetizar mis propias pesadillas, pesadillas que me asaltan no sólo en estado de reposo. Hoy día advierto en la sociedad una gran confusión provocada por circunstancias políticas, religiosas, económicas y sociales; y como en todas las pesadillas, esta mía es un monstruo de mil cabezas que trata de aniquilar al hombre, hurtándole incluso su libre albedrío. La naturaleza del tema y mi propósito de síntesis me obligaron a adoptar en "Parábola del naufrago" una técnica de pesadilla.

Los sueños, rompiendo la barrera espacio-temporal, pueden hacernos recorrer con todo detalle los sucesos de un día o de una vida. Esto es lo que ha hecho Miguel Delibes: ensoñar todas sus preocupaciones, pensamientos y angustias, y a un ritmo vertiginoso exponer las constantes religiosas, filosóficas, sociales, morales... que encontramos repartidas en sus anteriores obras. Se dice: el Delibes de "Parábola del naufrago" es otro Delibes; yo, sin embargo, veo al Delibes de siempre.

—La acumulación de una serie de elementos formales extraños ha llevado a algunos a decir que es otro Delibes. Yo creo que soy el de siempre con los ingredientes de siempre: muerte. Naturaleza y sentimiento del prójimo.

En esta pequeña obra—en volumen— sueña el autor sus preocupaciones y se las hace soñar al lector. Ya no podremos despertarnos hasta el final, no hay un momento de respiro. El humor nos arranca una risa que tiene el eco de lo vacío y hueco, y nos desagrada. Nos obsesionan los ruidos constantes que a través de las onomatopeyas nos entran por los ojos. Nos asfixia el seto. Nos repugna don Abdón. Llegamos a sentir frío cuando soñamos las bromas crueles de los compañeros de Jacinto. Se observa una propensión de los comentarios y de la crítica a ver una intención política en el sueño de Delibes. Nunca más lejos de la realidad del sueño. Delibes, el de siempre, "no es —traigo palabras de Leo Hickey— un escritor político. No está comprometido en este sentido, y opina que un escritor no debe permitirse estar comprometido con ningún partido político o movimiento político porque el compromiso "l'engagement", siempre limita la libertad del creador". No hay que entender por intención política lo que es, en Delibes, preocupación social, moral y humana.

—Mi norte, al escribir, es ético, no político. (Aunque la política se inserte en la ética con frecuencia.) En este caso he procurado una lección de rechazo. El libro termina mal para tratar de evitar que la Humanidad termine mal. Lo que persigo, pues, es ayudar al hombre a eludir la trampa en que cayó Jacinto. Y precisamente porque tengo piedad de las gentes auténticas no he tenido ninguna con el protagonista, que es una criatura de ficción.

Esta situación límite—mejor: situación más allá del límite—, plantea el tema interesante como utópico de la felicidad paradisiaca. Dejamos un día el Paraíso, la felicidad, por el pecado o la hominización, y nos alejamos como flecha de su arco sin posibilidad de retorno. Sólo queda la añoranza de una vuelta al Paraíso, preten-

rábola del naufrago" hasta la Naturaleza es hostil. Esta es otra de las cabezas del monstruo de que antes te hablaba: la Naturaleza es cada vez menos natural. Algo amenaza con aplastarnos a todos. Quizá las propias fuerzas técnicas que hemos desatado demasiado de prisa. El respeto a la vida y a la dignidad humana es menor cada día. Claro que yo no propugno —como algún crítico ha insinuado— la anarquía como posible paraíso. La autoridad es necesaria, pero no el abuso de autoridad. Tampoco puedo admitir el retorno a la elementalidad más primaria (la degradación humana) como fórmula de felicidad. Quizá en el fondo de todo esto lata un sentimiento de envidia hacia esos hombres integrados en el rebaño a quienes bastan sus propios balidos y el repiqueteo de una esquirla para ser dichosos. Pero yo entiendo que el hombre ha sido creado para fines más nobles y trascendentes, y en este sentido me siento obligado a buscar—para mí y para los demás—otro tipo de paraísos terrenales. Supongo que me comprendes.

Delibes, en su disección crítica, no olvida a aquellos que crean la confusión para provecho. Descubre la fórmula ideal para el engaño y la confusión: la palabra. "Las palabras, ya ves, ¿quieres mayor motivo de confusión"?... Libro para releerlo. Libro para meditar. Libro pletórico de contenido intelectual, con una técnica sometida y sumisa al tema. Libro que no se podrá olvidar cuando se quiere estudiar el pensamiento de Miguel Delibes.

—Jamás me planteo técnicamente un libro antes de tener un tema. Creo que debe ser el tema quien imponga las condiciones. Te diré más: si a mí no me convocara mañana un tema, yo no volvería a escribir. No puedo trabajar por encargo. Ahora bien, en el caso de la "Parábola", al tratar de reconstruir una pesadilla he tenido que apelar, como antes te decía, a la técnica de la pesadilla. La quiebra de la lógica y de la coherencia constituye la esencia de aquéllas. La gramática puede ser en la novela la correspondencia de la lógica en el sueño: por eso la he roto; por eso he roto el tiempo también. En "Cinco horas con Mario" me ocurrió una cosa curiosa: empecé el libro con Mario vivo, hasta que un día advertí que Mario "tenía" que estar muerto desde el comienzo. Mario hablando, actuando, se definía peor, aunque pareciera paradójico, que permaneciendo mudo ante las acusaciones de su mujer. Entonces rompí las cien cuartillas que llevaba escritas y empecé de nuevo: mi intención, en cualquier caso, está alejada de todo esnobismo.

A esta hora de la tarde, los colores, que han entrado confundidos en un día luminoso, comienzan a sedimentarse en el horizonte.

Antonio R. DE LAS HERAS

ESCRITORES AL HABLA



MIGUEL DELIBES

dida por pensadores que buscan radios con que doblar esta recta. Delibes, más humilde y más sincero, ha soñado esta vuelta: "Al degradar a Genaro Martín no hacía sino facilitarle el retorno a formas humanas más elementales, o sea, al origen; o sea, a la obviedad instintiva; o sea, por decirlo en una palabra, al estado de felicidad." Esta vez ya no confía Delibes encontrar la felicidad en el campo, sino en la aniquilación de la conciencia: "... pensar en lo que nos hace padecer" (¿no tiene ecos unamunianos?: "Es una cosa terrible la inteligencia. Tiende a la muerte..."). Pide mucho, una especie de suicidio. (Godard propone la locura.)

—En mi novela encontrarás una idea pesimista de la vida porque no la tengo optimista. En la "Parábola" ni la Naturaleza es ya un lenitivo, un refugio. Torrente Ballester llegó a decir que, para mí, el pecado estaba en la ciudad y la gracia en el campo. Esta es una manera de simplificar las cosas. Desgraciadamente, el pecado está en todas partes, lo que sucede es que el pecado del campo, movido de ordinario por la necesidad, es infinitamente más disculpable que el pecado urbano, movido de ordinario por el refinamiento. Pero, como te digo, en la "Pa-

"Juafeen"
Caracas 15-30 abril 76

LAS FORMAS DE CACERIA

MD

Si cualquier curioso se acercase a la literatura española actual, pocos, muy pocos nombres tendría que anotar en la libreta que llevase para registrar los autores que le recomendasen. Seguramente escribiría el nombre de Camilo José Cela con la observación de "comercializado"; también el de Rafael Sánchez Ferlosio con la de "desertor" (luego de su espléndido *El Jarama*, que marca todo un hito en la novelística española, ha dejado la literatura por considerarla una pérdida de tiempo, y se ha entregado a investigaciones lingüísticas); muy posiblemente los nombres de Ignacio Aldecoa (sobre todo como cuentista) y Luis Martín Santos con el apunte de "tempranamente fallecidos", y el de Juan Benet con la consabida interrogación: ¿promesa o realidad? Pero, indiscutiblemente, anotará el de Miguel Delibes. La palabrita que deberá colocar al lado del nombre del escritor español, será la de "honesto".

A primera vista, esta calificación de honesto para referirse a un novelista, se presenta como traída de los pelos. Más parece un adjetivo que caería cómodamente para señalar a un comerciante escrupuloso con las pesas y medidas, o a un político que no ha inflado sus bolsillos mediante periódicas sustracciones del tesoro público o la puntual aceptación de las infaltables "coimas". Sin embargo, honesto es la palabra que más conviene para colocar al lado del escritor Miguel Delibes. Sucede que así como hasta hace poco las calificaciones morales se hallaban vedadas en el campo del arte, ahora con la irrupción de la sociedad de consumo y la atención que la industria de masas ha puesto sobre el arte con sus comercializados ojos, los términos prostitución, honradez, pureza, honestidad, deberán comenzarse a utilizar en las notas literarias para explicar la línea de evolución narrativa de los escritores. Es decir, la moral también dará elementos para juzgar a los escritores por su obra.

En el caso concreto de Miguel Delibes, el calificativo de honesto sirve para referirse a una inquebrantable e insobornable capacidad para enfrentarse a la tarea de escribir con todas las responsabilidades subjetivas que ella lleva consigo. Veamos algunos rasgos. El éxito de crítica y premio que obtiene con su primer libro, no significa una atolondrada manifiesta-

ción pasiva; las duras críticas de un sector de los "entendidos", no representa un cambio de rumbos, apresurado, para satisfacerlos; el asentamiento y exploración de una veta específica —el campo castellano— que atrae fama y reconocimiento, no implica una fosilización muy "moraviana"; la audiencia que obtienen sus libros, no arrastra a una improvisación creativa que produzca mayores ingresos para sus arcas; la conversión en un escritor consagrado e infaltable en antologías y estudios, no empuja a un dogmatismo o una vanidad sui generis. En otras palabras, el escritor, a pesar de todo y contra todo, persiste en su camino enfrentándose cotidianamente a ese compromiso subjetivo y estrictamente personal que significa una vocación literaria. Ninguna interferencia externa puede socavar las sólidas bases sobre las que se ha instalado la conciencia del escritor. Por todo esto, Miguel Delibes es, en estos momentos, el escritor español que más ha llevado a extremos su compromiso artístico. Desde 1947 en que su libro *La Sombra del Ciprés es Alargada* obtiene el importante premio Nadal para novelas inéditas, Delibes ha continuado trabajando y superándose en cada nuevo libro. Sus doce novelas y colecciones de cuentos publicadas desde entonces, sus libros de viajes (a Estados Unidos, América del Sur, Checoslovaquia y Europa), sus escritos sobre su otra pasión que es la caza, junto a su brillante carrera periodística en el diario provincial *El Norte de Castilla* —diario independiente—, muestran claramente a todos los que se acerquen a esta obra, la pujanza, la fuerza expresiva, la autenticidad, la preocupación artística y lingüística, y la perfección estilística del escritor castellano nacido hace cincuenta años en Valladolid, ciudad en la que continúa viviendo con su mujer y sus siete hijos.

Delibes debe clasificarse, para ponerle una etiqueta, en la línea de la tradicional literatura costumbrista de España. El ambiente predominante en sus libros, lo constituye aquella inmensa piel de toro que es la campiña castellana. Sus personajes, incluso cuando se alejan tímidamente del pueblo a la ciudad (como en *La Hoja Roja*), son los campesinos ingenuos, sencillos, infantiles casi, llenos de eso que los filósofos llaman experiencia de la vida. El argumento central es siempre el enfrentamiento que nace de una cotidianidad.

Las costumbres elegidas son la cacería bajo cualquiera de sus formas, el ver pasar los días buscando elementos para sobrevivir, los sentimientos "cara a cara" de las sociedades que aún viven arraigadas en la Naturaleza. En fin, tales serían, en rasgos toscos y generalizantes, los elementos que permiten definir a Miguel Delibes como costumbrista. Sólo faltaría agregar otra característica tan propia de la obra de Delibes: la ternura y minuciosidad con que describe al niño, ya sea como personaje central, ya como comparsa.

Sin embargo, esta elemental calificación o clasificación de la obra de Miguel Delibes, tan abusada por los críticos que se apresuran a juzgar un trabajo en marcha, estalla rotundamente en los dos últimos libros del escritor español: *Cinco Horas con Mario* y *La Parábola del Naufrago*. En la primera, es la viuda de un intelectual de provincias que, ante el cadáver de su marido, pasa revista a la vida en común de ambos y, al hacerla, revela toda esa mediocridad, esa mezquindad, esa falta de comunión espiritual que suele plantearse tan comúnmente en los matrimonios de la clase media española y, también, en todo el mundo. En el segundo —realmente el último libro de Delibes—, la parábola del naufrago está centrada en un hombre que vive en una ultratecnificada sociedad moderna y en la que no sólo ha sido subyugado sino que hasta la Naturaleza, tan querida por Delibes, se alza contra él para aplastarlo. El asombro y estupor de la crítica y los lectores ante este último libro de Miguel Delibes, puede justificarse superficialmente. A simple vista, entre éste y los anteriores libros, hay un cambio radical de temática y estilo. Verdaderamente, todo varía, pero todo varía para el lector acostumbrado a enfrentarse a escritores que se acomodan fácilmente a la etiqueta que suele plantárseles desde su primera obra.

Lo que sucede es que lectores y críticos se acostumbraron o aceptaron demasiado rápidamente el sambenito de costumbrista que cayó sobre Miguel Delibes, y olvidaron que no era, no podía ser, un simple retratista de la campiña castellana. En una de las primeras páginas de su libro de viaje *Primavera en Praga*, Delibes hace una afirmación que explica toda su obra: "el mundo actual es muy semejante a un villo-

DE MIGUEL DELIBES

FERNANDO TOLA DE HABICH

MD



Miguel Delibes

rio español..." Y esta afirmación, repetida de una u otra forma en anteriores escritos suyos, debería haber servido como de advertencia, pues en realidad es una alerta de que la preocupación de Delibes iba más allá del mero costumbrismo o, en otras palabras, su costumbrismo era sólo un punto de partida para un afán universalizador. A Miguel Delibes le preocupa el mundo actual y su componente esencial, el hombre. Lo que ha hecho en su último libro el escritor español, sólo ha sido expresar su temática desde otro ángulo, con otras vestimentas. Ni siquiera la experimentación lingüística que se manifiesta patentemente en los diálogos con el hombre metamorfoseado en perro (en general en toda la obra hay una cierta presencia kafkiana) imitando el dictado a una secretaria (punto, coma, punto) debería asombrar, más aún si se tiene en cuenta que Miguel Delibes siempre ha estado considerado unánimemente como un reputado estilista de honda preocupación lingüística.

Todo esto sólo sirve para mostrar como, durante más de 20 años, Miguel Delibes ha aceptado resignadamente lo que los críticos decían de él. Como García Viñó que lo calificó de autor sin ganas de trascender, reaccionario y costumbrista de estética menor, otros críticos, ya bien exaltándolo o denigrándolo, se limitaron a ver en Delibes únicamente al costumbrista principal de la actual literatura española. Y Miguel Delibes era mucho más que eso. Es un escritor con una profunda preocupación por el hombre, y que trabaja, calmoso y en silencio, por el camino que le parece más atinado para descubrir y aportar conocimientos sobre la esencia humana. Y por este compromiso consigo mismo y con lo que quiere hacer de su obra, Miguel Delibes muy bien merece el adjetivo de honesto que el curioso que se acerque a la literatura española colocará al lado de su nombre. Y, seguramente, ni literatos ni estudiosos españoles pensarían que se ha equivocado.

NOTA: Salvo cuatro libros publicados por Alianza Editorial en su colección: El Libro de Bolsillo, la obra de Miguel Delibes se halla en el catálogo de la Colección Ancora y Delfín de la editorial catalana Destino.



MIGUEL DELIBES

O

EL COMPROMISO

Juan José COY

FRENTE al giro decepcionante que la novelística de determinados escritores españoles ha ido tomando en estos últimos años, la obra novelesca de Miguel Delibes se afianza, se ahonda, progresa constantemente. Miguel Delibes no claudica, no se resigna, no cede un momento aunque quizá le fueran aplicables a él mismo esas palabras que se dice para sí el protagonista de su última novela: «Porque estás sumido en la más total y absoluta impotencia» (*Parábola del Náufrago*, Destino, Barcelona 1969, p. 193). Pero Miguel Delibes demuestra en esta obra que el compromiso sigue siendo posible, que es la actitud humanamente, honradamente hablando, única. Porque también como Jacinto, quizá Miguel Delibes se haya dicho que «a pesar de ello (de su conciencia de inutilidad) no se da reposo, va y vuelve» (id. p. 213). Jacinto no se entrega.

Porque esta es la única reacción posible si no se quiere degenerar en el robinsonianismo aislado e insolidario, en el juego brillante de palabras, en el dominio del idioma, en la gracia tan constantemente repetida que empalaga, en la pseudoaudacia ya de las palabras o situaciones obscenas que a estas alturas no sorprenden ni escandalizan más que a los pazguatos que se siguen escandalizando y sorprendiendo de unas cuantas palabrotas —y que quizá por ello siguen comprando según qué tipo de producto comercial. Miguel Delibes sigue escribiendo literatura, cada vez más honda, cada

vez más seria, cada vez más comprometida. Miguel Delibes no escribe de cara a la galería del consumo, sino de cara a su propia, honrada, honesta conciencia.

Cuando en septiembre de 1968 se celebró en San Sebastián aquel sorprendente Congreso de Escritores, y ante las consignas de sus organizadores —tan sorprendentes como el Congreso mismo— Francisco Umbral escribía en las páginas de uno de los diarios madrileños: «En este tiempo de literatura comprometida y de servicio, cuando la mejor vigencia del arte literario se hace radicar en su eficacia al servicio del hombre, parece que este Congreso de San Sebastián va a sentar unas bases de insolidaridad y robinsonianismo, que no sabemos exactamente a dónde pueden conducir».

Pues sí, las bases sobre las que se asentó aquel Congreso conducen a lo que conduce el afán puramente mercantilista, o la carrera del premio, o la búsqueda de lo novedoso por lo novedoso, o la lengua por la lengua, o la gracia procaz por ella misma. No creo que la presencia de palabras o acciones obscenas sean estricta y necesariamente criticables o censurables en la obra literaria. En ocasiones pueden convertirse en exigibles. En *¿QUIEN TEME A VIRGINIA WOOLF?*, por ejemplo, el catálogo es de lo más completo que uno ha leído y oído nunca —no en la versión española tolerada para menores sino en su versión original. Pero en aquella

obra importante y estremecedora «la abundancia de palabrotas es mucho menos significativa que el espectáculo de dos almas atormentadas». El tormento interior se refleja, obviamente, necesariamente, en el vocabulario. Quedarse sin más en ese aspecto de una obra para censurarla puede ser tan cazurro como quedarse sin más en el mismo aspecto para celebrarla. Tanto da lo uno como lo otro.

De nada vale vocear a un sordo

Desde *La sombra del ciprés* es alargada hasta *Cinco horas con Mario*, pasando por *El Camino* o *Las Ratas*, también incluida su actividad periodística de extraordinaria importancia, la temática de Delibes es casi siempre parecida. Su mundo propio y peculiar, y sobre todo la perspectiva desde la que se contempla ese mundo circundante, adquieren en la *Parábola del náufrago* su culminación más perfecta. Esta última novela de Delibes es consecuencia lógica de cuanto en su vida y en su obra antecede. En este tiempo en que la mejor vigencia del arte literario se hace radicar en su eficacia al servicio del hombre, como decía Umbral, Miguel Delibes así lo comprende. Pero Delibes está ya de vuelta. Son muchos años luchando inútilmente, voz del que clama en el desierto de la más absoluta sordera, de la más completa inviden-

cia. Porque, dentro del contexto en el que Delibes se mueve, resulta estremecedor llegar a las conclusiones a las que llega, «**porque si el mundo está sordo, de nada vale dar voces, y si el mundo está ciego nadie podrá leer tus mensajes**» (p. 193). Ese mundo solamente sabe que «**la Casa es vuestra, y engrandeciendo la Casa os engrandecéis a vosotros mismos**» (p. 215); ese mundo sabe que «**eludir la responsabilidad es el primer paso para ser felices**» (p. 215); ese mundo sabe que «**Don Abdón me dio la semilla; Darío Esteban me ordenó sembrarla y yo la regué; ahora el seto me estrangula. Ningún juez hallará responsabilidades**» (p. 227); ese mundo sabe que «**cerrojo, Perry Mason, centrocampista, los Invasores y puntos negativos**» (p. 111); ese mundo sabe que «**hablar de deportes es aún más saludable que practicarlos**» (p. 111); ese mundo sabe, finalmente, que «**Don Abdón es el padre más madre de todos los padres**» (multitud de páginas). Pero ese mundo ni sabe más ni quiere saberlo. Vive bien... o por lo menos, mejor que antes de la guerra de la Independencia cuando ni siquiera tenía en su casa luz eléctrica. Pero «**Jacinto no es tonto ni listo pero sí lo suficientemente (listo) como para aspirar a defender su restringida inteligencia. Para ello (defenderla) sabe que debe recurrir a la selección personal y no delegarla. Y si don Abdón le paga para dos comidas diarias, un partido de fútbol quincenal y un plazo del televisor, y Darío Esteban afirma que dar menos es explotación y, más, una modalidad sutil de corrupción, bueno, aunque le digan eso (don Abdón y Darío Esteban), él (Jacinto) va y selecciona y se dice: Ni televisor, ni fútbol; dos libros al mes, una hogaza para los pájaros del parque y una begonia, una sansivieras y un ficus en mi habitación**» (p. 111). Jacinto San José se rebela; pero su rebelión le va a costar cara. Terminará aplastado, ahogado, sofocado por la sociedad consumista que le rodea. «**Te han suicidado, jacinto**»: y a partir de este momento de aniquilación, de esta agudísima coyuntura de desamparo y frustración, jacintosanjose se escribe ya con minúscula (p. 228).

Jacinto San José quiere saber lo que suma, qué finalidad tiene lo que hace: pero no es de su incumbencia. Eso no es eludir su propia responsabilidad. También parece insinuar Jacinto San José que el orden no equivale a la libertad, y que son dos cosas muy distintas y con frecuencia contrapuestas. El protagonista de esta obra de Delibes se ahoga en el medio que le rodea. Es un naufrago lanzando botellas de S.O.S. a un mundo lejano al que nunca llega. La temática de la obra es un grito entrecortado y angustioso en

defensa de la condición humana. De la dignidad de la persona humana. Esta es la más comprometida y más seria de cuantas novelas ha escrito hasta el momento el honrado, el serio, el consciente Miguel Delibes. Recurriendo a una atmósfera muy peculiar que significa, efectivamente, una novedad en su carrera literaria.

Una alegoría vitalicia a su mejor novela

Porque estamos aquí muy lejos del inimitable gracejo de los **Diarios** o de la simplicidad directa, ingenua y hasta infantil de **Las ratas** o **El camino**. Muchos críticos le han echado en cara a Delibes que abandone en esta nueva novela sus formas consabidas de creación, que se adentre en terrenos que no son el suyo propio, que no haga pie en profundidades que según algunos le están vedadas a este magnífico novelista. Pero uno piensa —con Ortega— que no se encuentra «**cuál pueda ser la finalidad de la crítica literaria si no consiste en enseñar a leer los libros, adaptando los ojos del lector a la intención del autor**». Si Miguel Delibes intenta escribir una auténtica parábola, una alegoría, si Delibes pretende transmitir una idea encarnada en una imagen —que no otra cosa es en definitiva el sentido de la expresión artística— habrá que ver si se consigue el objetivo, no si Delibes debe escribir en parábolas, en círculos concéntricos, o en la más estricta línea recta. Miguel Delibes —en mi modesta opinión— consigue precisamente su mejor novela por lo adecuado de su alusión. Prescindiendo de que lo que dice, dicho por la vía rápida, no hubiera pasado de las primeras oficinas siniestras en las que se tamiza lo que el pueblo español puede o no puede leer. De esta condición alegórica, parabólica en el más estricto sentido evangélico de la palabra, cobra la novela de Delibes su enorme fuerza de denuncia por una doble motivación. Primero, porque la lectura se hace necesariamente hermenéutica, actividad interpretativa: el lector pone tanto de su parte al tener que darle una interpretación a lo que se le dice, como el autor al decirlo. No vale decir sencillamente: don Abdón, Darío Esteban, Jacinto, Genaro Martín... Cada figura, cada objeto, cada hecho en esta parábola tiene un significado trascendente. Por ello, los que se queden en lo puramente externo del relato «**teniendo ojos no verán, y teniendo oídos no oirán**». En segundo lugar, porque la alegoría tiene múltiples posibles interpretaciones, y de esta forma la fuerza alusiva de la creación novelesca gana extraordinariamente en validez. Supera, con mu-

cho, la estrecha limitación espacio-temporal que otras obras de Delibes tienen.

El procedimiento, por si esta certera observación de la realidad fuera poco, consigue con su forma expresiva peculiar otras virtualidades también eminentemente artísticas a las que tampoco Delibes había llegado en ocasiones anteriores. Me refiero a la creación de atmósferas, en las que el lector queda envuelto. Un profundo malestar, una sensación de agobio, la lucha por lo que oprime, hasta sentimientos de claustrofobia: el seto que se va cerrando sin que nunca se pueda conseguir la evasión. Estos recursos son profundamente kafkianos en su estilo, aunque poco importa el que Delibes los conozca o los ignore: en cualquier caso Delibes los asimila personalísimamente. Algo también recuerda esta humana condición sitiada a los personajes de **La peste** camusiana... En fin, las asociaciones podrían alargarse cuanto se quisiera, porque estas características son patrimonio de cualquier obra alegórica —o en este caso, parabólica—, de cualquier tiempo y de cualquier autor.

En su temática y en su forma expresiva peculiar, Delibes consigue una excelente novela. Y provoca la catarsis, en sí mismo quizá, en primer lugar, y desde luego también en sus lectores. La purificación por el dolor, por el cruento reconocimiento de la propia impotencia para cambiar estructuras injustas, abusos de poder, arbitrariedades sin fin. «**¿O es que se han acabado los mansos de corazón, los misericordiosos, los pacíficos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia? ¿Es que son los fieros de corazón, los despiadados, los torturadores, los guerreros, los injustos, quienes han dominado el mundo?**» (pp. 211-212). Jacinto San José reflexiona para sí mismo. «**Todos los hombres somos iguales; Cristo lo dijo. Eso dicen, pero eso no quita para que unos hombres echen a otros a las fieras, o a las mazmorras, o al gas y además, que esto es lo chusco, te demostrarán que eso es lo justo y lo razonable**» (p. 139). Ante semejantes reacciones y pensamientos, el médico sabiamente dictamina de su compañero de infortunio Genaro Martín: «**su agresión responde a un enrevesado proceso de resentimiento emocional y a la presión del medio que no hace al caso discutir ahora**» (p. 158). Resentimientos emocionales: qué fácil es dictaminarlos cuando no se han sufrido en carne propia las causas que los motivaron...

Lástima de que esta estremecedora parábola de un naufrago no llegue jamás a su destino. «**Porque teniendo oídos para oír no oyen; y teniendo ojos para ver, no ven**». La horca y la tortura y el atropello siguen siendo inevitables.



visita a Miguel Delibes



El Campo Grande de Valladolid,
la ciudad de Miguel Delibes.

Llega uno al Valladolid invernal de la niebla y llama desde el hotel a Miguel Delibes. La telefonista del hotel quiere ponernos con unos talleres Delibes y cosas así, porque se puede haber ganado la gloria del mundo y seguir siendo un desconocido para la telefonista del pueblo. Las señoritas telefonistas a veces leen a Vicki Baum, a veces a Pearl S. Buck, o bien leen "Cuerpos y Almas", como las costureras aplicadas, o bien "Las sandalias del pescador", como las madres de familia con tiempo para todo y sin tiempo para nada.

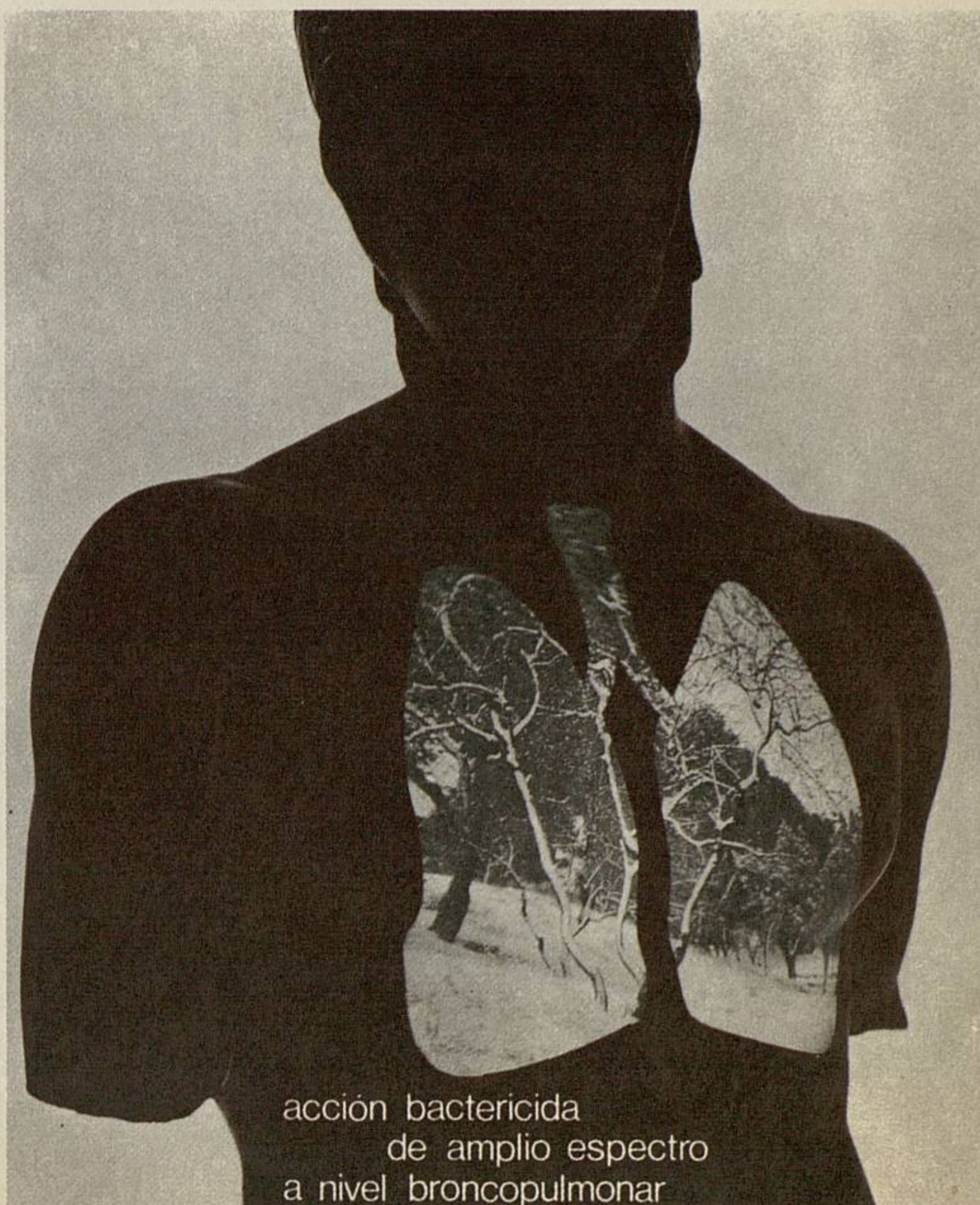
A veces, las señoritas telefonistas, incluso, leen a Miguel Delibes. Pero no si son de Valladolid, desde luego, porque nadie es profeta en su tierra y a ningún escritor lo leen sus propias telefonistas. Así las cosas, hablo con Miguel, que acaba de volver del campo, porque es domingo y había salido a cazar, en este tiempo hay poco que hacer, ya sabes, a las cinco estábamos de vuelta. A las cinco estaban de vuelta y a las siete o a las ocho estoy yo en

su casa, como otras veces, frente al hombre de la cazadora, bajo el retrato elegantísimo de Angeles, que firma Eduardo García Benito, el hombre que se ha pasado de las modelos sofisticadas de "Vogue" a las altas damas vallisoletanas. Dice Miguel que todo bien por aquí, que el pie ya no le molesta, aquel pie que se rompió el año pasado, cazando sobré el hielo, y yo le encuentro joven, templado, como siempre, aunque él le echa mucha propaganda a sus cincuenta años. Angeles me trae pasteles y me los voy comiendo mientras la tarde se hace noche en la niebla de la calle, en este Valladolid morado e invernal de mis fantasmas interiores, ciudad del tiempo perdido y encontrado. Está de vuelta de todo el novelista, pero sin pose, incluso un poco asustado de este escepticismo que le ha entrado, para qué los libros, para qué los viajes, para qué todo. Pero es de buena raza y seguirá luchando. "He leído «Chechela» y me ha divertido." Entran los niños de la casa, racimos de niños, los hijos y los amigos de los hijos, niños con

dulzainas, niños con monedas, una contaminación de niños que hacen su gracia y se van. Miguel les lleva las cuentas del dinero y las propinas en su cuadernito y, cuando se lo piden, les da una moneda que saca de un monedero de redecilla, siempre que el peticionario tenga fondos en la cuenta. Han pasado los años y Miguel Delibes es hoy casi el único novelista español con una obra dilatada, sostenida, coherente, completa. Quizás, con él, Ana María Matute y pocos más. Otros han intentado otras aventuras, aventuras más brillantes o más arriesgadas, quién sabe, pero esta fidelidad a la novela, esta fe en el género, esta continuidad en la obra sólo la ha tenido Miguel Delibes. Cantaban los gamberros del domingo por mi Valladolid de aquel tiempo, cuajado de evocaciones, como dijo el poeta, y le hicimos repaso a los amigos muertos, a los amigos vivos, a los amigos enfermos. Yo vengo a Valladolid, vengo a casa de Miguel Delibes y aprendo. Este amigo, este maestro natural, este ejemplo. Es una peregrinación que hay que hacer a lo menos una vez al año o antes si hubiera peligro de muerte. La peregrinación al Valladolid de Miguel Delibes, la visita salutífera al hombre de la razón y el buen sentido, al amigo noble, al maestro sencillo. Hay que lucrar las indulgencias de su amistad siempre que se pueda. Había venido yo a fallar con él y con unas gentes ilustres un premio de artículos de periódico que Miguel tiene el gesto de promocionar, y sacamos los papeles y resulta que estábamos de acuerdo en el primer premio, con lo que nos dimos la mano y decidimos el pucherazo desde aquel momento, porque cuando se tiene razón y se va de buena fe es casi inevitable dar el pucherazo de la justicia, que también la justicia, a veces, necesita imponerse mediante el pucherazo. (Luego las cosas fueron por sus cauces legales y naturales, salió nuestro candidato y no hubo que forzar el curso de la Historia.)

Angeles me cuenta las cosas que pasan en la ciudad, ciudad en la que uno piensa que no pasa nada. Y ya lo creo que pasa. Hay amores nuevos y viejos, rosas de otoño, benaventianas, historias de casino y tragedias de la vida vulgar. Es bueno escuchar a Miguel Delibes, pero es casi mejor escuchar a Angeles. Ella nos da la vida en directo, una versión fresca e irónica de las cosas, en tanto que el novelista nos da ya una realidad depurada, pasada por su sensibilidad literaria. Con toda su sencillez de hombre, no puede menos de hacer literatura, siquiera sea la literatura de la sencillez. Los desengaños, Miguel, los desengaños, la política, esta vida que llevamos, tu verdad no siempre oída, no siempre escuchada, no siempre dicha. Miguel Delibes lucha en el periódico —en “el papel”, como él dice—, lucha en los libros, en la calle, en la vida. Pero le tienen cansado, entristecido. El periódico, sí, es el papel, y la televisión es el invento.

“Pues mañana te vienes al papel.” O bien: “Una vez que salí yo en el invento...” Valladolid de aquel tiempo, cuajado de evocaciones, con los últimos sombreros y los últimos bastones. El poeta que lo dijo anda malucho. A ver si se recupera. En “Aún es de día”, en “Diario de un cazador”, en “Mi idolatrado hijo Sisí”, en “La hoja roja”, en “Cinco horas con Mario”, la crónica magistral de este Valladolid que ahora se mueve en torno, afuera, sombrío, como un mar invernal, con las farolas borrosas de niebla, las criadas de domingo, los autobuses reventones de gente que vuelve a su barrio y el amor aterido en los bancos del Campo Grande. Tiene una novela en la cabeza, tiene varias, como siempre, pero está con la crisis de los cincuenta. Bueno, ya pasará. Ahora ha escrito ese Diario que ha ido saliendo periódicamente y que es uno de los pocos diarios íntimos sin pedantería y sin yoísmo que se han escrito nunca. En el despacho hay una gran foto de Miguel cazando. En otra habitación, unos gallos peleones de Vela Zanetti. Pero todo lo preside el retrato de Angeles, con un vestido rojo, perlas al cuello y largos guantes blancos. Los niños sueñan cerca y lejos. Luego, con los días, paseamos por la calle y él se pone una boina de hombre del campo, está delgado como siempre, usa las gafas más que antes. “El Norte de Castilla” llegaba a casa cada mañana, en la infancia, con su olor acre de tinta fresca. Entrar ahora en el periódico es volver a los orígenes olfativos de la vida, recuperar aquel olor, porque cada periódico huele de una forma diferente y esto sólo lo sabemos bien quienes nos hemos pasado la vida oliendo periódicos desde dentro y desde fuera. Yo soy un catador de olores de periódicos. Miguel Delibes, en “El Norte de Castilla”, lucha por la independencia y la verdad. A ver si el próximo domingo se dan mejor las perdices.



acción bactericida
de amplio espectro
a nivel broncopulmonar

KANAMICINA+DEXAMETASONA+BALSAMICOS

en solución preconstituida
lista para ser utilizada

BRONPULON KANAMICIN

5 viales en un solo envase

INDICACIONES:

Bronquitis agudas, bronquitis crónica, bronquiectasias, neumonías, bronconeumonías, abscesos pulmonares, empiemas de etiología mixta, y en general en todos los procesos infecciosos de las vías respiratorias.

POSOLOGIA:

Adultos: 1 vial cada 12-24 horas.
Niños: 1/2 vial cada 12-24 horas.

P.V.P. 477,60

F.U.



Laboratorios ANDRÓMACO, S. A. • MADRID-I: Velázquez, 15 • BARCELONA-6: Pl. La Central, 7

ARTE Y LETRAS

Vanypeco Impact Ibérica



He aquí por qué Don Federico Bastia prefiere ir a Bruselas por Sabena, Líneas Aéreas Internacionales de Bélgica

Una de las cosas especiales en este vuelo de Sabena ha sido la excelente comida.

La azafata me lo explicó: Sabena tiene el Oscar Mundial de la Gastronomía Aérea.

¿Sólo un oscar? Yo creo que debieran darle también el de la amabilidad a bordo. Desde Madrid todo han sido atenciones (¡y con qué sonrisas!).

Ya en Bruselas, la azafata me ha sugerido que podía cómodamente terminar mi informe en la Oficina de "Recepción Comercial". Sabena la ha instalado en el propio aeropuerto.

Completar el informe ha sido cuestión de minutos. En esta oficina, Sabena ha puesto a mi servicio un intérprete español que me ha dado enseguida todos los datos comerciales que necesitaba. Tomen, pues, nota: En Sabena, el servicio de un billete no se acaba al tomar tierra.


(Como capital del Mercado Común, Bruselas es, cada día más, el lugar de cita de los hombres de negocios europeos).

La azafata me ha informado también que en torno al aeropuerto hay excelentes restaurantes, un servicio médico, una nursery y hasta una capilla... Un Servicio de Bienvenida está a disposición del viajero para informarle y guiarle.

Es la primera vez que vuelo por Sabena ¡Qué lástima no haberlo hecho antes! (Sabena: 50 años de servicio impecable en tierra y aire).



Consulte a su Agencia de Viajes

 MADRID 241 89 05 - BARCELONA 215 47 32 - PALMA 22 68 46
TORREMOLINOS 38 05 45 - LAS PALMAS 26 13 62 - ALICANTE 21 66 97

nada agradecidos a la defensa que se les hacía. Los desaciertos y las grietas que luego se abrieron tan pronto como se constituyó el tercer gobierno Lerroux con participación de la CEDA impulsaban a los acusados a jugar al gana-perde (más preciso: al pierde-gana), con vistas a una próxima situación electoral que en seguida se veía venir por sus pasos contados.

¿Qué fue en Barcelona el 6 de octubre de 1934? ¿Quién lo hizo? ¿Cómo lo hizo? ¿Para qué? ¿Movido por quién? Nadie hasta ahora ha proporcionado los datos precisos. Lástima grande porque aquella fecha fue crucial y los efectos aún duran en nuestros días y se prolongarán en lo sucesivo.

Ahora, recientemente, Manuel Cruells (1), que fue uno de los actores marginales de los hechos, que los vio por dentro (por lo menos en un sector) y que es un diligente estudioso investigador y analizador de aquellas épocas históricas, ha publicado un libro que nos parece definitivo y llamado a servir de punto de referencia para todos cuantos en el futuro querrán abordar este episodio de nuestra historia contemporánea.

En *El 6 d'octubre a Catalunya* el autor trae a colación un gran número de datos, aporta unas perspectivas que nos ayudan a entender el cómo, ya que no el porqué, de muchos acontecimientos, y, cosa muy importante, introduce un orden y una jerarquía a las nociones más bien confusas y aún en nuestros días apasionadas de los hechos de aquella lamentable fecha.

En el libro se nota un afán de esclarecer a fondo muchas confusiones, alguna de las cuales data de los mismos días en que se produjo el fenómeno histórico y social comentado. Por ejemplo, niega que exista ninguna relación de causa a efecto entre la sublevación del 6 de octubre y la agitación de los «rabassaires» en el agro catalán. Este error lo tuvieron los mismos gobernantes de la República, con Samper a la cabeza; creían que resolviendo el problema agrario se imposibilitaría la participación de la Generalidad de Cataluña en el complot para obligar al presidente de la República, Alcalá Zamora, a disolver el Parlamento y entregar el poder a las izquierdas republicanas (Largo Caballero lo que quería era tragárselos a todos).

Otro error generalmente admitido es el de considerar a Companys como no responsable —sólo por debilidad— del intento de subversión, cargando todas las culpas a Dencás y los Badia. Companys quería y no quería; era esta una actitud muy suya; pero nombró en junio a Dencás consejero de Gobernación con el encargo concreto de preparar algo bien gordo. Y esto, a quien haya conocido a los dos, no tiene que venir de nuevo. Yo recuerdo muy bien que en unas conversaciones que tuvimos, Estanislao Durán Reynals y yo por una parte y por la otra Companys y Dencás por un asunto que no viene al caso, Companys, muy excitado, nos contó que la «revolución» estaba cada día más traicionada y que él sentía vehementes deseos de volver a salir al balcón y proclamar por segunda vez la República catalana. La escena que ahora cuento ocurrió en vida de Maciá y antes de las elecciones de noviembre de 1933. Dencás asentía con la cabeza y sonreía con aquella mueca ratonil que le era peculiar.

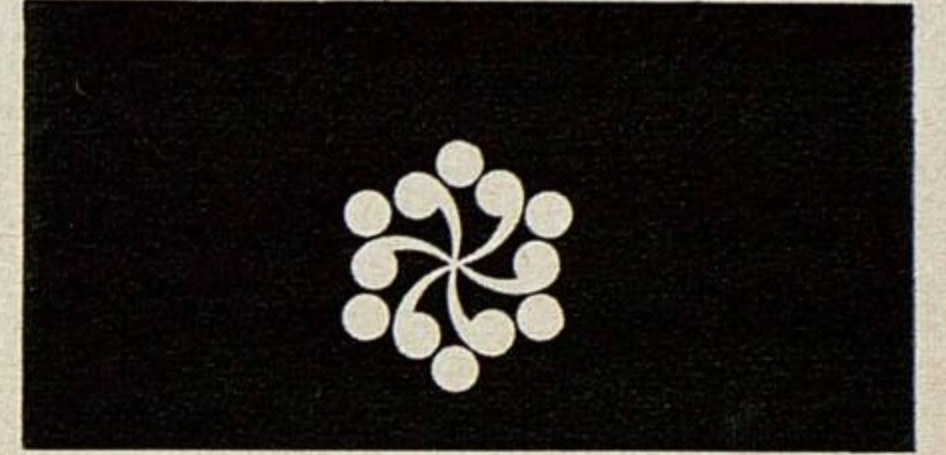
Igualmente está en lo cierto Cruells cuando niega que la Alianza Obrera (grupúsculos que diríamos hoy) tuviese algún papel decisivo en los hechos. También en asegurar que era remoto el sueño de poder desbordar a los catalanistas; pero que no por ello dejaba de existir el proyecto. Las quimeras,

no por serlo, dejan de ser proyectos... en el aire.

Creo del mayor interés la obra de Manuel Cruells. Apruebo sin reservas el tono imparcial de la exposición. El señor Cruells tendrá sus ideas; pero se las guarda y nos sirve los hechos, sin meterse a crear mitos ni contramitos. La obra es clara y seria.

Para terminar mi comentario, citaré una frase que don Amadeo Hurtado, cuando le visité para preguntarle por su hijo Odón, que había sido detenido con el Ayuntamiento de Barcelona, me dijo: «Crean que han derrotado al pueblo de Barcelona, y el pueblo de Barcelona no se ha movido. El peligro es que ahora se pondrá el pueblo en contra y ya verán lo que les pasa; es decir, lo que nos va a pasar a todos».

(1) Manuel Cruells: «El 6 d'octubre a Catalunya». Llibre de Butxaca, EP.



Laureano Bonet

MIGUEL DELIBES: DEL TREMENDISMO A LA LITERATURA BUMERANG



En nuestro mundillo literario causó justa polémica «Parábola del naufrago», la última novela de Miquel Delibes. Las opiniones fueron contrapuestas: unos acusaron al excelente novelista vallisoletano de hacer ejercicios esnobistas, redundando ello en detrimento de su propia calidad creativa. Otros, bien al contrario, sugirieron que la novela, precisamente, es una burla de las florituras vanguardistas que —dicen— empalaga a más de un escritor joven. Y los juicios continúan, como sin duda recordará el lector que siguiera, meses atrás, la encuesta del diario «Madrid» sobre esta obra de Delibes.

Dudo que las opiniones que he señalado en el párrafo anterior tengan justificación alguna. Pecan, a mi entender, de abstractas y personalistas. Señalan el «fenómeno Delibes» aislándolo del contexto histórico-cultural español de estos últimos treinta años. O adoptan un punto de vista rígido, fundamentado en imágenes congeladas— el Delibes rural de los años cincuenta— y olvidando, en consecuencia, que la creación literaria entraña siempre el derecho al experimento y es

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES
Miguel Delibes

MD



Miguel Delibes. (Foto: Ana Vergés.)

fruto, en parte, de las circunstancias del medio ambiente social. En este sentido, son excesivas las palabras de José Corrales Egea al indicar una ruptura entre la «Parábola del naufrago» y las novelas anteriores del mismo escritor y señalar, por otra parte, que nos encontramos ante una obra artificial puesto que «el asunto, así como los elementos de elaboración del mismo, dejan la impresión de venir acarreados desde fuera, en vez de surgir, como en libros anteriores del autor, de exigencias originales e internas» (1).

Hablar de *ruptura* es olvidarnos de la existencia de «Cinco horas con Mario», publicada en 1966, época del inicio del relativo deshielo cultural español y obra que entraña un giro sorprendente en la labor creadora de Miguel Delibes, tanto en lo formal como en lo temático. Así, esta novela —vista desde 1971— se nos presenta como decisivo puente de enlace entre el ciclo que culmina con «Las ratas» (1962) y el actual ciclo creativo que, al parecer, tanta consternación está causando en algunos críticos, puesto que —insistimos— discrepa cada vez más de la imagen-tópico, la foto fija, de un escritor al que creían definitivamente afincado en un idilio rural y, a lo sumo, en un «sano» realismo tradicional.

C. Alonso de los Ríos, en una crítica publicada en «Triunfo», tuvo la virtud de no olvidarse del *background* histórico al enjuiciar «Parábola del naufrago», viendo la novela dentro de un entramado histórico decisivo y, además, observando la existencia de un cordón umbilical creativo que, por tenue que sea, vincula este libro con la obra anterior de nuestro

escritor. Así, Alonso de los Ríos señala que si Delibes, aquí, ha hecho vanguardismo ha sido «porque se lo exigía la narración». Y ofrece, acto seguido, los siguientes conceptos que delinean un Delibes vivo, flexible, cuyo trabajo creativo es, en parte, fruto —y también imagen *ofensiva*— de las diversas vicisitudes surgidas en nuestra sociedad tras 1939: «Lo interesante es que este novelista que ha sido barojiano, galdosiano, naturalista y realista crítico (la evolución de su novela es la historia de la novela española de posguerra) nos da, en su plena madurez, un fruto "joven". Delibes escribió la novela que pudo en los años de autarquía cultural y política. La agudización de su conciencia crítica corre a la par de una puesta al día de las técnicas narrativas, y todo ello paralelamente al proceso evolutivo del país. «Parábola del naufrago» coincide con la entrada en una fase tecnocrática y consumista, lo cual no parece satisfacer a este escritor en permanente vigilia» (2).

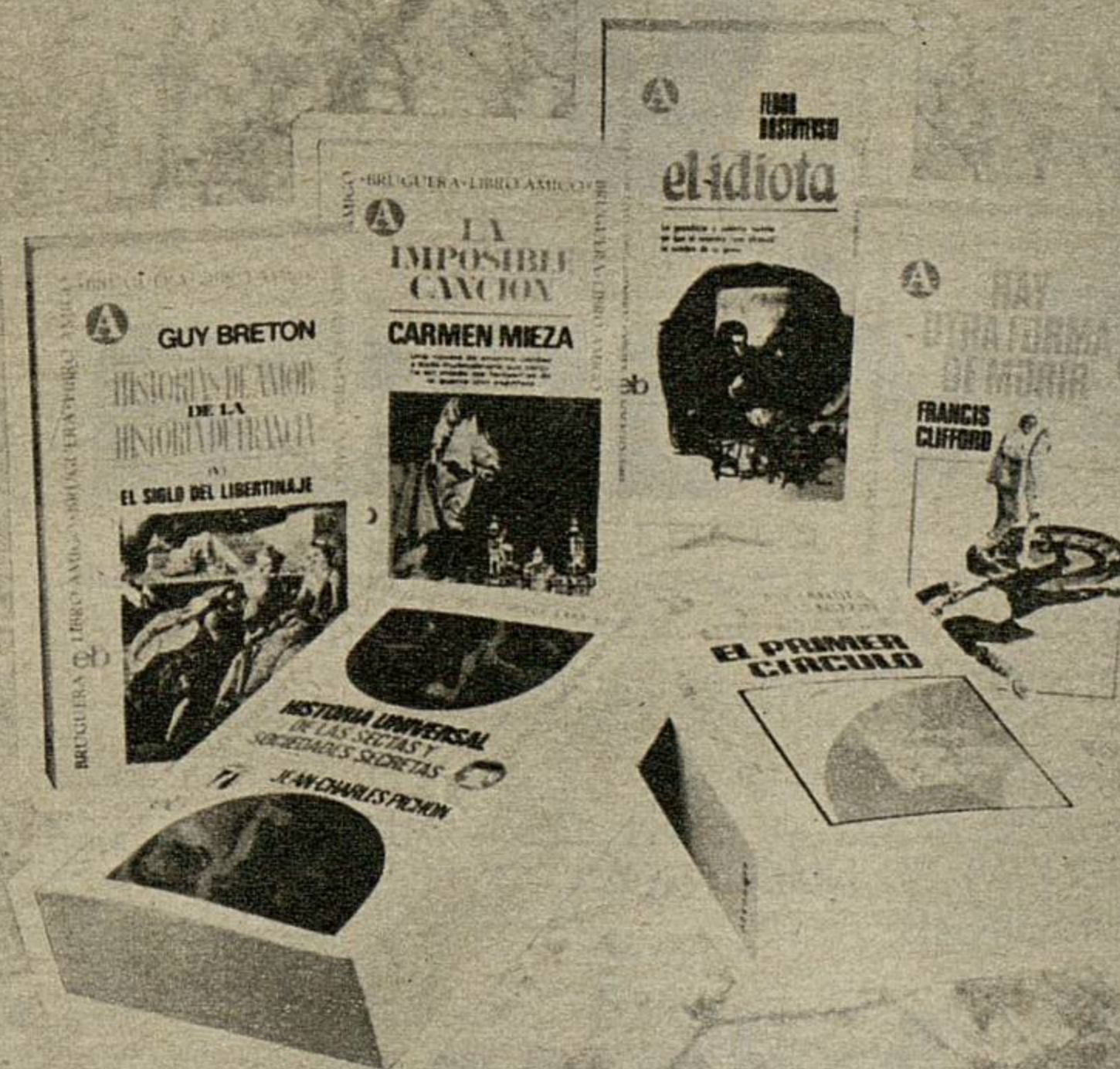
Si hay, ciertamente, un género literario «abierto» éste es, sobre todo, la novela, y reconocer esta cualidad constituye ya un lugar común hoy día. Emilia Pardo Bazán, por ejemplo, escribió que «el artista se modifica adaptándose» al ambiente social y los novelistas, en consecuencia, «no pueden tener diferente ideal que la sociedad que los lee». Haciendo nuestro este punto de vista, podríamos observar cómo Miguel Delibes adopta de manera un tanto tardía el realismo tremendista en obras como «La hoja roja» (1958) y, sobre todo, «Las ratas» (1962), retraso que resalta aún más si lo comparamos con los años

Búsquese un «amigo» para estas vacaciones

Vaya al encuentro de un libro de la colección **LIBRO AMIGO**

Las mejores novelas de la literatura universal, clásica o contemporánea, las más cuidadas antologías, las obras eternas, junto a aquellas que nos informan de las más importantes cuestiones de nuestro tiempo, puestas al alcance de todas las economías.

Más de 180 títulos publicados.



BRUGUERA
los libros que se leen

NI NUEVA LINEA

Avianca

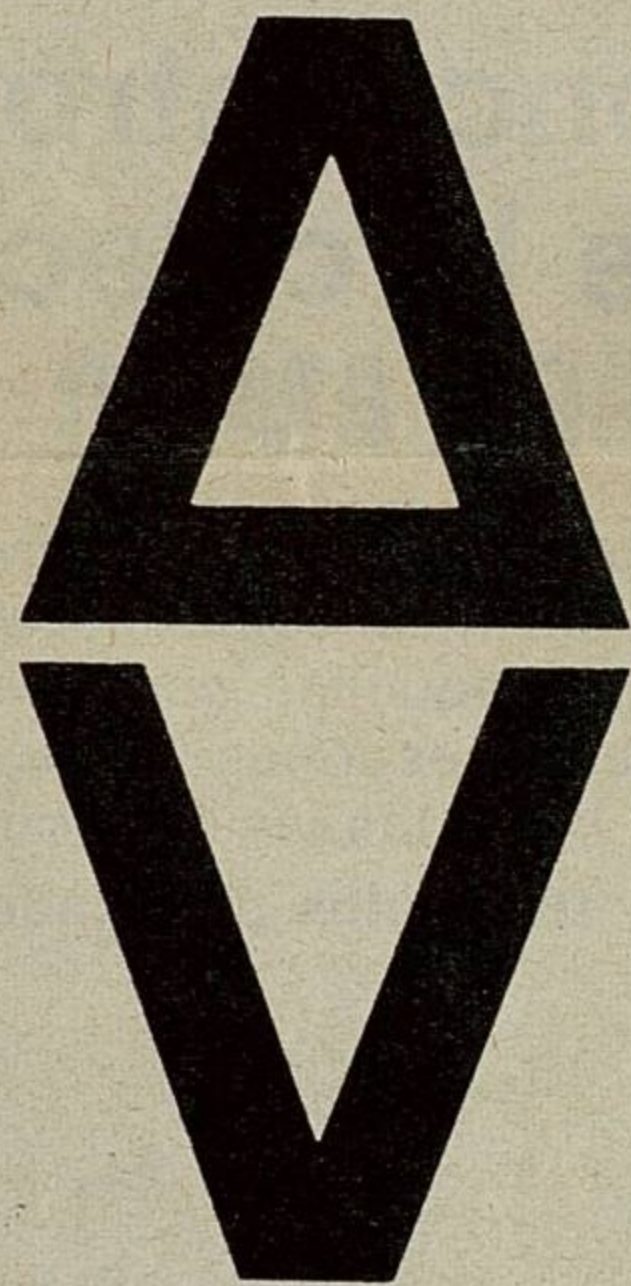
en

EUROPA

Aproveche dentro de Europa, las ventajas que en tiempo y comodidad le ofrece un cuatri-reactor transoceánico -con servicio RUANA ROJA naturalmente- para su viaje desde Madrid a:

PARIS: Martes, Jueves, Sábados y Domingos
FRANKFURT: Martes y Sábados
ZURICH: Jueves

NUEVO PLAN DE CREDITO



Avianca

Somos la primera línea aérea en las Américas. Servimos 170 ciudades en América del Norte, Centro, Suramérica, Europa y el Caribe.

CONSULTE A SU AGENTE DE VIAJES IATA, QUE TAMBIEN ES EL NUESTRO, O A NUESTRAS PROPIAS OFICINAS.

Avianca

Avda. José Antonio, 634 - Tel. 231 62 76 - Barcelona-7
Edificio España - Reservas: Tel. 248 28 12 - Madrid

ARTE Y LETRAS

en que Cela publica el «Pascual Duarte» (1942) y «La colmena» (1951). Sin embargo, nuestro novelista será consciente a partir de 1966 de la insuficiencia de esta fórmula realista y sabrá auscultar los nuevos latidos de la sociedad española e inventar técnicas narrativas reflejadoras de ellos.

Recordemos que el tremendismo surgió en 1942 de manos de Camilo José Cela como grito irracional de una sociedad traumatizada por la guerra civil y debatiéndose en el vacío, el hambre y una violencia a duras penas reprimida. Y, a la vez, hay que entender esta forma de novelar como la única respuesta posible en aquella época a una idealización garcilasiana y escurialense de la realidad española llevada a cabo por la *intelligentsia* oficial. Se trataba de pasear de nuevo el espejo cóncavo por nuestras calles, ventorrillos, prostíbulos y reflejar el miedo y el nihilismo de unos seres viviendo casi a ciegas. O sea, adaptar a los años cuarenta y cincuenta el *esperpento* de Valle Inclán, puesto que, de nuevo, parecía que el «sentido trágico de la vida española» sólo podía darse «con una estética sistemáticamente deformada».

Creo que en 1971, con la perspectiva que da el paso del tiempo, está claro que el tremendismo fue, ante todo, un naturalismo exasperado, idóneo para ofrecer al lector la imagen de una sociedad en descomposición posbélica, pero incapaz —so pena de no poder llegar al público— de descubrir las leyes internas de unas determinadas anomalías históricas. Y, desde luego, obras como el «Pascual Duarte» y «La colmena» cumplieron holgadamente con estos propósitos testimoniales. No era posible hacer más y la novela aprovechó los angostos cauces existentes para levantar acta de la realidad nacional de aquellos años. Los límites del tremendismo quedan, así, sugeridos por la siguiente definición que hizo Cela del oficio de novelista en 1947: «Ir a remolque, hablar como se habla, respirar como respiran los que están vivos y acaban por dejar de respirar. Coger la vida y estrujarla contra nuestro corazón» (3).

Ahora bien, ya con los años sesenta esa fórmula narrativa quedó aviejada. A causa de la nueva política de liberalización económica, la sociedad española entra en las primicias del neocapitalismo consumista y, además, el negocio editorial asiste a un cierto relajamiento de las normas de censura, lo cual permitirá la publicación de autores antes marginados y hará posible un despegue de la cultura nacional. Todo ello, junto con la experiencia narrativa latinoamericana, ampliará los horizontes mentales de nuestros lectores. Pero, además, sospecho que el propio sistema absorbió en buena parte al tremendismo por la vertiente más *digerible* —su carácter castizo y cuasi racial—, y, en consecuencia, esta manera de novelar perdería pronto sus más hirientes agujones. Además la sociedad neocapitalista obliga a nuevas reglas de juego literario para poder ser criticada con cierto éxito (y que el «último» Delibes ha descubierto felizmente): no sirve, ya, la *estética de la fealdad* porque en la nueva civilización lo alucinante es una característica más funcional que física e, incluso, aquélla se maquilla muchas veces con... lo bello, mediante el póster, la publicidad, la televisión y otros medios públicos de alienación. Dicho de otro modo, *lo feo* —sobre todo en megalópolis como Madrid y Barcelona— no es ya un arma

ofensiva válida en manos del actual novelista.

De ahí que «Las ratas» fuera, en parte, culminación de una manera de novelar que pronto quedaría inutilizada por el desarrollo mental y económico del país. Y el *miserabilismo* —que tanto juego dio a nuestra narrativa social de los años cincuenta— fue también rematado con mano maestra en esta obra de Delibes. Era ya sintomático, por ejemplo, que los protagonistas de «Las ratas» fuesen infrahombres casi reducidos al estado insectil, más excepciones que ejemplos representativos de nuestra sociedad agraria. Se imponían, por lo tanto, otras técnicas novelísticas que Miguel Delibes inauguraría con «Cinco horas con Mario», obra clave, en este sentido, en la carrera literaria de nuestro escritor, pero que —como obra de transición que es— encierra una cierta contradicción entre su arquitectura formal y su temática. La novela, en efecto, intenta un difícil casamiento entre unos personajes tratados aún como caricaturas y un lujoso despliegue de nuevas técnicas narrativas (fundamentalmente el monólogo de Carmen, la protagonista) que exigiría un enfoque más psicológico de aquéllos.

Será, sin embargo, en «Parábola del naufrago» donde encontraremos ya un equilibrio entre la forma narrativa y el alcance ideológico del relato. La obra, a este respecto, es riquísima en matices. Hay, desde luego, un claro alejamiento de algunas de las constantes temáticas del autor. Señalaré, únicamente, la desmitificación del paisaje: éste ya no es idilio rural, o deslumbrante mezcla de colores, o incluso —tal como ocurría en «Las ratas»— naturaleza casi virginal, en contraste con la brutalidad de los hombres, sino, muy al contrario, instrumento de destrucción manejado por las organizaciones industriales de la sociedad actual. Pero el giro es importante, también, en el tratamiento del lenguaje (y no creo que los críticos hayan reparado lo suficiente en este detalle). Delibes, aquí, sacrifica el inimitable estilo campesino, casi terroso, de sus libros anteriores y utiliza —porque así se lo exige el tema— un lenguaje tomado del terrorismo publicitario de nuestras ciudades.

De esta manera, «Parábola del naufrago» se convierte en un despliegue de frases burocráticas, cuñas publicitarias, estribillos deportivos y canciones de moda que, a manera de monstruosa telaraña, atrapan y yacían psicológicamente al habitante de la urbe moderna. La novela, así, recoge esa algarabía publicitaria y la dirige —como si se tratara de un proyectil *bummerang*— contra sus fuentes de origen. Recurso parecido al que Juan Goytisolo realizó en «Señas de identidad» (aunque allí fuera en un plano político): escalofriante monólogo colectivo de los medios de comunicación de masas que, al ser pegado en la obra literaria a modo de *collage*, hará posible que el lector tome conciencia de estos instrumentos deshumanizadores de la civilización tecnocrática.

(1) José Corrales Egea: *Situación actual de la novela española*, «Insula», págs. 22-24 (suplemento), mayo 1970.

(2) C. Alonso de los Ríos: *El último Delibes. Una pesadilla patética*, «Triunfo», 6 de diciembre de 1969.

(3) Camilo José Cela: *El bonito crimen del carabinero*. José Janés, editor. Barcelona, 1947, pág. 15.

"Lunes Leñador,
Muelto Varco"

LIBROS



"Parábola del náufrago"

«Entendámonos». Esta es la palabra horizonte de la novela de Miguel Delibes.

La historia del naufragio de Jacinto San José es el relato angustioso de una pesadilla —de una pesadilla casi kafkiana— pero con ventanas de par en par abiertas al campo en que anida la perdiz, y por donde corre el conejo; abierta al aire volado por aves —pájaros varios, todos señalados por sus nombres, usos y costumbres— bien diferenciadas.

Jacinto San José es una criatura de ficción impar, que vive en un mundo de absurdos. Un mundo llevado en la ficción de sí mismo a límites increíbles, disparatados, y convenientes. Límites literaria y vitalmente eficaces para la parábola que se trata de presentar.

Libro para meditar. Libro en que se viene al lector sin remedio, y en remedo, el mundo sin sentido de su personal entorno. Pero libro también que enseña al naufragio, y conjuntamente al lector de la parábola, un redondo y seguro salvavidas, que es el mundo de lo natural, asidero para los nacidos en todos los naufragios que fueron y en los por ser. Tabla de salud para cuando el mundo se embota —sordo y ciego al vivir humano— a las exigencias de la vida con dignidad humana.

C. C.



"LA PARABOLA DEL NAUFRAGO"

DE
MIGUEL DELIBES



UNA NOVELA DE DENUNCIA Y DE PROTESTA

Los lectores habituales de Miguel Delibes se han visto un tanto sorprendidos por su última novela, "La parábola del naufrago".

Al realismo claro, sencillo, de los libros anteriores, sucede un simbolismo oscuro, complejo, que se presta a interpretaciones distintas. La oscuridad es relativa. Como la novela no es muy extensa, yo recomendaría una segunda lectura. Lo digo recordando que una joven universitaria, cuya opinión requerí, me confesó que en la primera lectura entendió poco y en la segunda, todo.

Y así es. Descifradas algunas claves de la novela, aclarado el sentido de algunas situaciones o personajes fundamentales, los símbolos se hacen transparentes y la intención y las ideas del autor se van dibujando cada vez con mayor nitidez.

La escritura de Delibes, su clara y fluida dicción, no presenta ninguna dificultad. Para mi gusto, las páginas más representativas del estilo delibeano se encuentran en la última parte de «La parábola del naufrago». Su capacidad descriptiva y la vitalidad nada académica de su prosa alcanzan en ellas su momento cenital.

Ambiente

En cuanto al estilo, hay que hacer la salvedad de unas cuantas

(Continúa en la pág. 29)

MIGUEL DELIBES Jacinto, el protagonista, simboliza al hombre de nuestro tiempo. "La parábola del naufrago" presenta una evidente vertiente cristiana.

páginas, cuatro o cinco al comienzo y unas pocas más repartidas a lo largo del libro, en las que el autor emplea el recurso de sustituir los signos de puntuación por los vocablos que los expresan. La lectura de estas páginas se hace enojosa y resultaría intolerable si no obedeciese a un claro propósito: crear de entrada un clima obsesivo, introducir al lector, de sopetón, aun a riesgo de irritarle, en la atmósfera delirante de la novela.

Porque la novela es la descripción de una serie de pesadillas, engarzadas en la pesadilla general —sensación de angustia, de opresión, de caída en el abismo— que sufre el protagonista, Jacinto San José, a quien el autor dedica su novela.

Es la primera vez que veo una novela dedicada por el autor a su protagonista. En la dedicatoria, el nombre del personaje aparece en dos idiomas, el español y otro, supongo que checo. Con lo que se quiere decir que el tipo y lo que en la novela ocurre pueden situarse en España o en Checoslovaquia, indistintamente; o en cualquier otro país, me imagino. Porque Jacinto San José es el hombre de nuestro tiempo que se ve acosado por las fuerzas cada día más poderosas y despiadadas de nuestra civilización materialista. Pero de esto hablaremos con Delibes.

Realismo

«La parábola del naufrago» es una novela importante, tanto en la bibliografía de Delibes como en la producción literaria del actual momento español. En la trayectoria de su autor representa un giro, no tan violento como a primera vista puede parecer. Ya se ha dicho que el instrumento literario no ha hecho más que perfeccionarse.

El realismo de su imaginación es el mismo, si bien ahora tiene una función simbólica. Uno de los personajes de la novela, Genaro, se convierte en perro; otro, el protagonista, en cordero. Pues bien, el proceso de transformación está descrito con una precisión y detalles del más puro realismo. Pudo el novelista limitarse a describir la degradación interior de sus criaturas, pero ha preferido darle al fenómeno una forma material, relieve, bulto. Y si nos atenemos al procedimiento narrativo utilizado, no encontramos tampoco ninguna distorsión, sino una inflexión más en la técnica de este escritor.

Raro será el libro donde Delibes no ensaye, sin aspavientos, una nueva manera de enfocar la realidad. En su penúltima novela, «Cinco horas con Mario», toma un sesgo audaz: el de darnos la imagen del protagonista a través de la evocación de su mujer, de tal modo que el lector, que no tiene más fuente de información que el monólogo de la viuda, se forma de Mario una imagen contraria a la que ella pretende dar. Mario es, por su postura ante la vida, un antecedente de Jacinto San José.

Diálogo

Delibes es reacio a hablar de sus libros. Tiene razón. Lo que una novela no diga por sí misma es inútil que el autor quiera explicarlo. De todas maneras, aprovechando

una visita a Madrid —rápida, como todas las suyas—, acompañado de Angelines, su mujer, le he propuesto sostener un diálogo sobre lo que el autor ha dicho o querido decir a través del mundo onírico de su novela y su capacidad de incitación en el espíritu del lector. Porque el lector puede haber visto cosas que el novelista no quiso poner en su obra. Y hasta es posible, a mi entender —y digo esto como observación de carácter general—, que en caso de contradicción entre lo que el novelista se ha propuesto expresar y lo que el lector ha entendido sea éste quien vea más claro. En esta perspectiva, el diálogo puede resultar esclarecedor.

Filosofía

«La parábola del naufrago» es algo más que una experiencia literaria. A mi modo de ver, quedará como un texto fundamental para quienes quieran en adelante estudiar a Miguel Delibes. Aquí surge el primer punto de discrepancia entre el autor y yo. A mí me parece —y así se lo digo— que en esta novela se contiene una síntesis de su concepción del mundo, de sus ideas y sentimientos, expuesta de modo más completo y en una forma más radical que en sus obras anteriores.

—Yo pienso —contesta— que «La parábola del naufrago» expresa mi concepción del mundo y del hombre, pero ni más ni menos que en cualquiera de mis novelas. Así considero excesivo tomarla como síntesis de mi filosofía —por llamarla de alguna manera— del mundo, del hombre y de su destino.

—¿Es una novela de denuncia o de protesta? Se protesta contra algo con el deseo de sustituirlo por otra cosa mejor. La protesta está fundada en la esperanza. En «La parábola del naufrago» hay poco lugar para la esperanza. El hombre —Jacinto San José—, en el orden temporal y humano, no tiene escapatoria. Es incapaz de librarse de las tenazas que le oprimen. No le queda otra alternativa que degradarse, mejor dicho, dejarse degradar y quedar reducido a la condición animal, de simple consumidor.

—No estoy de acuerdo con la distinción que haces. Es una novela de denuncia y de protesta. La protesta se funda en la esperanza, en efecto. ¿Y cuál es mi esperanza? Sencillamente, que las cosas no sigan como hasta ahora. El hombre actual está literalmente aplastado por los poderes totalitarios en una triple vertiente: política, social y existencial. Las dictaduras, evidentemente, son una forma de esta presión, pero están también el poder del dinero, el poder de la organización, el poder de la publicidad y la propaganda, el terror atómico, el embotamiento que ocasiona el comunismo... La inteligencia sólo puede subsistir si tiene aire que respirar y hacerse problema de la realidad y preguntarse por su razón de ser.

Dimensión religiosa

—Siendo como eres católico, me sorprende que hayas excluido de tu novela la dimensión religiosa de la existencia. Supongo que lo haces deliberadamente. ¿Por qué?

—¡Cómo! No comparto tu punto de vista. No he excluido la dimensión religiosa. Jacinto reza lo que sabe: jaculatorias. Jacinto apela a los bienaventurados e v angélicos, pero no los hay o no le escuchan, bien porque también están encerrados en el seto, bien porque tienen miedo. No es extraño. Mi concepto de la sociedad cristiana como organización puede ser también pesimista, pero eso no quiere decir que la dimensión religiosa esté excluida del libro.

—Es posible, pero se manifiesta de un modo más bien solapado.

—Repara en que Jacinto es víctima de ese mal histórico, dragón de muchas cabezas, de que te hablaba antes. En este sentido, Jacinto simboliza al hombre de nuestro tiempo, inmolado a don Abdón, esto es, a cualquiera de las nuevas «religiones», mitos o ídolos. En este aspecto, el libro es denunciador de una idolatría, cuya finalidad es el aniquilamiento del hombre. Estos dioses son insaciables e implacables, y es obvio que yo, el autor, no creo en ellos y que si escribo es para intentar derribarlos, para prevenir a los Jacintos incautos e inocentes. La vertiente religiosa de «La

parábola del naufrago» me parece, pues, evidente.

—¿Una vertiente cristiana?

—Naturalmente. Mi postura es cristiana, ya que religión —y falsa— es la de don Abdón, y yo ante ella me muestro ateo, puesto que no creo más que en Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Ahora bien, Jacinto, ¿es cristiano? Su ficha nos dice que sí, que Jacinto es «cristiano desconcertado». No es preciso concretar las razones de su desconcierto o, mejor dicho, es preciso velarlas para no arrebatarse al libro sus posibilidades sugeridoras. Yo expongo la parábola, no la explico ni la desentraño. Mi deber no va más allá de exponer las situaciones apocalípticas a que conduce el culto al hombre; es el lector quien debe decidir cómo librarse de ser Jacinto San José.

Pesimismo

—Un punto a aclarar: la novela, ¿refleja una concepción total, fatalista y pesimista del mundo o solamente una crítica de nuestra civilización? Y en el segundo caso, ¿engloba a la civilización o solamente a algunas de sus formas, concretamente las materialistas y totalitarias?

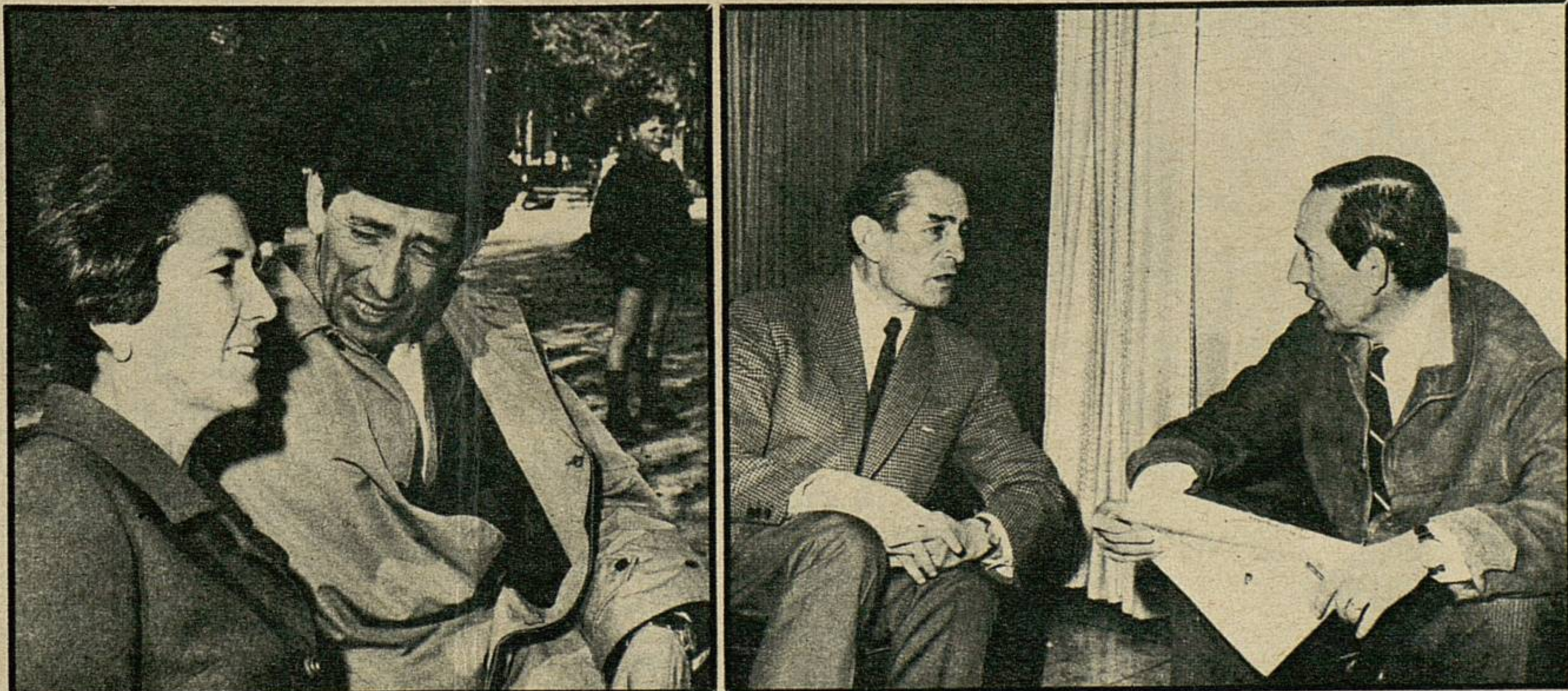
—Ambas cosas. Revela a la vez una concepción pesimista del mundo y una crítica de la actual civilización. Ahora bien, el marxista dirá que don Abdón y su oficina representan el capitalismo y el conservador dirá que constituyen los símbolos obvios del comunismo. Los dos tendrán razón. Entre un sistema y otro me quedo con el del medio.

—Don Abdón, ¿simboliza el poder o una manera de ejercerlo?

—Exactamente una manera de abusar del poder.

—¿No temes que el lector que quiera sacar conclusiones desemboque en el anarquismo o en el nihilismo? El poder, tal como hoy se ejerce, independientemente de los regímenes políticos, atenta, aunque en distinto grado, a la libertad y a la integridad de la persona. Por lo que yo deduzco de lo que ocurre a tus personajes, Genaro y Jacinto, el querer mantener intacta, es decir, libre, la personalidad, su-

(Continúa en la pág. 31)



Miguel Delibes, entrevistado por Manuel Cerezales. En la otra fotografía, el novelista con su esposa.



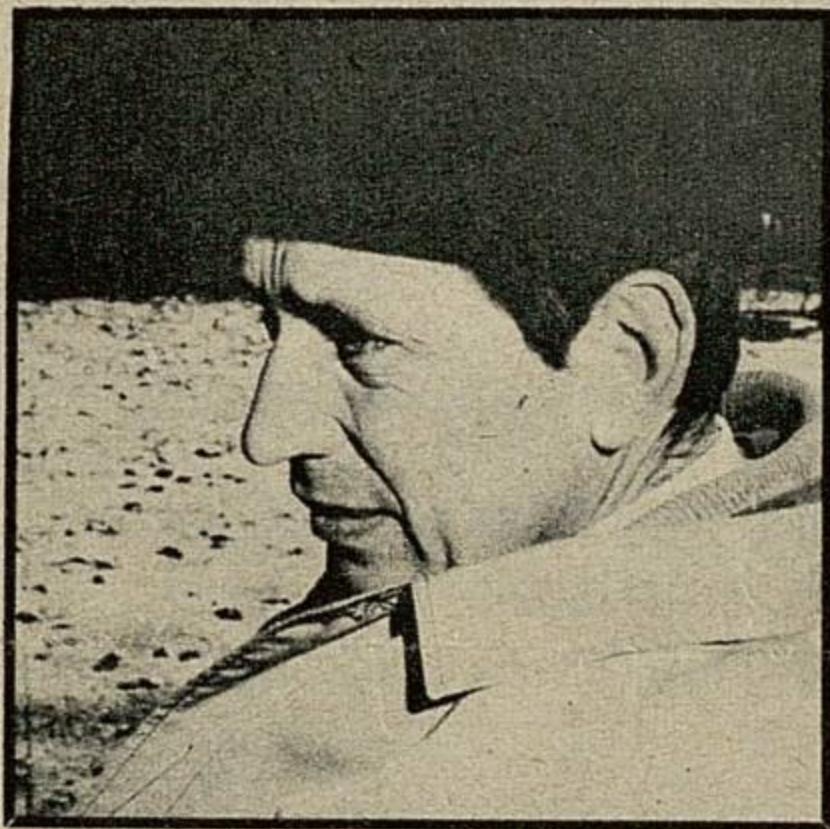
FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

MIGUEL DELIBES

El libro es denunciador de una idolatría, cuya finalidad es el aniquilamiento del hombre.

pone su aniquilamiento. ¿No existe un término medio, un espacio posible de acomodación y convivencia?

—No creo que este libro incline a nadie al anarquismo ni al nihilismo, sino más bien hacia un mayor respeto por el hombre y sus derechos. Evidentemente, la libertad sin cortapisas es utópica, pero ni el pobre Genaro ni el manso Jacinto han clamado por la libertad absoluta. Para ser exactos, la degradación de Genaro se produce porque pregunta si no será preferible a tener una cama esperándole en el sanatorio, que le eleven el sueldo para alimentarse mejor y no tener que utilizar aquella cama, y la de Jacinto porque pregunta qué es lo que suman en la oficina. Ni una ni otra pregunta me parecen subversivas, e imagino que otro tanto le ocurrirá al lector. Entonces es más probable que el lector se incline a tomar partido en favor de los derechos humanos que al nihilismo. Y únicamente cuando aquellos derechos estén garantizados podrá pensarse en ese



«espacio posible de acomodación y convivencia». A este respecto, te ruego recuerdes la reciente frase del cardenal John Heenan: «Poner en discusión a la autoridad no significa ser anarquista».

La Naturaleza

—Abandonemos, querido Delibes, este terreno resbaladizo y vayamos a una cuestión de carácter más personal; la pesadilla del naufrago y la del seto, aparte su significado trascendente, ¿asimilan alguna vivencia personal?

—Mis propias pesadillas. —La Naturaleza, vista a través de tu novela, y a pesar de sus espléndidas descripciones —espléndidas y en algunos momentos de una fuerza insuperable, alucinadora—, no es un lugar idílico. El simple hecho de que la opresión esté representada por la pesadilla del seto proliferante le da a la Naturaleza una apariencia hostil y agresiva. Más que un lugar de descanso y contemplación, es un refugio a la huida. Pero un refugio ilusorio. El hombre no se libera con el retorno a la Naturaleza. Y como no se apoya en la esperanza sobrenatural, nos encontramos en un «huis clos».

—No. Esto es lo tremendo. La Naturaleza cada día libera menos. Cada día es menos natural la Naturaleza. A los peces de los ríos les envenenan los detergentes; hay mareas negras y playas donde uno no puede bañarse, porque están invadidas por los residuos fabriles; los insecticidas salvan a las lentejas y matan a los insectos y a los pájaros que se alimentan de insectos;

las patatas saben a nabos... En «La parábola del naufrago» hay una Naturaleza hostil, una Naturaleza que se revuelve contra el hombre, muy alejada de la estampa bíblica. En otros aspectos, otra cabeza del monstruo, sin duda.

—No hay, pues, esperanza... —¡Y dale, Cerezales! Las consecuencias religiosas que extraes son forzadas. En cierto modo, «La parábola del naufrago», salvadas todas las distancias, es una especie de «huis clos», pero con un sentido muy distinto. El hombre de fe (y Jacinto ya te he dicho y está claro que lo es) tiene siempre una puerta abierta, lo que no es óbice para que luche por sobrevivir y se angustie ante los progresos del cerco.

—Como era de esperar, y debido a las metamorfosis de los personajes y al clima de angustia de la novela, los comentaristas han sacado a relucir el nombre de Kafka. ¿Has querido parodiar a Kafka o hacer una crítica irónica del «kafkismo»? ¿Sientes alguna clase de afinidad con Kafka?

—No, en modo alguno he intentado una parodia kafkiana. Por otro lado, la metamorfosis de Kafka se opera en la abstracción, mientras las metamorfosis de «La parábola del naufrago» obedecen a motivaciones concretas y del día; es una sátira.

Razones

—¿Supone tu novela un cambio en tu línea realista o representa un momento de evolución? ¿O quizá la forma simbólica no ha sido más que un recurso o, por decirlo de otro modo, un subterfugio expresivo, una manera de dar a entender lo que de otra manera sería difícil o arriesgado decir?

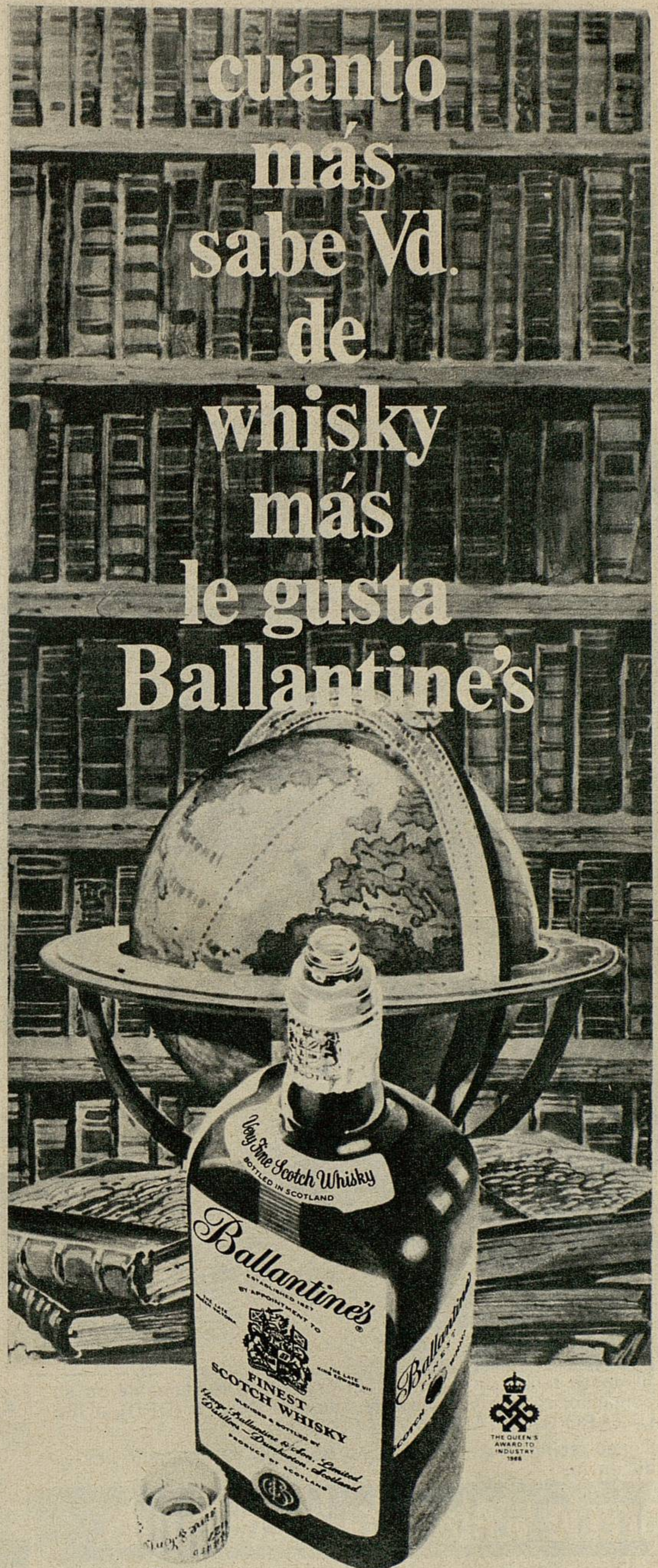
—He dicho otras veces que soy incapaz de convocar a un tema. Me limito a atender a aquellos temas que me convocan a mí. He ahí que no pueda predecir mi futuro literario. Por otro lado, cada tema requiere un procedimiento, y en el caso de «La parábola del naufrago» la obsesión de acoso procede de tan diversas vías que opté por formularla mediante una pesadilla. También influyó en ella la razón a que aludes.

Delibes, al llegar aquí, me mira con recelo. Piensa seguramente que ando buscándole los cuatro pies al gato y muestra cierta impaciencia. Podríamos seguir sacándole punta —muchas puntas— a la novela, pero las preguntas y respuestas que quedan sin formular debe de hacerse-las el lector. Recordando que en sus pesadillas Jacinto San José, cuando se encuentra en el momento más angustioso de una situación, piensa que otros lo estarán pasando todavía peor, le disparo el último interrogante:

—¿Tiene para ti el sufrimiento algún sentido? ¿No queda otra evasión que pensar que «otros están peor», es decir, que todavía se puede sufrir más?

—Como cristiano procuro aceptar resignadamente los sufrimientos inevitables y luchar contra aquellos otros, arbitrarios y gratuitos, que imponen a los hombres otros hombres o una sociedad deficientemente organizada.

MANUEL CEREZALES



cuanto más sabe Vd. de whisky más le gusta Ballantine's

embotellado en Escocia... (sólo en Escocia!)

S Y LAS LETRAS

PARABOLA DEL NAUFRAGO

ULTIMA NOVELA DE MIGUEL DELIBES

Por MIGUEL ANGEL PASTOR



MD

Las novelas, y en general los libros de Miguel Delibes que aparecen después de «Las ratas», han de hacernos creer muy fundamentalmente que la ya copiosa labor de este escritor puede ser dividida en dos etapas claramente delimitadas. La primera de ellas termina exactamente con «La hoja roja», novela en la que se reconocen esos fermentos de insatisfacción social, ya casi cristalizados en «Las ratas», dramático alegato del abandono y la miseria de los pueblos de Castilla. El sentimiento crítico se afila en «Cinco horas con Mario», radiografía veraz de las clases medias españolas, en donde Delibes toma partido frente a la hipocresía de una sociedad y se acusan sus esenciales preocupaciones: execración de la guerra, repulsa contra toda forma de dominio que ahoga la personalidad humana, asco por las componendas turbias, denuncia de la masificación que trae cualquier exacerbado consumismo, defensa de la originalidad del ser ante las disgregadas fórmulas del «modus vivendi» tradicional y consagrado, esperanza por un mundo mejor, remozamiento de una religión petrificada e institucional...

Los personajes que, a lo largo de su carrera, fué creando el novelista, participaban, en uno u otro sentido, de ese talante. Los héroes de «La hoja roja» se asoman a la hosquedad de un universo en el que no hay sitio para quienes han dejado de ser útiles; Lorenzo, el cazador y el emigrante, es la fresca voz del pueblo pugnando por hacerse oír en un tiempo que pregona cambios radicales, pero éstos y otros tipos pertenecen sin duda a una etapa en la que Delibes se centraba muy escuetamente en transmitir a los demás la trilogía de valores que constituyen, conforme a su peculiar forma de novelar, el hombre, la pasión y el paisaje.

Desde un ámbito estilístico no se han producido cambios sensibles. Las tres postreras novelas escritas, «Las ratas», «Cinco horas con Mario» y esta «Parábola del naufrago», proclaman la primacía absoluta del hombre, en tanto el acostumbrado vigor descriptivo de Delibes incorpora excepcionales pinceladas paisajísticas y la pasión sigue siendo el nudo que hay que desarrollar. Lo que ocurre es que los protagonistas van a encarnar, en cada una de las circunstancias, un comunitario destino. Y, juzgando el empeño sucesivo de estos tres trabajos, «in crescendo». El pequeño ratero llenará con su temprana madurez la vida inmisericorde de los burgos apenas sin vida; Mario alzaré su intransigente honradez ante la mediocridad de la ciudad de provincia, en tanto Jacinto San José, sa escalofriante invención de Miguel Delibes, asume toda una categoría de símbolo de nuestra época.

Lo primero que hay que destacar es la fertilidad del autor castellano, difícilmente encasillable, «a priori», como alegremente han pretendido hacernos ver, en el aspecto de creador en única dirección, algunos tratadistas. He aquí a un Delibes distinto, desconcertante, dueño de un lenguaje riquísimo de inflexiones, de sutilezas, incluso poseedor de una ironía idiomática cercana a la heterodoxia académica. La misión del creador, que lo es, no debe reducirse a ahondar en lo ya tanteado. Debe buscar formas de comunicación con sus lectores, capaces de hacer de sus invenciones hallazgos, con los que transmitir a los demás eso que se entiende con la ya manoseada palabra mensaje. «Parábola del naufrago» aporta una construcción inédita en Delibes, en la que, hay que decirlo, cambia la forma de narrar, no el contenido, no el realismo, no la tersura conceptual, no el rigor y el empleo de un castellano de la mejor ley. Hay incluso, y con todos los riesgos de accidentalismo que queramos una interpolación sarcástica contra esas teorías de renovación del lenguaje, propugnadas por algunos críticos de ésta y la otra frontera de la lengua, en la que Delibes fustiga sin piedad el carácter «snob» de la lengua sincopada, la «kubanización» del cas-

tellano, el desatino de unas normas que quieren enraizarse sin contar con el pueblo. Repito que se trata de un inciso dentro de este libro extraño y espléndido, pero que nos sirve para demostrar la calidad del humor en Delibes. Posiblemente, y lo escribo tras meditarlo mucho, no se hayan escrito unas páginas de literatura humorística de tan rica sustancia desde hace muchos años en nuestro país como las que Delibes nos ofrece en una parodia de ese idioma que pretende descubrir Jacinto San José.

«Parábola del naufrago» es, por sobre todo lo que tal vez signifique en cuanto a sólida aportación técnica, la angustiada respuesta del autor al reto múltiple que nuestro tiempo lanza al hombre como ente individual. Podríamos, quizá, pensar que la conclusión amarga de esta novela, cuyo pesimismo vital no cabe negar, tiene raíces en el nihilismo de la hora y que la misma está entroncada en el absurdo, la pasión inútil, la corrupción de los existencialismos y la nada como origen y fin. Posiblemente cometeríamos un grave error. La tesis de Delibes, con un fondo kafiiano imnegable, con un trasunto de la preocupación por el destino del hombre como ser trascendente, quiere agarrarse a todos los condicionamientos que coartan la libertad del ser. Es el grito desesperado y veraz ante ese doblegamiento de la humanidad encadenada, unas veces a su pesar, otras incluso con complacencia, por las múltiples ataduras de la sociedad de consumo, la negación de lo más limpio y auténtico del individuo, el falseamiento de la verdad. Nunca como en este libro, que por su carácter de parábola y el sentido simbólico adoptado ha permitido al escritor una excepcional libertad de movimientos, Miguel Delibes ha calado tan hondo en lo que de destructivo existe al socaire de una convivencia monstruosamente formada. Don Abdón y sus adláteres lo significan todo: el despotismo desde el poder, el paternalismo a ultranza, el culto reverente a la personalidad, el ordenancismo, la meticulosidad tecnocrática, la barbarie institucionalizada, la gran esponja que anula cualquier sentimiento de originalidad, cualquier rebeldía frente al rebaño.

El proceso de transformación de Jacinto, un magistral estudio de metamorfosis, y que ocupa gran parte del libro, va a resolverse desalentadoramente. ¿Podíamos, tal vez, pedir otro final al escritor? Honradamente creemos que no. La amarga lección que extraemos no es fácilmente intercambiable.

Es una lástima que, tras unas cuartillas dedicadas a intentar un somero análisis del libro de Delibes, apenas haya arañado el tema. La complejidad de ese mundo retratado fielmente, con una mitología asombrosa y delirante, en donde cada matiz ha sido registrado escrupulosamente, en donde desfilan sentimientos y pasiones, claudicaciones y cobardías, terrores e indignidades, no es fácil recogerlo en una nota apresurada.

¿Es «Parábola del naufrago» el mejor libro de Delibes? Ciertamente uno no lo sabe. De lo que estoy seguro es de que esta novela es la que con más dolor ha escrito Miguel Delibes. Por eso, seguramente, me ha conmovido más. Durante varios días esos atormentados personajes de la trama, Jacinto, Gen, César Fuentes, no se han ido de mi imaginación. Y es que, con todo lo simbólico del tema, esa ternura que Delibes disfraza de crueldad, se nos mete muy dentro.

M. A. P.

DELIBES Y MATUTE, DE 1948 A HOY LA CRITICA DE MONTESINOS A LA OBRA DE PEREDA

(Viene de la pág. anterior.)

sus caminos por las incitaciones de la crítica; cuanto de condicionado y, por tanto, de perdido por las sumisiones a prejuicios y cuanto, también, de ejemplar en sus relaciones con los escritores de su tiempo. No es, ni mucho menos, un panegirico, pero tampoco una demolición. La prueba está en que le ayuda —y el autor lo agradece vivamente— un erudito santanderino —tan fiel a la erudición como a la tierra— como Ignacio Aguilera. Montesinos concluye que Pereda fué uno de esos casos de aquella espaciosa y triste España en que Castilla hace sus hombres y los gasta; mas lo peor aquí es que gastó al hidalgo montañés sin llegar a hacerle. Oído a la lección.

MIGUEL Delibes, en la fase iniciada con «Cinco horas con Mario» (que es una agudización algo caricaturesca de la crítica histórico-social a través de monólogo interior que, ciertamente, ya tenía fragmentariamente experimentado), se ha lanzado a una nueva prueba, a un ensayo más audaz. Su última novela «Parábola del naufrago» (Destino, Barcelona, 1969) es eso; una parábola, pero una alegoría grotesca, con una ideación onírica y experimental en la forma que, dicho sea en seguida, no se aparta demasiado, o nos evoca un cuadro realista de sordideces cotidianas que con los personajes que él da y una oficina corriente y moliente podemos trivializar en seguida.

HA tomado el mito kafkiano de la metamorfosis que él lleva al colmo de lo grotesco a través de un virtuosismo descriptivo que de puro grotesco no llega nunca a ser todo lo dramático que el autor quisiera; ver a Gen convertido a perro y a Jacinto—al buen y probo Jacinto—que en el pecado de haber querido pensar y criticar sólo un poquito, termina, con el final de la novela, dando balidos por el bosque, nos resulta, antes que otra cosa, divertido y más todavía con ese juego de puntuaciones e intentos de destrucción del lenguaje que, como se dice—y no acabo de creerlo—en la solapa, es una sátira contra las nuevas formas de la novelisti-

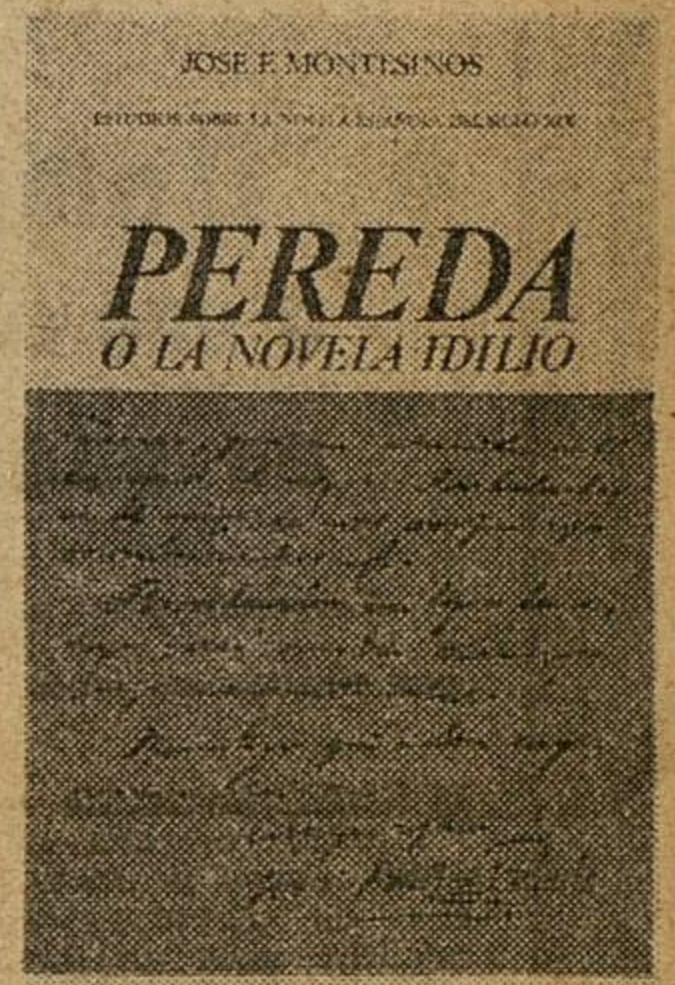
ca. (¿Pongamos, por ejemplo, más a mano, la de la nueva novela hispanoamericana?)

LO mismo que Pereda—según nos muestra Montesinos—, salvando todas las distancias, diferencias que haga falta—cuando salía de la Montaña a la capital, y no para poner más carga crítica, sino por demostrar que también tiene imaginación y juego de muñeca verbal; salir de su tradicionalismo formal, en el que había también bastante «novela idilio», aunque en sus manos dieron piezas realmente ejemplares.

DESDE luego que no es un libro escrito a humo de pajas. En realidad es un cuento de humor en el que, las

libes no ha entrado de lleno. Se le queda en un ejercicio muy divertido y muy interesante y, seguramente, muy prometedor para obra de más fuelle y de más esqueleto que ésta. Debo añadir que el estilo de Delibes y sus observaciones costumbristas —¡inolvidable partida de parchis!—, tienen en esta ocasión un lucimiento que llega al colmo. De modo que el fervor de Kafka por la orilla del Pisuerga no ha sido enteramente infructuoso.

LA trampa» (Destino, Barcelona, 1969) es la tercera de una trilogía que lleva el título «Los mercaderes». Creo haber dicho otra vez que toda la novelística de Ana María Matute es un recorrido memorístico —«Primera memo-



abstracciones grotescas, así como las meditaciones de su personaje principal, tratan de ensanchar el pobre caso original, seguramente bien concreto, a una representación, a una simbolización de aplicaciones para todos los gustos, siempre que falte el aire de la libertad, de la iniciativa, del desarrollo de la personalidad. Hay precedentes—a más del kafkiano, cuyo simbolismo alucinante aquí se pierde con la repetición—en el teatro y en la novela mundial de estos grotescos. En realidad lo lleva toda la llamada literatura del absurdo. Pero con todo su virtuosismo y su gracia, yo creo que De-

la» se llama la primera de esta trilogía— por las azaras intuiciones de la infancia con las huellas de una guerra a través de las cuales su reflexión se polariza en una crítica de defensa de todo lo que la infancia significa como valor inmarcesible del alma. Se ha discutido mucho sobre su lirismo, hecho de fulguraciones verbales, temiéndolo, cuando privaba el realismo más primario, que apartara en mucho su conciencia de la realidad. Pero este lirismo ha prevalecido en ella, y a través de él, de sus acumulaciones expresivas o de sus elípticas alusiones, ha ido formulando su propia técni-

ca, que llega a colmo de depuración en tiempos casi musicales en esta novela, donde el espacio y el tiempo se confunden en lo que ella llama un «diario en desorden». Puede que a veces esta misma musicalidad y lírica expresividad resulten demasiado monótonas o demasiado alejadas de la dureza y requerida testura de la prosa narrativa, pero a través de ellas se suceden planos fugaces e incisivos de hondura narrativa y de implicaciones tremendas de crítica social, histórica, familiar. Se trata de defender a través de todo ello personas individuales en su actuación presente o en el recuerdo; la presente o en el recuerdo: la de un hijo que pronto empezará también a recordar. Lo mismo que Carmen Laforet, lo mismo que Elena Quiroga en «Tristura» y «Escribo tu nombre» hay pocas veces en que a través de una sociedad cercana se muestran tan acerbamente los sufrimientos, las repulsas, la rebeldía de una conciencia frente a su tiempo sin que por ninguna parte aparezcan el recurso del pormenor histórico minuciosamente agotado, el panfleto político, la denuncia formulada en términos de ideología concreta. Es en Ana María Matute la voz persistente, líricamente alzada, de lo infantil torturado que continúa en el alma. Y no sólo en la historia, sino en la vida misma, en la existencia...

QUEL DELIBES

CUANDO KAFKA HIERVE EN VALLADOLID

RE comentando, sucesivamente, el acontecimiento: la renovación, cambios formales o de perspectiva, evolución o maduración de los novelistas que han figurado preeminente en estos últimos años. De la promoción de los años cincuenta y también —como hemos de ver muy pronto— anteriores.

SE me brindan ahora dos casos de novelistas coetáneos, pertenecientes al comienzo de lo que se llamó hace bastante —y Nora recogió en su libro esta calificación— la «nueva oleada»: Miguel Delibes y Ana María Ma-

en la movieda actualidad— sobre la novela española de nuestros días en sus más significativos obras y nombres. Montesinos, en su «Pereda o la novela idilio» (Castalia, Madrid, 1969), como sus estudios sobre Fernán Caballero, Valera y Galdós o el conjunto de toda la novelística de aquel siglo, nos muestra, con la lectura más atenta y la hermenéutica más fiel, lo que de positivo y de retardatario, de original o de mostrenco, de valioso o descaecido hay en aquel gran impulso narrativo español dentro de la historia general de la novela. Naturalmente que él vuelve los

ojos hacia sesenta, setenta, ochenta y más de cien años atrás, y nosotros tenemos que operar con lo que se ha escrito y se está escribiendo ante nuestros ojos. Su obra es una información y un juicio que aspiran a definitivos y esclarecedores (para mí lo van siendo), en tanto que lo nuestro es de constatación, adivinación, estimación de esfuerzos y de logros sobre la marcha. Pero hay algo en su faena que nos sirve de lección y de piedra de toque y algo que irremediamente le une a la nuestra: en primer lugar, el seguimiento en cada autor, como si fuera en vivo, de la vocación, talante, asimilaciones y posturas en un tiempo en que la novela española quiere decir que lo es con especial energía; en segundo, que no está tan lejos aquel periodo como para que

- El lirismo como técnica en Ana María Matute
- Castilla gastó a Pereda sin hacerle

tute. Esta más joven, pero muy temprana, pues da su primera novela en 1948, «Los Abel», cuando Delibes obtiene el Nadal con «La sombra del ciprés es alargada» en el mismo año. Y no sé por qué extraña casualidad cae en el campo de mis lecturas y anotaciones el «Pereda o la novela idilio», de José F. Montesinos. No es tanta la casualidad si se piensa que los tres libros se han publicado con muy poca diferencia de meses; pero lo es para mí que las reflexiones del profesor español en Berkeley, hechas con inapreciable aparato erudito, sobre la novelística decimonónica me vengán cuando trato de profundizar lo más posible —todo lo posible



Dámaso SANTOS
escribe de

LIBROS

el ilustre profesor no se plantease igual que nosotros ahora lo que es una novela o un estilo narrativo conseguido, lo que son las ideas en la novela y lo que el viento de los tiempos obliga a elegir en una u otra forma de narrar. Me complacía en subrayar aquí recientemente aquel estudio del profesor norteamericano Eoff, donde son analizados a la vez Pereda y Dickens, la Pardo Bazán y Blasco Ibáñez con Zola, y entre otros, Sartre y Sender... ¿Hay en esta novelística más cuajada nuestras respuestas que merezcan análisis cuidadoso, aunque sea tan someramente como en las páginas de un periódico?

DIGO antes de nada que «Pereda o la novela idilio» nos muestra cuanto de acertado y cuanto de frustrado hay en Pereda por seguir su propio impulso; cuanto de revelador en

(Pasa a la pág. siguiente)

MIGUEL DELIBES

El lector de Miguel Delibes; lector que suele esperar con interés, e incluso con avidez, cada nueva obra del gran escritor valisletano, se sentiría sorprendido al avanzar en la lectura de las páginas de «Parábola del naufrago», su última novela. En esta obra Delibes ha procedido a una ruptura poco menos que total con su módulo anterior. No decimos que definitiva porque a lo largo de toda su obra este escritor ha ido acentuando una intención crítica, analítica, que en «Cinco horas con Mario» se traduce en una de las más lúcidas y penetrantes denuncias de los males que aquejan, condicionándolo, a un estamento social definido, y que en «Parábola del naufrago» se convierte en una patética llamada, en un grito angustioso del hombre víctima de una sociedad de consumo, despojado de su entidad individual, e inmerso en una sociedad mercantilizada, injusta en su despotismo, corrompida en su ambición, feroz en sus procedimientos, impia cable en el sistema.

Delibes se ha alejado con esta novela, sensiblemente, del ambiente definidor de sus obras anteriores. Ha dejado el campo castellano, vital y apasionante del cazador Lorenzo; también ese mismo campo mesetario, injusto y duro en una de sus facetas tal y como se refleja en «Las ratas». Ha apartado igualmente—de momento al menos—su mirada de la sociedad media española, tan admirablemente analizada en dos de sus títulos más importantes; y lo ha hecho para fijar su atención, con una sagacidad insólita, una penetración sobrecogedora, en el hombre de nuestro tiempo, ese individuo que todavía, quizá, no ha empezado a reconocerse como es o como está a punto de ser y que el escritor denuncia o anticipa con la capacidad premonitrice que los auténticos creadores poseen. Delibes, como un rey Midas que convierte en oro cuanto toca, ha avanzado por un campo hasta ahora extraño a él—consecuencia, sin duda, de una actitud humana a la que la honradez más absoluta no es ajena—y el resultado es un libro con un contenido hasta ahora inédito en nuestra lengua, al menos con ese rigor, esa profundidad que a «Parábola del naufrago» definen.

La preocupación, frecuente por parte de la crítica, de encasillar a todo novelista dentro de unas características determinadas, había situado a Delibes dentro del contexto de un realismo hispánico del que le sería difícil, presuponiendo, escapar. Muchos, incluso, llegaron a pensar que, novelista de no muy brillante imaginación (no obstante haber demostrado su rica veta en este sentido en sus títulos fundamentales), estaba forzado a reflejar,



si bien de manera maestra, su mundo circundante, su experiencia esencialmente vital. «Parábola del naufrago» ha venido a demostrar que Delibes, permaneciendo fiel en cierto modo a su realismo hispánico, es capaz de una inventiva y, lo que es más importante, todavía, de la elaboración con valiosos materiales personales, personajes de una entidad, aun dentro de su humanidad metafísica, y del mundo que los integra y configura. El antecedente, puesto que toda obra, en puridad, lo tiene, de «Parábola del naufrago», habría que buscarlo en Kafka. También aquí se opera una metamorfosis. También en esta ocasión, por parte del autor, se da una infinita misericordia hacia el ser humano; igualmente la realidad se deforma para fundirse en una pesadilla; pero Delibes transfiere a este mundo novelesco un carácter, una personalidad que lo diferencia sensiblemente de todo antecedente más o menos inmediato, como puede serlo un Kafka o un Bellow. Lo que hay de común entre Delibes y el novelista checo es sin duda la actitud moral, esa preocupación por el destino del hombre en lucha por la consecución de su propia libertad y frente a los condicionamientos que lo someten, inflexibles, hasta obligarle a huir de su propia piel en un, por supuesto, inútil y desesperado esfuerzo. El proceso de metamorfosis de Jacinto, de ese periplo biológico que también afecta, metafísicamente, a Gen, o a César Fuentes, aparece reflejado en el libro con todo el patetismo que encierra. Seres inmersos en el caldo de cultivo que segregan don Abdón y sus secuaces, son víctimas propiciatorias del despotismo, del abuso del poder, de la tecnocracia al servicio de la idea opresiva, de la barbarie institucionalizada a fin de que el rebaño vaya por la senda que se le marca.

Delibes nos da con «Parábola del naufrago», una de sus novelas más originales e importantes y, consecuentemente, una de las novelas más representativas de nuestro tiempo, en la que subsiste latente un sutil humorismo; un sentimiento bajo la idea y la representación paradójica de una sociedad que ha prescindido de la justicia, de la caridad y hasta—o sobre todo—del amor. El escritor ha adaptado también, sabiamente, su estilo con el fin de amoldarlo como un ropaje perfecto al cuerpo de la trama. Pero el estilo, dentro del realismo hispánico, parece como en él es norma: templado en la mejor prosa, rico en la descripción, con momentos tan definidores como la partida de parchís, páginas realmente magistrales. Si importante es en Delibes su rigor formal, su fidelidad a unos principios estéticos, no lo es menos en una fidelidad a unos valores éticos, que es decir, humanos. De esta humanidad angustiada que el novelista analiza a través del prisma de su poderosa capacidad de penetración.

CASANOVA

ME GUSTARIA SABER...

arte * literatura * teatro

ARNALDO.—¿Qué factores influyen para que se conceda el premio Nobel generalmente con tan poco tino? ¿Por qué se lo dieron a Benavente y en cambio se lo negaron a Baroja, Unamuno, Ortega y otros? ¿Qué escritor, a su juicio, se lo merece actualmente extranjero y español?

R.—Extraigo de su larga carta las preguntas concretas y que, según usted se formula toda persona interesada por cuestiones literarias. Acerca de la concesión del Nobel es evidente, que en las decisiones de la Academia sueca influyen factores de tipo político. Entendámonos: no de la política al uso—o al menos en una medida considerable—, sino de conveniencia por una serie de consideraciones y condicionamientos a los que no son ajenos la simpatía. Habitualmente se concede, no a un nombre, aunque sea el destinatario, sino a un país. Una especie de rotación a la que, insisto, no son ajenas las preferencias por razones de simpatía o sentimentales. Esto no es obstáculo para que, en general, el premio recaiga sobre una figura de indiscutible talla. Si acaso habría que reprochar a la Academia sueca que otorgase el Nobel de Literatura a Cruchill, primero, porque la obra de éste en el campo literario, no tiene la importancia que reviste en el histórico; segundo, porque la concesión fue por manifiestas razones políticas.



La concesión del Nobel a Benavente está siendo motivo de revisión actualmente por parte de muchos de los preocupados por estas cuestiones. Lo considero injusto. La decisión de la Academia sueca fue acertada. Veamos las razones. Al comprender que España, uno de los países más importantes dentro del campo creacional literario, estaba siendo olvidada, hubo el propósito de subsanar este olvido. Posiblemente en el concepto de los suecos, acaso motivado por el rico antecedente del Siglo de Oro, lo que prevalece en nuestra creación literaria de un modo mani-

festo es la dramática. Es significativo que después de Echegaray, un dramaturgo, se concediese el Nobel a otro: Benavente. Puestos a elegir el hombre, ¿qué mejor que destacar al autor más visible, por importante, del teatro de habla hispana de su tiempo y de medio siglo? Porque Benavente, querámoslo o no, fue, durante cincuenta años, el autor de más relieve del teatro de habla española, a mucha distancia de los que le seguían, y al que, por cierto, imitaban. No concederle el Nobel a Galdós, sobre todo (y estuvo a punto de conseguirlo, faltándole un solo voto), fue injusto, como lo merecían Machado, Baroja, Unamuno, Ortega y Gasset y alguno más. Los suecos fueron a una simplificación. Posiblemente pensaron que en aquel momento—y así era—en el mundo había novelistas, filósofos y poetas tan importantes como los nombres que tenían que barajar en España y prefirieron dársele a la figura española indiscutible de una de las ramas de la literatura, que es el teatro y que constituía con Bernard Shaw y Pirandello el triunvirato de grandes dramaturgos de su tiempo. Shaw y Pirandello también recibieron el Nobel. Claro es que a los escritores mencionados pudo otorgárseles el preciado galardón antes o después que a Benavente, pero debido acaso, a otras preferencias por parte de los académicos suecos o a que España no se prestó, por los organismos correspondientes, el debido apoyo a la petición, lo cierto es que se advierte, en cuanto a los premios concedidos, un trato discriminatorio en perjuicio de nuestro país, es decir, de lo que dentro de la creación literaria universal significaban esos nombres. No promocionar a Baroja unos años antes de su muerte fue sangrante; proponer, en cambio, a nombres de segunda o tercera fila, resultó grotesco. No echemos, pues, culpa de tal estado de cosas a los de fuera, sino que admitamos una vez más que en cuestiones literarias en España se ha actuado siempre con una cerrazón mental sobrecogedora, circunstancia a la que no es ajena aquella frase inquisitorial, según la cual había que «desenterrar de la mente de los españoles la funesta manía de pensar».



Y, por último, puesto en la disyuntiva de elegir un solo escritor extranjero y español merecedor, a mi juicio del Nobel, la respuesta es: Moravia y Miguel Delibes. Con la particularidad de que si admito que, en el primer caso, cabría otro nombre, en el segundo, difícilmente.

CASANOVA



DIA TRAS DIA Notas a una parábola

Miguel Delibes ha escrito una novela terrible. Terrible parábola, la parábola del naufrago. ¿Que se exagera? ¿Que eso no es así? Es una parábola. Hemos terminado la lectura, interrumpida muchas veces, con la lengua fuera, sin respiración. Ya Angeles, la mujer del novelista, antes de conocer yo «Parábola del naufrago», me había dicho que era una novela difícil, muy difícil. En efecto, lo es. En las primeras páginas se pregunta el lector: ¿qué es esto? ¿Acaso una tomadura de pelo? Y cuando uno acaba la lectura, no tiene más remedio que exclamar: ¡menuda tomadura de pelo! ¡Sí, sí, para tafetanes está el naufrago de la parábola.

Libro difícil, porque probablemente está concebido en un duermevela, en muchos duermevelas del hombre escritor, que se tira al ruedo de cabeza, pase lo que pase, para hacernos pasar un mal rato. Diríase que Delibes nos arranca la piel sin compasión, me atrevería a decir que brutalmente, utilizando todos los recursos de su excepcional talento literario, sin dejarse en el tintero nada de lo que va saliendo de su bárbara experiencia psicológica y social, en la que se mezclan planos de realidades y vivencias, superponiéndose tiempos y valores, hasta llegar a un final de auténtica tragedia. Una especie de fatalidad se va consumando inexorablemente, sin que falten en el relato notas de humor muy ácidas y cuchilladas de una ironía que nos dejan patidifusos.

Yo diría que estamos en presencia de una novela tremendamente prensada, por la diversidad de fuerzas que en ella convergen. Crítica de las nuevas técnicas novelísticas, de las que acaso tuvo la «culpa» aquella inteligentemente rara Gertrude Stein, que alzó bandera para los narradores, como Pound la alzó para los poetas. Delibes, en algunas páginas, se ríe muy seriamente de ciertas técnicas, para reintegrarse en seguida a su estilo. Por fuera y por dentro. Novela difícil, pero novela a la vez de una claridad deslumbradora y, por lo tanto, «hiriientemente» cegadora.

Funcionan despiadadamente las excavadoras, las acuchilladoras, las perforadoras, y en ocasiones sentimos ganas de decir: «¡Me está usted haciendo sangre!» Y aquello se pone al rojo vivo. No estoy haciendo crítica, lectores. Son notas al margen. Nuestro idioma contrato —el contrato, para los iniciados—, adquiere con esta parábola reconocimiento literariamente oficial, sirviendo en algún caso para suavizar las frases crudas y las palabras malsonantes. Que de todo hay en la parábola, porque todo se dice, a menudo sin veladuras ni contratos.

Lo onírico va fluyendo alarmantemente. ¿Qué va a suceder? Y el seto. ¡Ah, el seto! La obsesión del seto nos abrumba. A todos a veces nos acerca el seto, que crece y crece. Nadie responde. Y sigue nuestra angustia. Nadie nos hace caso. Y aumenta nuestra congoja. Nadie nos echa un ca-

ble. Y se agiganta nuestro miedo. Y seguimos hundiéndonos. ¡Socorro! Sólo el eco, «orro», que es peor.

La riqueza de vocabulario es sencillamente asombrosa. Delibes sabe cómo se llaman las cosas: las cosas del campo, las cosas de los oficios, las cosas que nos salen al paso, cada una con su personalidad, sin que nosotros sepamos cómo se llaman. Lo sabían Cervantes, Lope de Vega, Mateo Alemán... Y lo sabe Delibes.

¿Parábola sin esperanza? ¿No hay ni siquiera una rendija de luz en esta cruel crítica de la sociedad actual? Yo creo que hay esperanza de la esperanza, que está precisamente en el silencio y que puede estar en la reacción del hombre. «Don Abdón» es un monstruo bien situado. Se puede leer a derechas y a torcidas. ¡Terrible capicúa! «Donabdones» de occidente y «donabdones» del Este. ¿No hay sitio para las bienaventuranzas? Tiene que haberlo. Delibes se ha despachado a su gusto. Ya sabe Miguel que yo no soy partidario de esas frases, de esas palabrotas, de esas... Pero hay que reconocer que la parábola, en su línea fundamental, es un grito terrible, sí, terrible, para que reflexionemos y nos demos cuenta. ¡Pobre Genaro! ¡Pobre Jacinto San José! «Parábola del naufrago», que a pesar de todo es una obra de arte colosal —«sólo para mayores, con espinas»—, le deja al lector molido a palos, para que el lector, como respuesta, se levante y ande. De otra manera, claro está.

¡Qué pueril ilusión!

A propósito de la última novela de Delibes, "Parábolo del naufrago", escribía en las páginas literarias del diario "Madrid" (12 de noviembre), el crítico Federico Carlos Sáinz de Robles: "No faltarán los críticos jóvenes, tan amantes de todas las revoluciones —¿intenta Delibes congraciarse con ellos para que le exceptúen de sus violentas repulsas genéricas?— que le jalearán su supuesta ruptura con lo tradicional, la puesta a punto de su talento novelesco al servicio de los hechos sociales agobiantes. ¡Qué pueril ilusión! Yo recuerdo siempre a mis jamás renovadores y perpetuamente distintos, porque no la for-



Delibes.

ma, sino el alma, canta lo distinto: Antonio Machado, Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna, Ramón Pérez de Ayala..."

Hasta leer a Sáinz de Robles yo no había entendido bien las distinciones entre críticos viejos y jóvenes (para salir al paso de cualquier suspicacia aclararé que no soy crítico, ni joven). En cuanto le leí, pensé: "Este es un crítico viejo." Y conste que no lo digo en tono peyorativo, sino para que nadie le vaya a confundir con esos turbios grupos "amantes de todas las revoluciones". Además, el propio Sáinz se define como viejo, por exclusión, frente a los jóvenes (los términos joven y viejo están referidos aquí a la postura intelectual y no a la edad). Y si esto no estuviera suficientemente claro, lo confirman sus propias tesis.

La novela de Delibes puede ser buena o mala (yo no entro a discutir su calidad), pero será lo uno o lo otro, como un todo. Porque la separación entre forma y contenido no ha existido nunca, a no ser en la mentalidad simplificadora de los componentes de algunas viejas escuelas interpretativas. La novela es una forma de investigación en el hombre y a medida que ésta avanza y se plasma formalmente sobre el papel va creando su propio contenido.

De todos modos, no quiero seguir por este camino para no tentar a Delibes y arrojarles en brazos de esos locos de Barthes, de Goldmann o de Lukacs. Seré el señor Delibes y evite deslizarse por las pendientes del más craso error. ¡Ya se lo advierte Sáinz de Robles!

Por otro lado, tengo que agradecerle a dicho señor una valiosa aclaración. Siempre había considerado el treatro de Valle-Inclán, la introducción de su esperpento, como una ruptura frente a Echeagaray y Benavente, pero resulta que Valle, según Sáinz de Robles, jamás fue renovador. ¡Qué pueril ilusión la mía!



«VISPERAS, FESTIVIDAD Y
DEL AÑO 1936»

CAMILO JOSÉ CELA

El retorno de

«... en política, suele decir, los errores de los pocos los pagan los muchos, las mentiras son aún más caras que los errores, la gente tarda en enterarse, pero al final descubre el error antes que la mentira. que con frecuencia baja a la tumba con el mentiroso; la mentira es la tapadera del error y de error en mentira esto va a acabar como el rosario de la aurora, y si no al tiempo. Si, mirate en el espejo y si eres capaz sonríete casi con asco, haz oídos de mercader de los cantos de sirena, de los soplos de los apocalípticos mesías y mírate en el espejo, todos los españoles debiéramos pasarnos horas y horas ante el espejo; haz almoneda de todo cuanto falazmente te dicen y mírate en el espejo una vez y otra sin descanso y sin cerrar los ojos; tú eres culpable, todos los españoles somos culpables, los vivos, los muertos y los que vamos a morir; no disfraces tu dolor de ira ni de miedo, tampoco de miedo; la ira y el miedo tienen más fuerza que tú, ya te atenazarán sin que los busques; sin que los riegues con tu llanto de conejo del monte, escupe de tu boca las palabras; vacíate de palabras, desnúdate de palabras, lávate de palabras, que todas quieren decir lo mismo, sangre y estupidez insomnio, odio y hastío, las palabras son como el arsénico, y el alma del hombre muerto se convierte en mineral inocente, en aerolito inocente, que vuela sin brújula y golpea sin malos sentimientos; perdónate a ti mismo las pocas palabras que pronuncias y guarda silencio, ya sabes, la palabra llama a la sangre es su espoleta...»

(Camilo José Cela: «San Camilo, 1936».)

AGRIO, severo, sarcástico, experimental y repleto de una ética individualista y desolada ya está en los escaparates el último libro de Camilo José Cela, la séptima de sus novelas y la de mayor envergadura también la tan esperada «Visperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936 en Madrid». Ya el propio título, prologado de modo desacostumbrado para un escritor de la vocación clasicista de Cela, muestra su afán de novedad, de ruptura. Ciertamente, en la portada del libro campea solamente el título abreviado: «San Camilo, 1936» pero esto no pasa de ser una acomodación. Lo cierto es que los dos máximos narradores del país —Cela y Delibes— acaban de publicar sendos libros insólitos, dos obras de incalculables consecuencias y que suponen un deliberado deseo de ruptura, de experimentación de acercamiento a las más arriesgadas técnicas expresivas de la literatura contemporánea.

De la última novela de Delibes «Parábola de naufrago» me ocupé hace dos semanas, señalando sus vicios, sus evidentes virtudes y su poderoso significado hacia el futuro. Hoy me toca hacerlo de «San Camilo 1936»; pero no quiero dejar pasar la ocasión sin subrayar lo sintomático de que estos dos escritores se hayan enfrentado casi simultáneamente con un mismo problema, y se hayan arriesgado —con resultados evidentemente muy diversos, pues se trata de dos libros diferentes— a abandonar sus bien ganadas posiciones, sus propias trincheras ya suficientemente establecidas para lanzarse a la aventura del descubrimiento, de la innovación. A mi modo de ver, ello tiene un

sentido evidente, clarificador: ambos narradores en plena madurez, son dos escritores absolutamente jóvenes, capaces de conectar con lo más renovador de la literatura actual. Cela y Delibes todavía se arriesgan, son capaces de aventura, la literatura todavía corre por sus venas de artista sin entumecerse y constituye algo vivo y revelador. En medio de este tiempo de confusión narrativa, esto es un evidente consuelo.

MD

UN DIA DE MIGUEL DELIBES



SE levanta por la mañana y juega con sus hijos. Ya sólo tiene en casa a los pequeños. Los otros andan por el mundo, por los Colegios Mayores, estudiando biología y cosas así. Miguel Delibes y su esposa, Angeles, tuvieron hace un tiempo el gran disgusto de que dos de sus siete hijos, un chico y una chica, se les quemasen con el aceite hirviendo de la sartén. La niña ha quedado tan guapa y el muchacho ha tenido problemas con el cuero cabelludo. El escritor y su mujer son unos padrazos.

Antes de salir a la calle, Miguel tiene que engrasar la escopeta, su honrada escopeta de cazador, y hacer unas "chuletas" para dar la clase de Derecho mercantil que lleva en la Escuela de Comercio de Valladolid. Angeles le cepilla un poco la ropa, porque él es un Adán, un dejado, aunque una vez le nombrasen, con Malraux, el escritor más elegante de Europa. Mientras tanto, Miguel llena su petaca de picadura para hacer cigarros durante todo el día. Unos cigarros gordos, liados con sus dedos largos y duros, y que dan un humo espeso y quieto de cigarro de guardabarreras. Miguel Delibes vive en el paseo de Zorrilla.

El paseo de Zorrilla es a Valladolid lo que la Castellana a Madrid. O sea, que el escritor es clase media alta, burguesía de bien. Lo que pasa es que ahora le han madurado las inquietudes sociales y políticas y está como pasándose a la guerra. Cree tanto en Dios y en el hombre, que no se resigna. Va por Valladolid con su automóvil largo o a pie, despacio, saludando a la gente y llevándose la mano, cortésmente, al alero de la boina. Está, físicamente, entre Gregory Peck y Mel Ferrer, pero en castellano cazador, en periodista de provincias, en catedrático de Comercio, en escritor y novelista de la tierra.

Tiene cuarenta y tantos años y ha escrito libros que son ya conocidos en el mundo entero. Los párvulos de Massachusetts aprenden castellano en Cervantes y en "El camino", de M. D., que ha salido allá en una edición escolar ilustrada, muy bonita. Atravesando el Campo Grande, que es el Retiro de la vieja corte filipina, o bordeándolo, Delibes llega a la Escuela de Comercio. El Campo Grande es para él una tentación de perderse entre la fronda y sentarse en un banco a escuchar el canto de cada pájaro—él los conoce a todos—, o ponerse a charlar con el guarda, que va vestido como un policía montado del Canadá. Miguel Delibes con quien mejor charla es con los guardas del Campo Grande y con los cazadores furtivos del valle del Esgueva. Los académicos, los intelectuales, los importantes, los cultos, le dejan como un

poco cohibido y sin saber qué decir. Delibes es un novelista vergonzante que hubiera estado más feliz de tractorista en Tierra de Campos o de pescador de truchas en el Duero.

—Ahora hay que llevar más en serio esto de la cátedra y no sabes el tiempo que me lleva preparar las clases.

Los alumnos de Miguel Delibes son unos chicos que van para peritos en contabilidad o para corredores de comercio, de modo que el que su profesor sea novelista y escriba libros no les impresiona nada. En lo que sí se han fijado es en que tiene las manos, las puntas de los dedos, quemadas por el tabaco, y por eso saben que se pasa las noches escribiendo. "Yo soy lento, ¿sabes? Escribo a mano y le doy muchas vueltas." El mundo pequeño y profesoral de una Escuela de Comercio está tomado un poco a tierna broma en el "Diario de un cazador". Lorenzo, el cazador, puede que

sea un ujier de la Escuela de Comercio. Nunca se sabe. Después de la clase, Miguel se va, andando andandito, por la calle de Gama-zo, a lo mejor, al periódico. El periódico es "El Norte de Castilla", un diario con más de cien años, que fundó don Francisco Perillán en pleno romanticismo valisoletano, y por donde han pasado los Alba, los Cossío, los Santander, los Altés y más gentes.

Caricaturista

Miguel Delibes empezó en el periódico de caricaturista cuando todavía era empleado de Banco. Ha sido director de "El Norte" y ahora es delegado del Consejo en la redacción.

A casa

A mediodía, el escritor vuelve a casa para comer. Angeles le cuenta cosas del mercado y de la peluquería, y él, que como poco porque

está del estómago, escucha feliz ese parloteo de la calle que le llega a través de su mujer. Es un preciosista y un estilista de lo vulgar, del tópico esquinerero de cada día. Ahí está la sustancia primigenia de su novelística. Una vez tuvo una depresión nerviosa y se la curaron con pastillas. Los niños le piden cosas y le ayudan a preparar las artes de la caza para el fin de semana. Lo que más risa le da es encontrarse, cuando sale a la calle, al mocito tierno y "ye-ye" que espera a su hija fumando el primer cigarrillo rubio de su vida.

A media tarde cae otra vez por el periódico y charla con los redactores, con los colaboradores y con Fernando Altés, que es el gerente.

Los fines de semana los pasa con su mujer y alguno de los chicos en el campo.

Los Delibes tienen una pequeña casa en Sedano, en la provincia de Burgos. Y aquello es como el cuartel

general desde donde el cazador y sus amigos, también cazadores, se ponen en marcha a la caza de la perdiz roja. Son los guerrilleros de la caza menor. Miguel Delibes preferiría ser una buena escopeta a ser una buena pluma. Ha resultado que las dos cosas se le dan bien; pero se hubiera contentado muy ricamente con lo primero.

—¿No te burlas un poco en los libros de tus queridos paletos?

—Te aseguro que no me burlo. Les respeto mucho.

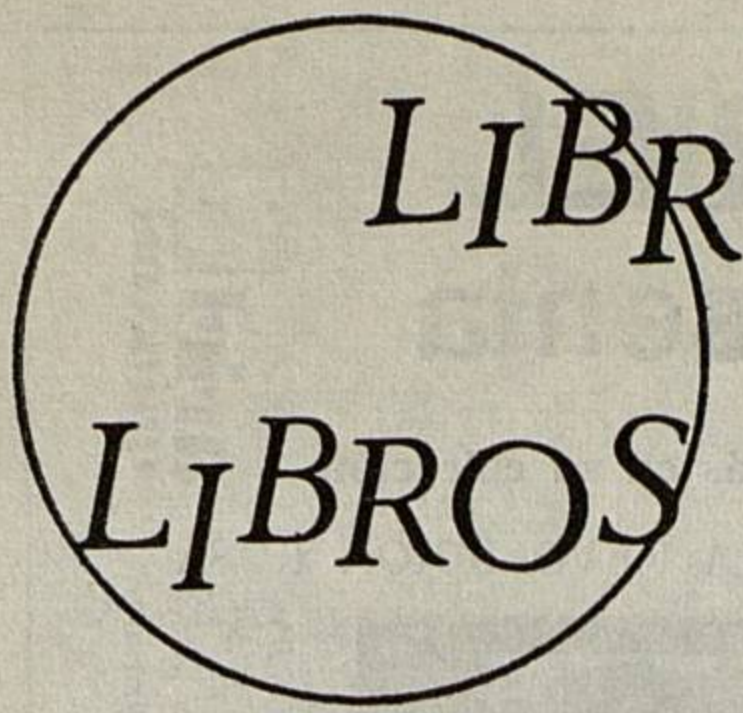
Sale al campo, camina, hace comida, le da brillo a la escopeta, ojea las liebres y los sembrados, se entera de cómo va la madre tierra. El domingo por la noche vuelve a Valladolid con una oscura carga de pájaros y conejos muertos, cálidos, sangrantes, olorientos. Eso es lo suyo. Con la cartuchera y la canana parece un poco Gary Cooper en el lejano Oeste.

El matrimonio hace vida de campo y tiene un colum-

pio para columpiarse. Angeles se compra el "Elle" de vez en cuando para saber cómo anda eso del maxibrigo. Pero tampoco quiere salir de Valladolid. Miguel se encuentra más a sí mismo con camisa de cuadros y cazadora. Tiene unas gafas negras para la cruda luz de Castilla y unos zapatos con suela de llanta para andar por los barbechos. Ahora ha publicado "Parábola del naufrago", que es un libro donde se denuncian los absolutismos de cualquier color y se aboga una vez más por el hombre libre y sencillo. Delibes ha ensayado en este libro una nueva manera de hacer, porque es todavía un escritor en marcha que tiene que inventar muchas cosas, aunque la posteridad y los catedráticos de Cambridge se hayan obstinado en convertirle en un clásico vivo.

—Te advierto que en el próximo libro ni yo mismo sé por dónde saldré.

Francisco Umbral



PARABOLA DEL NAUFRAGO, DE MIGUEL DELIBES

Ediciones Destino. Barcelona, 1969.

Javier del Amo

CON la publicación de «Las ratas», el camino de triple dirección que había seguido Delibes, parecía haberse cerrado. La problemática literaria de toda su obra anterior giraba en torno a estas tres directrices: por un lado, la influencia de una novela rusa (Andreiev, Tolstoi, Chejov), que se plasmaba en una novela abstracta, atemporal, sin cauces definidos, características de toda iniciación. A este camino responden «La sombra del ciprés es alargada» y, más aún, «Aún es de día» (novela muy desconocida que tiene un enorme interés en cuanto en ella se ponen las raíces emocionales de toda la producción posterior: la ternura, la soledad, la concepción del héroe en su aislamiento e incomunicación). La segunda trayectoria analiza el universo rural, en el que Delibes ha llegado a una perfección máxima (ha construido una constelación de personajes, de ambientes, de hechos) en obras como «El camino», «Siestas con viento Sur».

La tercera vertiente hace referencia al mundo provinciano, en dos novelas fundamentales para conocer al novelista Delibes: «Mi idolatrado hijo Sisi», la historia del egoísmo en un personaje nacido a primeros de siglo y «La hoja roja», la incomunicación de un hombre que ha llegado a la jubilación. Esto, por lo que respecta a la obra anterior. Con la publicación de «Cinco horas con Mario», el panorama cambia casi totalmente. El autor, para expresar una realidad más o menos compleja, se plantea un estilo monologado, en el que salen a relucir todos los condicionamientos y frustraciones de la clase media provinciana, estructura social que es vista esquemáticamente a través de una mujer representativa y un personaje límite: un catedrático progresista que acaba de morir.

«Parábola del naufrago» representa, según se ha dicho, una crítica contra la nueva vanguardia narrativa, entronca con todas las constantes anteriores, ya apuntado en este esquema rápido que hemos des-

arrollado: la incomunicación, la soledad del individuo, debatiéndose en un mundo pequeño, poco acogedor, que le conduce a una metamorfosis kafkiana.

VAMOS a hacer un análisis de la tensión narrativa del autor valisoletano. Es curioso que las novelas de Delibes (ignoro si esto se ha puesto de manifiesto por la crítica) tienen un final disolutorio. Recuerde el lector cómo casi todas sus obras tienen un final trágico: así, «La sombra del ciprés es alargada», «Mi idolatrado hijo Sisi» y «Las ratas». Yo pienso que esta tragedia final, siempre presente, tiene una significación más profunda. La ternura, la monotonía, la soledad son constantes del autor a lo largo de sus novelas. ¿Qué ocurre al final? Hay como una ruptura con el tiempo, con el orden, con la vida, una necesidad de explotar, una fórmula de desintegración que se estaba gestando, a lo largo de todas sus páginas. «Parábola del naufrago», en este sentido, es la cristalización de la tragedia a través de un mundo simbólico. Las ironías del lenguaje —sustituir los signos por su escritura, los paréntesis, el monólogo interior entrecortado—, creo que son, en realidad, accesorias. La raíz de esta expresión, mediante la imaginación, de la impotencia, debemos encontrarla en el fondo de la personalidad literaria de Miguel Delibes: en último término, la búsqueda de sí mismo. Ante un mundo paradójico, hostil, insolidario para los individuos, hay una estridencia larvada, que se contrapone al narrar «académico» del autor. Todo su equilibrio —señalado como una de sus virtudes— de pronto se rompe. Porque quizá en esta ruptura de equilibrio haya que encontrar la verdadera esencia, el verdadero camino de Delibes. En el fondo, «Parábola» no es más que otro paso en la búsqueda dolorosa, difícil, de una comprensión del mundo.

J. del A.



BIBLIOTECA PARA EL HOMBRE ACTUAL

Títulos publicados últimamente

Hermann Flohn: **Clima y tiempo.**

Philippe Muller: **El desarrollo psicológico del niño.**

H. H. Stuckenschmidt: **La música del siglo XX.**

J. Andrade e Silva y G. Lo-chack: **Los Cuantos.**

Lucy Mair: **La brujería en los pueblos primitivos actuales.**

E. A. Wrigley: **Historia y población.**

De próxima aparición

M. Hodgart: **La sátira.**

Daniel Waley: **Las ciudades-república italianas.**

David Knowles: **El monacato cristiano.**

D. Briggs-S. M. Walters: **Evolución y variación vegetal.**

P. Laín Entralgo: **El médico y el enfermo.**

EDICIONES GUADARRAMA, S. A.

Lope de Rueda, 13. Madrid 9
Berlín, 80. Barcelona - 15

MIGUEL DELIBES

Mundo
hispano
marzo 70
ESCRITOR FAMOSO,
CASTELLANO PROFUNDO
Y PADRE DE FAMILIA

FRIE SANO Y SIN OLOR



Super Freidora Eléctrica **MAGEFESA**



NUEVO y único para su bebé

NIVEA baby BAÑO

El primer baño de espuma cremosa para el bebé que contiene 23% de aceites protectores. Y, además, vitaminas. Por esto cuida, protege y suaviza más que ningún otro producto.

NIVEA SOMETIDO A CONSTANTE CONTROL MEDICO.
baby BAÑO Seguridad para la madre y el hijo

MD

MIGUEL vive en Valladolid. En un piso que viene justo para acoger al matrimonio y sus siete hijos. Un hogar que los años y la vida han ido decorando. Tiene ambiente de familia y de trabajo, de recuerdos, de solera intelectual. Hay libros, muchos libros por todas partes. Es fácil encontrarse a gusto allí, sentirse acogido y entablar una conversación con naturalidad y sencillez:

—Miguel, ¿te gusta la vida de familia?

—Sí. Cada vez creo más en ella, porque pienso que es la proyección del sentimiento familiar, basado en el amor y en la solidaridad, hacia el resto de los humanos, lo único que puede darnos la nueva sociedad a que aspiramos. Precisamente por eso no entiendo el egotismo familiar.

—La familia en tus libros, ¿juega un papel importante?

—Un crítico me hizo ver la frecuencia con que aparecían en mis novelas las relaciones paternofiliales. Esto me demostró que la familia tiene un peso específico dentro de mi obra. Incluso en aquellos libros en que la miseria tiende a destruir los vínculos familiares.

—Sin embargo, tus libros producen al lector una impresión de pesimismo...

—No tiene nada de particular, porque yo no soy optimista. En la crisis general, una de las instituciones más afectadas es la familia. En el noventa por ciento de los casos, dicha crisis no ha sido provocada por los hijos, sino por los padres. La convivencia crea una serie de problemas en relación con los hijos. Para mí el secreto estriba en irles facilitando el despegue, pero al mismo tiempo conseguir que no se despeguen del todo, que conserven vivo el sentimiento familiar. Esto requiere un tacto especialísimo y un respeto hacia las ideas e inclinaciones de los hijos.

—Y en nuestro país, que se alardea de raigambre y tradición familiar, ¿crees que existe un ambiente base de profundidad y de unión?

—Esto es como el catolicismo español: encierra más ruido que nueces. La vanidad de creerse

superior a los demás en cualquier orden de cosas es ya un peligroso indicio de inmovilismo y de esterilidad. En España, como en todas partes, hay familias buenas y malas, aglutinadas y sin aglutinar. En este terreno como en tantos, generalizar es errar.

UNA RUEDA DE REPUESTO

Es la hora de la sobremesa para nosotros, la hora de entrada al colegio para los chicos. Los de Miguel van y vienen por la habitación, charlan, se despiden. Se mueven y actúan con una libertad que no es improvisada. Y a la vez con un afectuoso respeto fruto de la naturalidad.

—Miguel, ¿condiciona a tus hijos respecto a ti tu profesión de escritor?

—En absoluto. Tienen sus ideas propias. Los mayores leen mis libros antes de publicarlos. Me interesa su opinión como la de la juventud en general.

—Tú que conoces bien a la juventud, ¿a qué crees que es debido su afán de romper con todas las tradiciones?

—Cuando se adopta una postura crítica ante la vida se propende a ver exclusivamente lo defectuoso. En España y en el mundo es evidente que haya que cambiar muchas cosas. Y cuanto antes mejor. Pero antes de poner el coche a andar, convendría contar con una rueda de repuesto.

—¿Qué me dices de la crisis de autoridad?

—Que tenemos que preguntarnos si ha sido provocada por un capricho o por un abuso de dicha autoridad, es decir, si hemos usado ordenadamente de ella o la hemos desorbitado.

Angeles, la mujer de Miguel, atiende a nuestra charla y a la vez abrocha el abrigo de su hija pequeña, da un consejo a la mayor y despide a todos.

—Miguel, ¿tu mujer colabora contigo?

—Sí. Colabora desbrozándose el camino. Facilitándome el aislamiento necesario para mi labor de creación. Es, además, la primera lectora de mis obras y un crítico de ellas escrupuloso e implacable.

—En una de tus novelas, concretamente en «Cinco horas con Mario», hacías la crítica de un determinado tipo de mujer...

—El libro ofendió a muchas mujeres porque tomaron el rábano por las hojas. En realidad yo traté de enfrentar dos temperamentos, el de Mario —un idealista— y el de Menchu —una mujer aferrada a lo material—. Nunca vi en ellos reflejados al hombre y a la mujer en general. Más todavía, el problema y su enfoque hubieran sido los mismos si Menchu hubiera sido Mario y a la inversa. La novela no hubiera cambiado. Hay que reconocer que en España, por el hecho de haberse relegado a la mujer a la cocina durante siglos, es natural que haya más mujeres que hombres con las características de Menchu, pero desgraciadamente éstos tampoco faltan.

EL MITO DEL ESCRITOR

Estamos tomando café en el despacho de Miguel. Lo preside desde el centro de la biblioteca una fotografía suya de tamaño natural. No sé por qué veo representada en ella la imagen genérica del escritor y de cuanto de fábula, de mito, suele rodearle. Debajo de la foto, sentado en un sillón, está el hombre tangible, asequible, amable, de fácil y amena conversación.

—El escritor se idealiza. La sociedad le considera un hombre fuera de serie, ¿crees que lo es?

—No, no, de ninguna manera. El escritor es un profesional como otro cualquiera. Antes, en una sociedad semianalfabeta, el escritor podía ser un mito. Hoy eso no tiene sentido.

—Entonces, ¿qué me dices del temperamento artístico?

—Que es simplemente una chispa para rescatar la realidad y transformarla. Por eso lo que interesa del escritor es su personalidad y en qué sentido su interpretación de esa realidad se identifica o difiere de la del lector.

—¿Crees en la soledad del artista?

—Desde luego, el mundo del artista y su sentido de la vida son difícilmente comunicables y difícilmente compartibles. El escritor debe ser independiente y no



MD

Miguel Delibes:
«El escritor es un profesional como otro cualquiera; antes, en una sociedad semianalfabeta, el escritor podría ser un mito».

vincularse a una ideología, porque le condicionaría y enajenaría su facultad crítica. Y la independencia, en este caso, equivale a soledad.

—Hoy todo el mundo cree tener algo que decir, ¿crees que es suficiente para escribir un libro?

—En España, el año pasado se han editado catorce mil libros. Es una cifra importante y esperanzadora. Significa en primer lugar que España está terminando con su estancamiento intelectual; ya no sólo hay en el país cuatro señores que se dedican a escribir versos o novelas, sino muchos que son capaces de hacer un ensayo económico, social o político de importancia. Creo firmemente en el despertar intelectual del país, puesto que a ninguno de esos libros le faltan lectores.

HOMBRE, PAISAJE Y PASION

Sí, Miguel, el hombre, está próximo a los demás, tiene un pronto interés por cuanto le rodea y a la vez una inevitable e inconsciente lejanía, que quizá radique en una postura habitual de observación y pensamiento.

—Miguel, ¿eres un escritor comprometido?

—Lo soy en el sentido de que escribo según las exigencias de mi conciencia. El hecho de ser un cristiano novelista me impone actitudes concretas, pongo por caso la defensa de una auténtica igualdad de oportunidades, la reforma agraria, una mayor nivelación salarial... Todos éstos son problemas que enfoco antes como cristiano que como simpatizante de ningún credo político.

—A tu juicio, ¿qué es una novela?

—He dicho repetidas veces que para mí una novela exige un hombre, un paisaje y una pasión. No quiero decir que esto sea «la novela», sino lo que yo entiendo por novela. Hay ensayos puramente formales, de mero recreo verbal, que son magníficos ejercicios literarios, pero no novelas. Yo exijo de la novela una carga de humanidad.

—Cuéntame algo de tu proceso creativo.

—Supongo que en sustancia no diferirá del de los demás escritores. Parto de un tipo o de una situación que me atrae y durante un período de tiempo más o menos largo voy pensando en ello. Cuando advierto que el tema está lo suficientemente maduro para darle forma, me pongo a trabajar; día a día voy dosificando ese argumento a través de situaciones y escenas previamente pensadas con leves añadidos que surgen al calor de la creación. Soy incapaz de escribir ni siquiera un artículo sobre tema impuesto; esto me obliga a períodos de sequía y de inactividad y a otros de trabajo constante.

—¿Qué estás preparando ahora?

—Acabo de publicar una novela que se llama «Parábola del naufrago», que ha provocado posiciones contradictorias en los críticos.

»En realidad yo no puedo pedir a los que son incapaces de tener una pesadilla como la que en el libro se relata que comprendan esta novela. En cuanto a proyectos, pronto saldrá en Alianza Editorial un libro de relatos titulado «La mortaja». En la Editorial Miñón, una selección de fragmentos de mis novelas y de mis libros de viajes más comprensibles para niños, y, por último, la Editorial Destino prepara el cuarto volumen de mis Obras Completas.

—¿Escribes para ti o para los demás?

—Yo creo que todos los escritores escriben para los demás, para hacerse solidarios de los problemas de unos y para procurar abrir los ojos de todos a los problemas comunes.

—¿Cómo es Miguel Delibes?

Quizá su mujer sea la más indicada para decirnoslo.

Y Angeles, mirando tímida y afectuosamente a su marido, me lo dice:

—Tiene una gran capacidad de comprensión. Yo le entiendo muy bien; los demás, no lo sé...

Yo miro la foto, el escritor, el mito, y luego a Miguel, el hombre. No puedo separar al uno del otro, están hechos del mismo tejido. De un tejido liso, llano y sencillo, que, como los campos de Castilla, tiene un enorme horizonte y una gran profundidad.

LOLO RICO DE ALBA



DE LA VANGUARDIA A LA TRADICION

Alternativas y regresos en la prosa narrativa de hoy

Por Rafael CONTE



Miguel Delibes: «Parábola del naufragio»

En los dos últimos meses han aparecido en los escaparates de nuestras librerías numerosos libros de escritores españoles. Hoy quisiera centrar esta sección en el comentario de algunos de los libros de prosa narrativa más destacados entre los aparecidos últimamente. Porque, a diferencia del año anterior, esta temporada se ha abierto bajo el signo de la expectación y la polémica. Nuestros dos más importantes representantes de la narrativa actual del interior, Camilo José Cela y Miguel Delibes, vuelven al ruedo literario con sendas obras de creación, esperadas con extraordinario interés. La novela de Cela, «San Camilo, 1936», todavía no ha aparecido, por lo que tendré que limitarme a reseñar la novela de Delibes —«Parábola del naufragio»—, que supone un giro total, dentro de la carrera de este escritor, y que ha dado lugar ya a abundantes polémicas.

Al mismo tiempo, recojo aquí un libro muy significativo, «Las tapias», de Antonio Martínez-Menchén, uno de los narradores jóvenes de quienes más se espera, a caballo entre la generación realista y otra sensibilidad más actual, que ofrece, con este conjunto de relatos, una especie de confirmación y compás de espera al mismo tiempo.

Junto a él, la segunda novela larga de Francisco Umbral, «Si hubiéramos sabido que el amor era eso», que supone un notable avance sobre el resto de la obra de este escritor, aunque sin llegar a cuajar, a mi modo de ver, en el nivel que este novelista, por sus condiciones y productividad, hace esperar. Eduardo Tijeras es el cuarto testimonio que apporta a esta sección, con su novela «Jugador solitario», que considero de un destacado interés. Y por último, un libro de investigación de un escritor ya consagrado, Pedro de Lorenzo, «Eligio de la retórica», que aborda un tema poco trata-

do en nuestra historiografía literaria.

En este conjunto de libros hay varios datos destacables. Son cinco libros absolutamente disímiles, pero que otorgan una serie de características muy significativas para rastrear los rumbos que rigen en la prosa narrativa de hoy. La persistencia de los géneros tradicionales, la búsqueda de nuevos modos de novelar, la influencia de la vanguardia más desvelada y el rastreo de unos contenidos más actuales —o al menos el intento de rastreo— para la novela española de hoy.

SIN VARIACIONES

LA AVENTURA DE MIGUEL DELIBES

En este terreno, el libro más singular de los aparecidos últimamente, el más sorprendente, es, sin duda, la última novela de Miguel Delibes, «Parábola del naufragio» (1), en el que este espléndido narrador se aparta de los caminos seguidos hasta ahora en su obra anterior y emprende uno absolutamente nuevo, hasta utilizando recursos expresivos pertenecientes a la más caracterizada vanguardia. Sin embargo, puede observarse en él una fidelidad del escritor hacia su propio mundo y su lenguaje personal —a pesar de sus aparentes rupturas— y una decidida voluntad de análisis crítico sociológico, ya patente en sus libros anteriores.

Sorprende en un artista tan apartado de la «superestructura» literaria, de las modas y polémicas al uso, retirado deliberadamente en su residencia provinciana, esta apertura hacia nuevos cauces expresivos. Hasta ahora, Delibes encontraba su mejor veta en el retrato de su Castilla natal y en la elaboración de un lenguaje propio, donde lo popular y lo estrictamente literario se mezclaban con una sencillez casi prodigiosa, sin alardes desorbitados y manteniendo siempre una postura de moralista humano, integrador, repleto de honestidad y hondura. Desde sus libros más intencionados, donde se alternan dos tipos de narrativa, desde la morosa y apologetica de «La sombra del ciprés es alargada» o «Mi idolatrado hijo Siso», hasta la fresca de «El camino», los «Diarios» —del cazador y del emigrante—, para desembocar, pasando por esa breve obra maestra de «Las ratas», en la sociología humanísima, cordial y comprensiva a un tiempo de «Cinco horas con Mario». Este último libro supuso una «ideologización» más acentuada de la obra delibeana, un incremento de la crítica social, dentro de su denominador genérico de moralista preocupado por los problemas de la colectividad.

De todas formas, Miguel Delibes se ha confesado siempre como una especie de autodidacta —pese a su formación universitaria— en el terreno de la literatura. No es, según propias declaraciones, un gran lector, y llegó a la novela a partir de una vocación eminentemente intuitiva. Sin embargo, es una conciencia lúcida, atenta a los problemas de su tiempo, como lo demuestra su actividad periodística y su libro «La primavera de Fraga», por lo que muy posiblemente esta misma atención detecte los fenómenos más interesantes de la literatura contemporánea. Así lo pienso, desde luego, y creo que esta «Parábola del naufragio» lo demuestra con toda claridad. Delibes conoce los experimentos vanguardistas más actuales, y los ha utilizado en su último libro, hasta aportando soluciones personales propias; esta novela es una tremenda crítica de la sociedad contemporánea, una especie de utopía al revés, de fábula trágica sobre la pérdida paulatina de libertad que experimenta el hombre en la sociedad de masas.

Delibes es un individualista que intenta conservar los valores personales en una sociedad cada vez más colectivizada. Acepta, desde luego, la implacable socialización que experimenta el mundo, pero advierte con

todas sus fuerzas contra el peligro de deshumanización, de despersonalización que esta tecnificación comporta. Su parábola está montada sobre la paulatina destrucción de un individuo —su protagonista, Jacinto San José, al que está significativamente dedicado el libro—, que, en el colmo de la fábula, le conduce a una metamorfosis casi kafkiana, pues el hombre se convertirá en cordero, en un proceso agobiador y trágico.

Así las cosas, la crítica, presente en sus libros anteriores y ya muy evidente en «Cinco horas con Mario», se universaliza, adquiere caracteres muchos más amplios. Y al mismo tiempo, y creo que esto es un defecto, se hace más abstracto, perdiendo ese anclaje con la realidad que tenían sus libros anteriores, y que en esta «Parábola...» se intenta alcanzar mediante una simbología muy diáfana y sencilla.

Sin embargo, en el libro se conservan algunos de los datos del Delibes más sustancial, sobre todo en el lenguaje, en las frases populares y coloquiales, que aparecen —pese a los trucos formales empleados— a lo largo de todas las páginas del libro. Lo que sucede es que los experimentos empleados por el escritor adquieren un significado muy ambiguo. Se advierte cierta intención paradójica en la utilización de estos recursos vanguardistas, como si el escritor se estuviera burlando de las nuevas técnicas. Pero, al mismo tiempo, esta parodia tiene de ironía el contexto general del libro, convierte la tragedia en sarcasmo, con lo que la abstracción sube de punto y el libro parece querer autodestruirse conforme se va construyendo, en un proceso aniquilador.

Pero, en una primera lectura, la sensación es que el escritor ha querido hacer parodia a costa de la vanguardia, y aquí se introduce la ambigüedad a la que antes me refería. Miguel Delibes ha mostrado en este libro sus perfectas dotes de escritor, pero me da la impresión de que no ha confiado lo suficiente en sus propias fuerzas para efectuar esa renovación que ha perseguido. A subrayar esta sensación coadyuva el hecho de que alguno de sus experimentos no está suficientemente justificado, como la verbalización de los signos de puntuación, o la reiteración de los paréntesis, que repiten insistentemente los sujetos de la acción, y otros procedimientos que parecen confundir más que sujetarse a una necesidad del contexto general del libro. Al mismo tiempo, me parece admirable la técnica empleada en los monólogos dedicados al personaje principal, como si estuvieran desgajados de su mente —y que están compuestos en cursiva—, donde encuentro al mejor Delibes, capaz de ser fiel a sí mismo y de experimentar con absoluta eficacia.

Y, desde luego, nos encontramos una vez más ante una fábula moral. Pese a los fallos que he apuntado, considero este libro como de una gran importancia, no sólo dentro de la obra delibeana, sino en el panorama general de nuestra narrativa, pues muestra la honestidad de un escritor, su preocupación por su instrumento de trabajo y su fidelidad a unos postulados esenciales perfectamente válidos.

sumo que va aprisionando a los hombres y convirtiéndose en esclavos de Don Abdón. Los enredados signos que utiliza al principio de la novela acaparan cinco páginas a lo sumo y no molesta al lector una vez iniciado en los trucos del oficio.

Es muy significativa la evolución de un escritor de la talla de nuestro Miguel Delibes. No cabe lugar a duda para asegurar que nos hallamos ante un experimento trascendente dentro de su obra y dentro de la novela española contemporánea.

«Parábola del naufrago». Miguel Delibes. Ediciones Destino. Barcelona 1969. 236 págs.

BREVE

LOS MEJORES CUENTOS, de varios Autores.

Novelas y Cuentos, Magisterio Español. Madrid, 1969.

Se recogen en este volumen una antología de los premios «Hucha de Oro». Los autores que aparecen son José María Sanjuan, José Luis Aquaroni, Carmen Pérez Avello, Carmen Conde, Daniel Sueiro, Juan A. de Zunzunegui, Tomás Salvador, Luis Fernández Rocés, Susana March, F. García Pavón, Jesús Torbado, Alfonso Martínez Garrido y otros. La lista es impresionante y aquí están nuestras figuras de la moderna novelística española.

LAS NUEVAS MONJAS, de Sor M. Charles Borromeo C. S. C.

Ediciones Grijalbo. Barcelona, 1969.

Este interesantísimo libro nos habla de las «nuevas hermanas» sin hipocresía ni prejuicio. ¿Quiénes son las llamadas nuevas monjas? Las podemos ver por todas partes en Norteamérica: en la vanguardia de las manifestaciones, en las marchas por la libertad de los negros, en la TV... Y no aceptan respuestas fáciles. En este libro opinan sobre la virginidad, sobre Freud, los movimientos de protesta, la cofia y el velo, la vida conventual, el Vaticano II... Nos dicen, en fin, por qué han cortado sus faldas para dar el gran salto desde la Edad Media a la era de la cibernética y la astronáutica.

Crítica: F. ASIN

Hablando en Madrid

Parábola de una sociedad concreta

El otro libro a que me refería más arriba es el que ha escrito Miguel Delibes. Con esta novela, «Parábola del naufrago», el escritor vallisoletano ha roto las normas tradicionales en que se venía rigiendo anteriormente. Con Cinco horas con Mario», Delibes ya dio un primer paso hacia un experimentalismo simbólico que le alejaba considerablemente del realismo existencial en que había sido catalogado. El autor ha confesado que cada novela, cada situación, cada trama, requiere una estructura distinta. Y tiene toda la razón. Para expresar sus desbordantes pesadillas no tenía otra estructura que la que ha usado en esta novela que nos ocupa.



«Parábola del naufrago» es una sátira contra todas las dictaduras. Don Abdón es un dictador cuya figura se nos hace conocida. La víctima de esta dictadura, Jacinto, es un hombre del pueblo, sencillo e inocente. Su mundo se reduce a una asfixiante oficina cuya única tarea es dibujar ceros. Todo lo preside Don Abdón «el padre más madre de todos los padres». Esta oficina está dirigida por los inevitables procuradores que rodean a todos los dictadores. La epopeya de Jacinto culmina con su «voluntario» encierro en un refugio para su «recuperación». El seto que rodea la casa, la naturaleza, acaba por matarle.

¿Qué ha querido decirnos Delibes con esta novela? Lo que está claro es que ante las actuales circunstancias de nuestro país, no podía escribir esta novela bajo una estructura «figurativa». El peligro era evidente. Para expresar todo lo que llevaba dentro, Delibes escogió un camino más abstracto y vago, pero lo suficientemente claro para que nos diéramos cuenta de la crítica a una sociedad de con-



Unión de la Tierra - Año V - nº 50





Escribe:
MANUEL LEGUINECHE

MD

Profesor, periodista, escritor y Premio Nadal

MIGUEL DELIBES

AL LADO DE LOS JOVENES

El amor de Delibes a su circunstancia geográfica, el cariñoso apego a su periódico, «El Norte de Castilla»; a su docencia en la Escuela de Comercio, a sus jornadas de cazador y pescador, no le han permitido fosilizarse ética ni estéticamente. Su última novela, «Parábola del naufrago», editada por Destino y que recomiendo a mis lectores, supera el ámbito pequeño-burgués de «Cinco horas con Mario» para dar al relato una dimensión más ambiciosa y trascendente. Es un grito contra la numerización del individuo. Jacinto San José, el protagonista, es un hombre que ve cómo fatalmente la superestructura política y la infraestructura burocrática le reducen a la nada, hasta, al fin, aniquilarle. Seguimos de cerca, llevados por la tensión del relato, la impotencia de este hombre para desasirse de las tiranías, y cómo termina por ser engullido por un seto y verse transformado, por la ley de la evolución de los cuerpos, en un borrego.

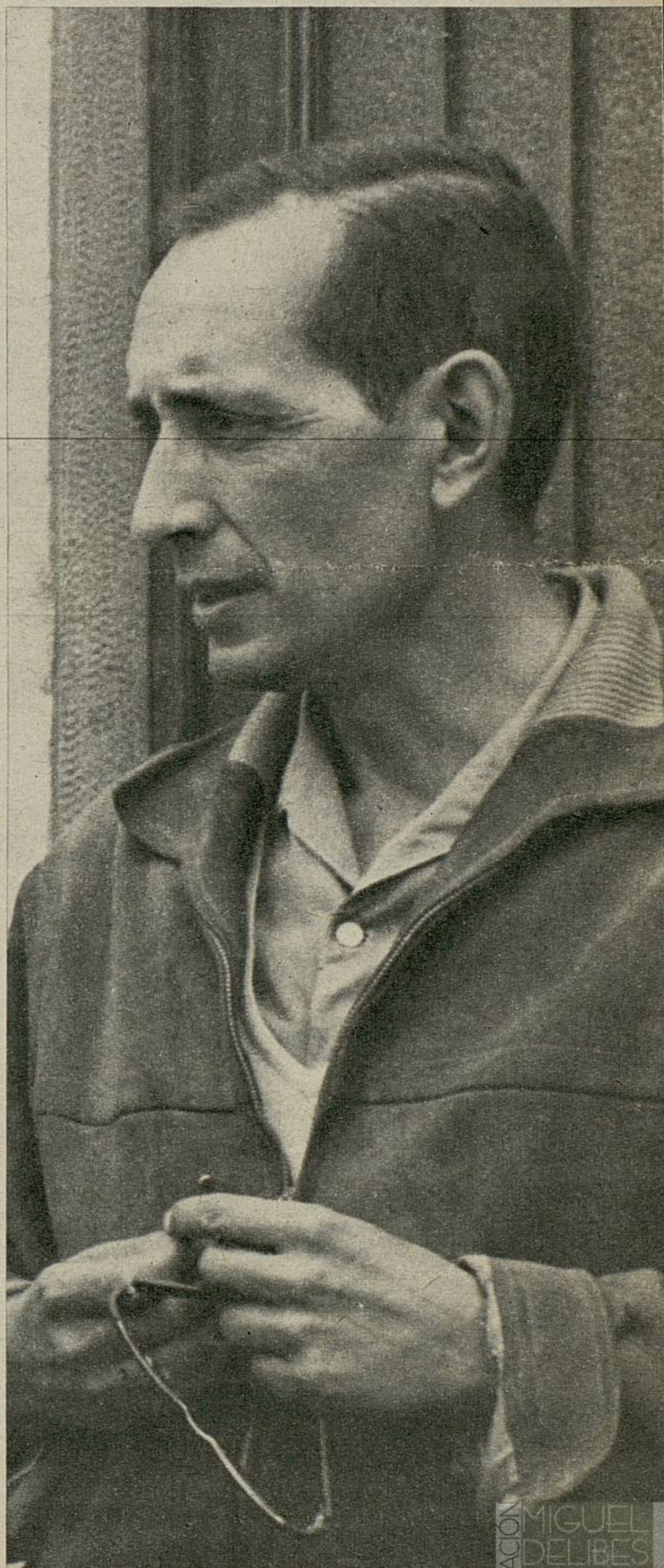
Delibes, padre de siete hijos, responde a un cuestionario un tanto anárquico que le he propuesto. Va desde sus contactos con la música hasta la educación que ha dado a sus hijos —el mayor, Miguel, no tiene arriba de los veinte años— y otros temas afines.

Dicen plumas muy autorizadas que Miguel Delibes, nacido en 1920, natural y vecino de Valladolid, es el mejor novelista español de la posguerra. Debutó con «La sombra del ciprés es alargada», que le valdría el Premio Nadal. Delibes ha visto con el tiempo los defectos de

su primera novela, que le sirvió, sobre todo, de acicate, de estímulo. Vinieron luego sus «Diarios», el del cazador, el del emigrante, «El camino» (libro de texto en las clases de español en USA), «La hoja roja», «Mi idolatrado hijo Sisí», «Las ratas», «Cinco horas con Mario», «Parábola del naufrago»... Y sus libros de viaje y de caza, porque, aun cuando Delibes es poco amigo de abandonar su tierra, ha visto muy por dentro las dos Américas, Africa y Europa, y se ha paseado por la ruda meseta castellana.

Delibes es un hombre articulado, coherente, quizá el más coherente de la novela española. No le duelen prendas, y es, para los que tenemos el honor de ser sus amigos, un punto de mira. Desea la justicia por encima de todas las cosas, es lo que se dice un «cristiano impaciente», y ve desde su otero castellano cómo este mundo en que vivimos se desquicia un poco y pierde el equilibrio. Ve, por ejemplo, cómo el hombre no acaba de recuperar su libertad y cómo también se deja caer en las trampas de la sociedad de consumo.

Hay un Delibes telúrico, que escribe sobre lo que mejor conoce: Castilla. Es un «hinterland» espiritual. Ahí están la melancolía y la tristura de «La hoja roja», el humor del «Diario», los condicionamientos burgueses de «Mi idolatrado hijo Sisí», el diagnóstico de la adolescencia en libertad de «El camino», que dan paso a la abierta denuncia de «Las ratas» y, más tarde, al lúcido monólogo de «Cinco horas con Mario».



- «Envidia el polifacetismo de los jóvenes actuales».
- «Aun siendo escritor, es más importante en una canción la música».

MIGUEL DELIBES



He pedido a Miguel Delibes que me hable de su última novela, «Parábola del naufrago».

—Esta novela encierra, o pretende encerrar al menos, una advertencia para evitarnos el ser convertidos en borregos como Jacinto San José. No es un libro nihilista, por tanto, como alguien ha sugerido, aunque su eficacia nos llegue de rebote. Si yo no he tenido piedad de Jacinto San José — personaje de ficción — es precisamente por la piedad que me inspiran los seres de carne y hueso, susceptibles de escarmentar en cabeza ajena.

He aquí el resto de las preguntas y respuestas:

1 —¿Qué entiendes por eso que hemos dado en llamar música «pop»?

—Entre la música «pop» y la «underground» me buscas una empatadera. ¿Decimos que es el anteuúltimo grito?

2 —¿Qué lugar ocupa en tu vida la música?

—Menos del que desearía. Crear música me parece la más noble posibilidad del hombre. Pero los deseos valen de poco si el oído no responde. Es mi caso, bien a mi pesar, aunque en otro orden de cosas me fecunda escucharla.

3 —¿Conoces la obra de tu pariente francés Leo Delibes?

—El tío Leo, en «Sylvia» y «Copelia» especialmente, es muy familiar en esta casa. A mí, particularmente, me gusta mucho. Y un día que un entendido me dijo: «¿"Copelia"? ¡Anisetel!», regañé con él.

4 —Desde tu perspectiva castellana enjuicia a la «nova cançó catalana»...

—Creo que dicen más con la letra que con la música, aunque, concretamente, Raimon canta con buen gusto.

5 —¿Te parece de algún modo útil que Serrat cante a Machado?

—Me parece oportuno y útil. La poesía, si no queremos enlazarla, debe difundirse así.

6 —¿Crees que un cantante catalán debe cantar también en castellano?

—¿Por qué no?

7 —Las figuras de la música «pop» son los nuevos ídolos de hoy. ¿Cómo te lo explicas?

—La música dice mucho; es muy comunicativa. Así, juzgo natural que los jóvenes identifiquen esta fuerza —su irradiación— con sus intérpretes.

8 —¿Juzgas que es un atentado contra el buen gusto poner en ritmos de hoy la música clásica?

—Personalmente no me agrada la macedonia de frutas ni la sangría. Prefiero las naranjas y el vino por un lado y la limonada y el melón por otro. Me repugna disfrazar las cosas y mezclarlas. Me gustan Picasso y el «jazz», pero me desagrada que aquél remede «Las Meninas» o escuchar a Beethoven en este ritmo.

9 —¿Tiene para ti la música, a la hora de pensar o escribir, algún valor terapéutico o estimulante?

—Valor como sedante y como estímulo y, por tanto, como fuente de inspiración. Me place pensar con música al fondo. Muchas situaciones de mis novelas las he resuelto aprovechando esa tensión creadora que en mí origina la música.

10 —¿Qué es más importante, la letra o la música?

—Aun siendo escritor, la música.

11 —¿Crees que se hablará de los Beatles dentro de cincuenta años?

—A lo mejor. ¿Quién puede predecir el futuro?

12 —¿Te parece que los jóvenes de hoy se divierten de modo diferente a los de tu generación?

—Yo fui un tipo más bien aburrido, retraído y tal. Lo que ayer se entendió y hoy se entiende por divertirse nunca me divertí demasiado, la verdad.

13 —¿Qué opinión te merecen los «fans» persiguiendo a su ídolos con papel y bolígrafo?

—Penosa.

14 —¿Cómo fue, en líneas generales, tu época de estudiante?

—Bueno, con un duro a la semana no eras, ni siquiera en mil novecientos cuarenta y tantos, lo que se dice un potentado. Pero tenía novia y nos queríamos y, en ese trance, nada nos importaba ir al café y pedir una caña «para los dos». Los cinco días restantes de la semana paseábamos y, si hacía mucho frío, nos arimábamos, como los niños de las novelas de Dickens, a los respiraderos de la calefacción del café del Norte, en los soportales de la Fuente Dorada. En cambio, en el buen tiempo, nos sentábamos en un banco del Campo Grande a tomar el sol, como marqueses. Fue una buena época

y una buena prueba aquello, créeme, porque todo lo que alcanzamos después nos parece un regalo.

15 —¿Has dejado a tus hijos plena libertad para elegir sus carreras?

—Total.

16 —¿Qué han estudiado o qué van a estudiar tus hijos?

—Hasta ahora se dividen entre la Biología (Miguel, el mayor, ya acabó; Angeles, la segunda, lo hará este año) y las Letras (el tercero, Germán, que va para arqueólogo, está en cuarto de Historia, y Elisa, en cuarta, en segundo de Comunes, aunque tiene aprobados también el ingreso y la mitad de primero de Periodismo). Juan, que hace el número cinco, pecha este año con la reválida de cuarto, pero ya le veo enfocado, también, hacia Biológicas (distingue como nadie un serín de un verderón y un porrón de un rabudo). Los dos pequeños, Adolfo y Camino, son párvulos todavía, aunque éste, inclinado a las Letras, ingresará este año.

17 —¿Crees que los padres de tu generación han sido tan cerriles como los de la anterior a la hora de enfrentarse sus hijos con la elección de carrera?

—En mi generación continúa habiendo padres que, cuando les sale un hijo listillo, no ven para él otra carrera congruente que la de ingeniero. O que, por el contrario, consideran la de Letras como una carrera apta para minusválidos. Tú has leído «Cinco horas con Mario», ¿verdad? Bueno, pues los Menchus y las Menchus todavía están en mi generación a la orden del día. Una pena.

18 —¿Te importaría que uno de tus hijos fuera mecánico-electricista?

—En absoluto, siempre que le gustase la mecánica y la electricidad. La brillantez social de una profesión y el dinero no me deslumbran; me asusta, en cambio, la inadaptación, el saber que alguien ha de estar toda una vida trabajando en algo que aborrece.

19 —¿Opinas que los jóvenes de hoy tienen tanto apego como los de otras épocas al dinero, al afán burgués de una situación cómoda?

—Yo entiendo que en estos asuntos no cuentan tanto las generaciones como los puntos de vista; tampoco cuentan las apariencias, sino los hechos.

Quiero decirte que conozco muchachos auténticamente desinteresados y otros cuyo único dios es el dinero. Conozco chicas que presumen de revolucionarias (con un atuendo descuidado, pero de alto precio) que a la hora de la verdad resultan más burguesas que la abuela que parió a su madre. Con todo, es muy posible que hoy haya mayor número de jóvenes idealistas (o con un ideal que a mí se me antoja más humano) que en mis tiempos.

20 —¿Cómo te imaginas que va a ser la juventud del año dos mil?

—Yo no estoy muy seguro de que vaya a haber año dos mil, pero si éste llega, el que la juventud sea así o asao dependerá de la tendencia que a la postre prevalezca. Esto aparte, hoy existe un nuevo elemento que me aterra: la droga. Creo que en el año dos mil habrá que contar con él.

21 —¿Sabes cómo se llaman los Beatles, uno por uno?

—Sólo John Lennon y Paul, del que —lo mismo que del Cid— se dice que ganó batallas (?) después de muerto.

22 —¿Qué sistema educativo has empleado con los hijos, la persuasión, el castigo...?

—El castigo —creo que nunca demasiado severo— hasta que alcanzan la edad del discernimiento y la reflexión. Después procuro apelar a la persuasión, aunque sin demasiada insistencia. Pero lo fundamental con los hijos me parece es estar «cerca de ellos», y no precisamente en sentido físico. Yo concibo la educación como un proceso paulatino de desajamamiento. El secreto estriba en que los hijos, cuando lleguen a adultos, se sientan libres, pero «no separados del todo».

23 —¿Cómo te has comportado con los alumnos en tus años de profesor de Comercio?

—He procurado, y procuro, romper la barrera tradicional y comportarme humanamente con los alumnos. Y debo decir que siempre he encontrado adecuada correspondencia.

24 —¿Cómo ves el fenómeno de los pelos largos?

—No me gusta, pero tampoco me predispona.

25 —¿Qué tipo de jóvenes en contraste en tu último viaje a Estados Unidos? ¿Serán los jóvenes españoles den-

tro de cinco o diez años como ellos son ahora?

—En la Universidad —que es donde tengo la impresión que se ha refugiado lo mejor de aquel país— encontré tipos ejemplares, que morían por defender la integración de los negros o marchaban al continente Sur a compensar con su entrega el expolio de los políticos. También encontré —¿dónde no?— tipos petulantés o abyectos. De todos modos, no me gusta juzgar a los países —como no me gusta juzgar a las generaciones— en bloque. Uno por uno, los hombres somos bastante parecidos en Estados Unidos, España o Checoslovaquia. Lo que importa es tener un norte ético, y personalmente creo que las muertes de Kennedy y King dejaron desahogada a gran parte de la juventud americana.

26 —¿Cuánto dinero debe recibir un hijo como paga semanal?

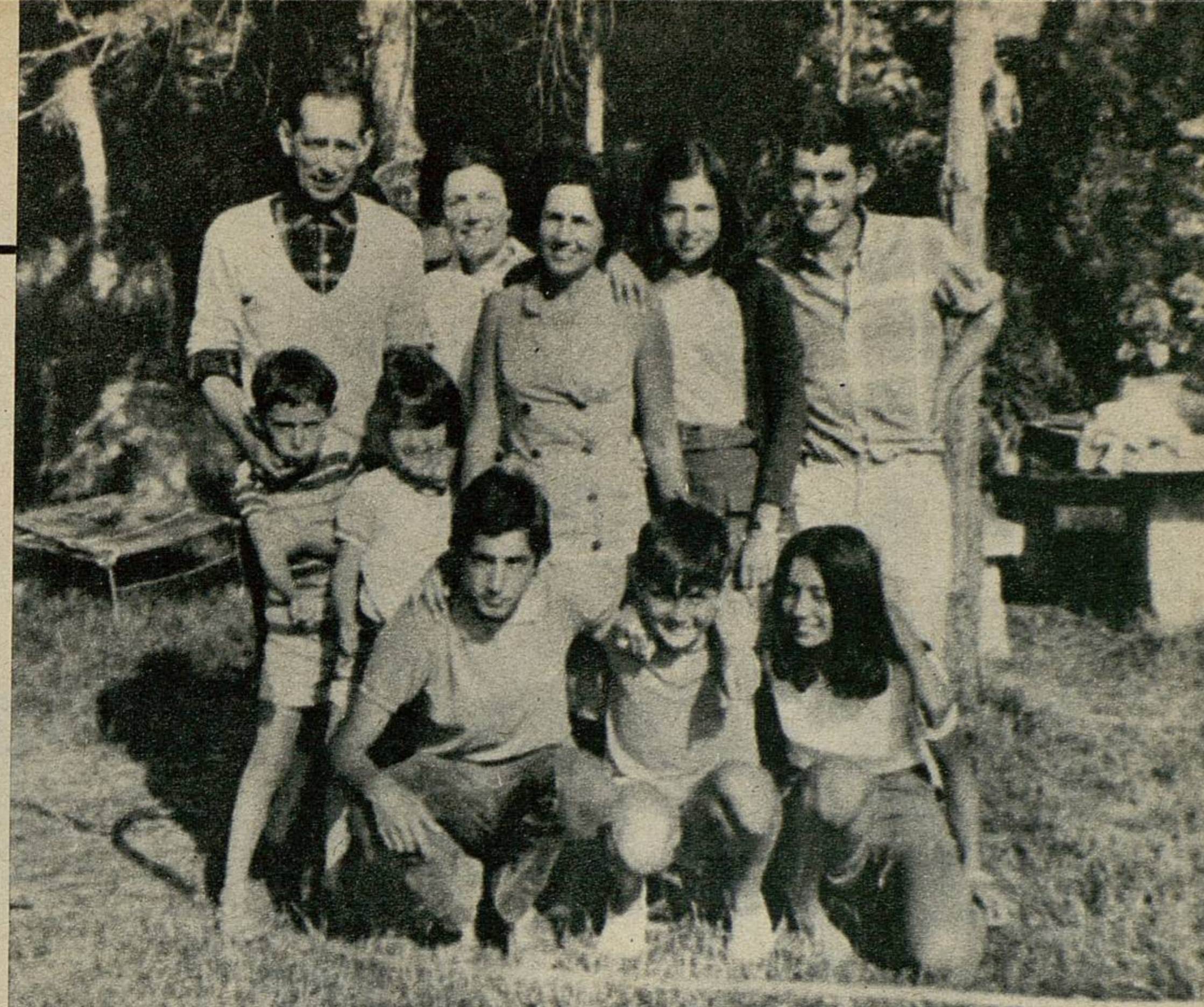
—Depende del hijo y depende del dinero. Pero, en líneas generales, puedo decirte que aquel padre que, cuando su hijo cumple los dieciocho o los veinte años, no se «atreve» a darle el dinero que le pide es que desconfía de él, y, por tanto, que ha fracasado como padre.

27 —¿Has planteado problemas de educación sexual a tus hijos?

—A mí me hubiese molestado a los doce o trece años que mi padre me hubiera abordado para tratar mano a mano problemas del sexo. O que delicadamente se hubiera puesto a hablarme del zolen, el viento y todas esas zarandajas. Lo primero es no herir la sensibilidad de los hijos. Por mi parte, cuando, a mi juicio, han alcanzado la edad en que esto puede interesarles, les entrego un folleto explicativo, que basta con que sea explícito y claro, y les digo: «Lee esto y si necesitas alguna aclaración preguntámelo». De esta manera hablaremos del problema si ellos efectivamente lo necesitan y lo desean, sin forzarles a aceptar un diálogo que a lo mejor —como me sucedía a mí— les resulta ingrato.

28 —¿Crees que la juventud española lee más o menos que antes?

—La juventud lee más que antes. También la madurez lee más que antes, pero menos que la juventud y, en general, sobre temas más restringidos. Esta es, a mi entender, una de



las causas del distanciamiento entre generaciones. El muchacho o la muchacha que no tienen nada de qué hablar en casa optan por callarse. Así empieza la escisión.

29 —¿Piensas que la música «pop» puede inducir a los jóvenes a olvidarse de la lectura?

—No; pienso que no. Una de las cosas que más envidia de los jóvenes actuales sinceramente inquietos es su polifacetismo. Y también sus facultades intelectuales. Un muchacho de veintipocos años es hoy capaz de terminar desahogadamente su carrera y estar al día en materias tan diversas como la política, la música, el cine, la literatura y la sociología.

30 —¿Qué libros recomendarías a un muchacho como iniciación para sus lecturas más serias?

—Esto me obligaría a pensar mucho y no tengo ganas de pensar ahora.

31 —¿Es bueno que un chico de quince años lea a Sartre?

—Me parece prematuro.

32 —Tus hijos, ¿han tenido libre acceso a tu biblioteca?

—Sí, aunque quizá porque no he podido cerrarla.

33 —¿Eres partidario del matrimonio joven? ¿A qué edad te casaste?

—Esto es como la profesión. Si están seguros de que se

quieren, encuentro natural que se casen pronto. Yo me casé a los veinticinco, pero porque no pude antes. Lo que encierra, a mi juicio, un riesgo es el matrimonio precipitado, a ver lo que sale, porque lo que suele salir es un desastre.

34 —¿Consideras que hay una «edad interesante» en el hombre o la mujer, y que esa «edad» puede ser la juventud?

—Interesante, ¿por qué y para quién? En cierto modo, todas las edades me parecen interesantes, y es una petulancia vana que cada edad pretenda monopolizar el interés.

35 —¿Crees que son más felices las familias numerosas?

—No sé si más felices, pero sí, de ordinario, más divertidas, naturalmente, dentro de ciertos límites. No obstante, con la incorporación de la mujer al trabajo fuera de casa, no se me oculta que en el futuro las familias numerosas irán a menos.

36 —¿Qué dirías a un padre que castiga a su hijo porque tiene tendencia a dejarse el pelo largo?

—Castigarle por eso me parece fuera de lugar.

37 —¿Suprimirías los exámenes?

—Yo los he suprimido, pero comprendo que en grupos superiores al medio centenar de alumnos esto es muy com-

plicado, mientras no pueda establecerse una vía de conocimiento convincente. Habrá que empezar, pues, por formar grupos menos nutridos no sólo para eludir los exámenes, sino para poder desarrollar una tarea didáctica eficaz.

38 —¿Crees que a la juventud española le interesa nuestra guerra civil?

—Volvemos a lo de siempre. A los muchachos preocupados —que hay muchos— les interesa no sólo la guerra civil, sino «las» guerras civiles. Lo que ya constituye otro problema es la justicia o la injusticia de que les alcancen sus salpicaduras. De los españoles les hemos dado que participar en la marcha del país?

39 —A través de las relaciones de tus hijos entre sí, ¿qué leyes crees que rigen la convivencia entre hermanos?

—Evidentemente, existe entre ellos un espíritu de mutua ayuda. Esto está bien, siempre que no degeneren en «egoísmo de grupo». La mutua ayuda dentro de la familia debe tender a una proyección más amplia, debe ser trasunto de un sentimiento más general del prójimo. Esto lo observo en mis hijos mayores, y es lo que más me conforta. ■ M. L.



GENTE

Escribe:

Francisco Umbral



Delibes, periodista

El novelista Miguel Delibes, de obra lenta y segura, tiene ahora parada su creación novelística y se ha vuelto hacia esa otra vertiente de su personalidad literaria: el periodismo. Con el título general de "Defensa de la naturaleza", Delibes está haciendo una serie de artículos donde trata con espíritu polémico los temas del campo y la caza, del paisaje y la tierra, temas que tanto siente y tan bien conoce. Su novela "Parábola del naufrago" y su relato corto "La mortaja" van a ser llevados próximamente al cine.

MIGUEL DELIBES

Miguel Delibes

LAS NOVELAS

DE MIGUEL DELIBES



(NOTAS PARA UN ESTUDIO)

DESPUES de la lectura detenida de las novelas de Miguel Delibes, el autor se nos presenta como un hombre que llegó intuitivamente a la literatura. Las notas más características de su personalidad son su afición a la caza, el amor al paisaje y a las gentes humildes de Castilla, su lucha por conservar los valores individuales dentro de una sociedad amenazada por la técnica y el colectivismo, para la que no encuentra más solución que la vuelta al estado natural y una mezcla de ironía y ternura, envuelto todo en una preocupación moralista y una búsqueda del equilibrio.

TECNICA Y PERSONAJES

Miguel Delibes, heredero de la línea realista, naturalista, de nuestra prosa novelesca, ha sabido dar un matiz personal al realismo depurando su estilo y evolucionando a lo largo de su carrera literaria.

El autor empezó siendo subjetivista para llegar a un objetivismo al servicio de una intención, en el que toma el lugar de sus personajes, para expresar en el lenguaje de ellos sus propias ideas. Su obra es un reflejo de él mismo, se traslada al medio de los seres que presenta y les lleva sus angustias y preocupaciones. Elige a estos personajes entre los seres que viven de cerca una realidad que le es bien conocida, y el personaje puede ser el protagonista central de un relato, personaje individual convertido en arquetipo, como vehículo de exposición de una tesis, caso de "La sombra del ciprés es alargada", "Mi idolatrado hijo Sisi", "La hoja roja" o bien un personaje colectivo, cuando el problema social está por encima de todo tratamiento particular de cualquier otra índole.

Toda la problemática social no le interesa a Delibes sino como planteamiento de un obstáculo frente a la realización de las individualidades. Nunca el reencuentro de un personaje consigo mismo podrá realizarse en el medio urbano, sino en el rural, de cara a la naturaleza, donde se encuentran los valores auténticos.

En su tendencia a diferenciar a los hombres, llega a singularizar a sus personajes por rasgos muy personales o característicos, bordeando lo caricaturesco.

Los rasgos comunes de su temática son la infancia, muerte, los problemas de los campesinos castellanos y una crítica de la burguesía media en la que se aprecia no una transformación de su ideología, ya que Delibes es un hombre rutinario poco susceptible al cambio, sino una expresión más clara de sus principios, a medida que la evolución de la censura se lo ha ido permitiendo. Fluctuante entre la exaltación y la depresión, entre el optimismo de "Diario de un cazador" y el pesimismo de "La sombra del ciprés es alargada", "Las ratas" o "Parábola del naufrago", oscila también del medio rural al provinciano según la naturaleza de los problemas que quiere expresar.

La técnica de sus novelas es simple, tradicional, ha sido reaccionario a las nuevas formas, pero se ha ido incorporando recursos que estaban en el ambiente de la época: variación de la cronología narrativa, utilización del monólogo interior, acciones simultáneas... hasta llegar a una renovación de los cauces expresivos con tendencia a la abstracción en "Parábola del naufrago", pero siempre fiel a su intención crítica, y, quizá, como resultado de ella y de su ironía que le lleva a una burla, suponemos que consciente, de las nuevas técnicas.

EL LENGUAJE

Uno de los aspectos más interesantes de la obra de Delibes es la incorporación a sus novelas del lenguaje rural y de la calle. Lo utiliza no con voluntad de virtuosismo ni buscando un pintoresquismo que no le interesa, sino como vehículo de expresión adecuado para retratar a las gentes castellanas. Podríamos decir que los labriegos de la provincia vallisoletana le prestan su lenguaje, que, por otra parte, le es tan familiar al autor, mientras él se brinda a expresarles sus ideas.

Este lenguaje popular no aparece sólo en los diálogos, cuando habla el campesino o el español medio, sino que es adoptado también por el escritor sin que haya escisión entre el tono de sus personajes y el suyo. Delibes no narra o describe con un lenguaje culto, y esta decisión del autor le sirve para acortar distancias con sus personajes y lograr la ilusión de un mayor objetivismo.

La ausencia de esteticismo en la prosa limpia de Delibes se advierte también en las reiteraciones que tienen más bien un matiz psicológico y no una preocupación de estilo, reiteraciones que aparecen una y otra vez en sus novelas y son un recurso para presentarnos la manera de ser de los seres humildes que describe: obsesivos, reiterativos.

Todo lo cual no excluye que a Delibes se le escape, a veces, alguna palabra culta que disuena del conjunto, y que nos señala la presencia del autor, oculto tras la pantalla del habla popular.

EL PAISAJE

Urbano o rural, salvo en el caso de "Diario de un emigrante", su paisaje, como sus gentes, son Castilla. Una Castilla sin la grandeza y la literatura de los componentes de la generación del noventa y ocho, sino real y sencilla, al alcance de la mano. Una Castilla problematizada. Hay una comunicación profunda del autor con el paisaje y el alma de Castilla, y este sentimiento se traslada al lector.

Pero este amor a Castilla no se le torna poético a Delibes. Nos da la visión real y conflictiva que podrían tener los personajes de su medio. La visión rural adquirida en sus paseos cinegéticos por la tierra, en su enfrentamiento con la realidad, sin más escape lírico que el que le proporciona la naturaleza como refugio.

Mucho más de lo que cabe sintetizar en un artículo debería decirse, en general, de las novelas de Miguel Delibes; el lector avisado y curioso podrá deducirlo por sí mismo. No intentamos sino conducirlo por el camino de superar la simple anécdota. Acusado Delibes de localismo podría salvarse por esa tendencia suya a decir las verdades de nuestra época, a plantear hechos que no son propiamente nuestros, sino de la condición humana, de la sociedad en general. Y en esto radica el interés de su obra.

Ana María NAVALES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES